



7
77
3
AS

455
CIÓN
67

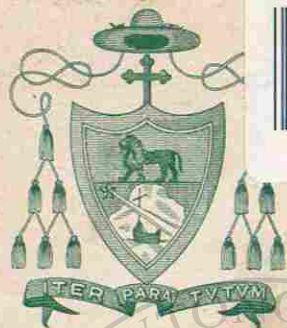
21

BLAZQUEZ

LAS
SIETE
PALABRAS

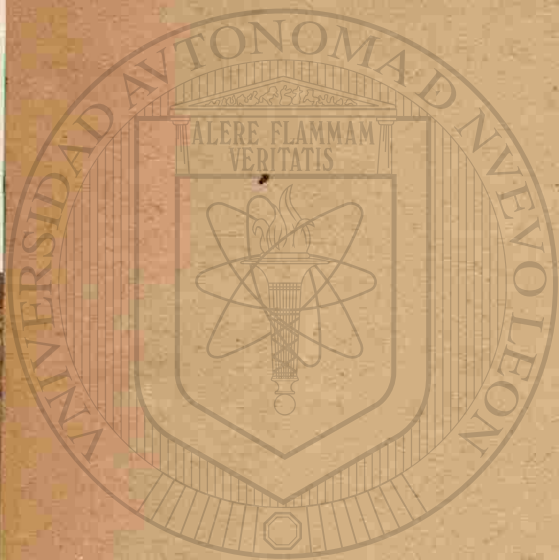
BT455
V4
1867
C. 1

129908



1080020932

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



LAS SIETE PALABRAS.

POEMA RELIGIOSO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

LAS
SIETE PALABRAS,

POEMA RELIGIOSO,

y esplicacion y meditacion de las que Nuestro Redentor Jesucristo
habló desde la Cruz,

ESCRITO POR EL PRESBITERO

D. FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO,

y amenizado

CON JACULATORIAS Y ORACIONES PARA CADA PALABRA.

TERCERA EDICION

nuevamente corregida por su autor, mejorada en caracteres de
impresion y adornada con una bellissima lámina, á dos tintas.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:

IMPRENTA DE "LA ESPERANZA," Á CARGO DE D. ANTONIO
PEREZ DUBRULL.—PEZ, 6, PRINCIPAL.

1867.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

45235

BT455

V4

1867



Es propiedad del autor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LICENCIA

de la autoridad eclesiástica para la impresion de
la segunda edicion del poema.

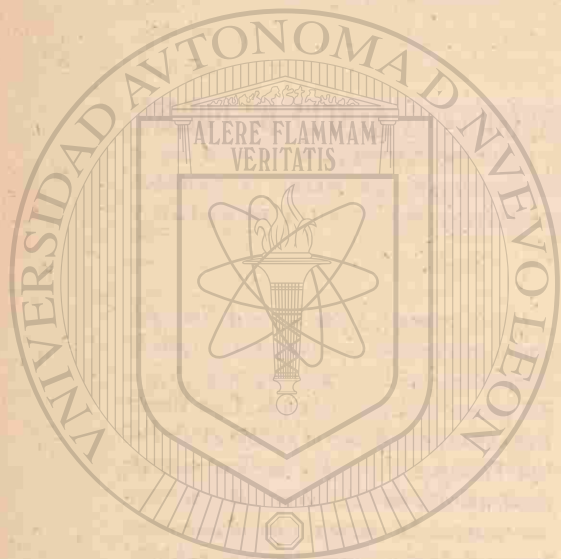
NOS EL LICENCIADO DON MANUEL DE OBESO,
PRESBITERO, CABALLERO COMENDADOR DE NÚMERO DE
LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA
Y VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA VILLA DE MADRID Y
SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la segunda edicion del poema religioso titulado LAS SIETE PALABRAS, escrito por el presbítero D. Felipe Velazquez y Arroyo, mediante que de nuestra órden ha sido reconocido, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y febrero veintiocho de mil ochocientos sesenta.—Ldo., MANUEL DE OBESO.— Por su mandado, Ldo., JUAN MORENO.—Es copia.

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

008321



INDULGENCIAS

concedidas por varios Emmos., Excmos. é Illmos. Sres. Prelados de España, á la primera edicion ó sea al poema religioso titulado LAS SIETE PALABRAS, compuesto por D. Felipe Velazquez.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo D. Juan José Bonel y Orbe concedió *cien* dias de Indulgencia por cada vez que los fieles leyeren el poema LAS SIETE PALABRAS, y otros *cien* por cada acto piadoso que hagan, movidos por su lectura.

El Excmo. Sr. D. Antonio Posada, Patriarca de las Indias, concedió *ochenta* dias de Indulgencia al autor cada vez que se dedique á sus trabajos poético-religiosos en provecho de sus lectores; y *ochenta* á los fieles por el aumento de caridad que les resulte de la lectura de *cada una* de las palabras de Jesus espirando en la Cruz.

El Excmo. é Illmo. Sr. D. Fr. Francisco de la Puente, Obispo de Segovia, concedió *cuarenta* dias de Indulgencia á todos los fieles cristianos de uno y otro sexo cada vez que devotamente rezaren siete Padre Nuestros y siete Ave Marías, en memoria de las Siete Palabras que Jesus dijo en la Cruz, cuyo poema ha compuesto D. Felipe Velazquez: otros *cuarenta* á las personas que compren este poema. Otros *cuarenta* por leer cada uno de los siete cantos de que se compone, y otros *cuarenta* dias por cada acto de amor de Dios que se haga movido de su lectura, pidiendo á Dios por la exaltacion de la

santa Fe, y demas fines piadosos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Búrgos, D. Fr. Cirilo Alameda y Brea, concedió *ochenta* dias de Indulgencia á todos los fieles por cada vez que leyeren ú oyeren leer cada uno de los siete cantos, así como tambien la introduccion y la conclusion de este poema, rogando á Dios por todos los fines piadosos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

El Excmo. é Illmo. Sr. D. Francisco Javier Rodriguez Obregon, Obispo de Badajoz, concedió *cuarenta* dias de Indulgencia á todos los fieles que leyeren ú oyeren leer cada uno de los siete cantos en que está dividida esta composicion, así como su introduccion y conclusion.

El Excmo. é Illmo. Sr. D. Fr. Domingo de Silos Moreno, Obispo de Cádiz, concedió *cuarenta* dias de Indulgencia á todos los fieles que lean con devocion cada una de las Siete Palabras que Jesucristo dijo en la Cruz, en los términos que se contienen en este poema; pidiéndole que por su Pasion mire con misericordia á la Iglesia, al romano Pontífice y á la nacion española.

El Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Zamora concedió *cuarenta* dias de Indulgencia á todos los fieles que leyeren ú oyeren leer cada uno de los siete cantos de este poema, en los mismos términos y condiciones que concedió las suyas el Sr. Arzobispo de Búrgos.

El Illmo. Sr. Obispo de Palma (Mallorca) concedió *cuarenta* dias de Indulgencia á los fieles de uno y otro sexo por cada vez que atenta y devotamente leyeren todos ó alguno de los siete cantos que componen este poema: otros *cuarenta* á los que se detengan á meditar *cada una* de aquellas divinas Palabras por espacio de seis minutos, cuando menos; y otros *cuarenta* á los que, escitados de su lectura, hicieren algun acto de contri-

cion ó de dolor de sus culpas, ó de amor de Dios, ó rezaren el Credo en memoria de la Pasion y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y la Salve en tierno y devoto recuerdo de los Dolores de su Santísima Madre, rogando á Dios por todos los fines piadosos de nuestra Santa Madre la Iglesia católica apostólica romana.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Seleucia, Abad de San Ildefonso, concedió *ochenta* dias de Indulgencia en los mismos términos y con las mismas condiciones con que concedió las suyas el Illmo. Sr. Obispo de Segovia.

Concuerdan con los respectivos rescriptos originales que obran en poder del autor, y á que se refiere.



Á MIS BIENHECHORES.

A ti, en primer lugar, admirable Providencia de Dios, que, sin olvidarte de las flores de los valles, de los reptiles de la tierra, de las aves de los aires y de los peces del mar, cuidas de una manera especial del hombre, y especialísimamente del hombre desvalido, enfermo y necesitado; y á vosotros los que, instrumentos de esta Providencia benéfica, os habeis apresurado á consolar y favorecer de todos modos al que suscribe en sus enfermedades é infortunios, ya diciendo quiénes érais, ya escondiendo vuestra caridad bajo el modesto velo del incógnito, os dedica este libro únicamente como desahogo de su corazón y destello de su agradecimiento, vuestro siempre afectísimo.

Madrid y enero de 1861.

El Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En tus manos, encomiendo mi alma.

PRÓLOGO.

En el prólogo de la primera edición decía lo siguiente:

«¿Quién será, y con justicia, el que no tache de temeraria la idea de escribir el adjunto poema? Y en verdad, lectores, ¿alcanzan mis fuerzas siquiera, siquiera á la mitad de lo necesario para dar cima á una empresa tan superior á mi entendimiento? LAS SIETE PALABRAS, este asunto, mas grande, mas sentimental, mas filosófico y mas poético que todos los asuntos de las vetustas fábulas y de las modernas historias; este asunto, donde no puede faltar poesía porque es religioso, donde ha de haber inspiración porque su héroe es el mismo Dios; este asunto, digo, escitó en mí hace algunos años la idea de dedicarme esclusivamente á desenvolver-

le; pero el pensarlo solo me estremecía. Acudía á oír los mas dignos, los mas célebres, los mas entusiastas oradores, y advertía que si mucho era lo que decían, mucho mas era todavía lo que les quedaba por decir. Tomaba los Sagrados Libros, revolvía el Antiguo y Nuevo Testamento, y tanto veía, y tanto tan escelente era lo que encontraba, que no sabía cuál escoger. Tomaba las obras de los escritores ascéticos, y casi me hacían desistir de mi designio. Y ¡qué extraño! El asunto no puede ser mas sublime, el pensamiento era atrevido, mi capacidad es muy limitada, y con tales circunstancias, el resultado no podía menos de ser dudoso, si no negativo. Era necesario sentir, amar, padecer y morir, y entonces era necesario ser Dios para sentir como Dios; ser Dios para padecer como Dios, y, últimamente, ser Dios para morir como Dios hecho hombre, crucificado en un madero; y era de todo punto necesario, porque la debilidad del corazón humano por sí sola no es capaz de la vehemencia del amor divino.

»Sin embargo, una vez cogida la pluma

y vertida la primera octava, deber mio era no cejar, y así lo hice. Empecé con anhelo, continué con constancia, deseando, nada mas natural, concluir con felicidad y acierto. Si lo he conseguido, no lo he de decir yo. El argumento estaba virgen, nadie lo había tocado, y á mí me queda la gloria de haberlo emprendido sin pretensiones temporales de ningun género, aun cuando despues me sigan uno ó mas célebres escritores que me escedan y superen con éxito feliz y ventajoso.»

Á lo escrito entonces, contadas son, cristiano hermano mio, las líneas que ahora tengo que añadir. Continúan, y lo advierto con mas claridad que hace diez años, las dificultades mismas que existían para esplanar este asunto tan hermoso, y que de una manera tan penetrante hiere las fibras del corazón. Elevado por la misericordia de Dios, aunque absolutamente indigno de ello, á la altísima dignidad del sacerdocio, cuando, en cumplimiento de mi deber, dos veces me he visto precisado gustosamente á dirigir el ejercicio de las *Tres horas de agonía de Jesus*,

á pesar de la meditacion, del estudio y de la lectura, al bajar del púlpito he hallado en mi inteligencia un desaliento inesplicable, y en mi alma un vacío que me han convencido, de ahora para siempre, de que es imposible agotar lo inagotable, y poner fin á lo infinito: tales son LAS SIETE PALABRAS. Sin embargo, al pensar en escribir segunda vez sobre el mismo asunto, y al verme animado á ello por personas muy dignas para mí de consideracion, solamente me he propuesto tres cosas, que son: con el aumento en prosa de las PALABRAS esplicadas, no segun yo, sino segun autores de reconocido mérito y piedad, poner mi libro al alcance de todos los entendimientos y de todas las voluntades; segunda, que de esta manera pueda darse mas gloria á Dios, manifestarse mas amor y gratitud á Jesucristo nuestro bien, y conquistarse mas beneficios y utilidad para nuestras almas; y, por último, hacer que por todas partes se estienda la devocion hácia un objeto tan tierno, y que, si es posible, en manos de todos los fieles se halle un traslado provechoso del Testamento de nuestro Salvador.

No está en mí conseguirlo, pero en Dios está el hacerlo. Lo escrito ahí está, sometido como debe, y con todo el placer de mi corazón, á la correccion y censura de la autoridad eclesiástica, representante é intérprete fiel de los sentimientos de nuestra Santa Madre la Iglesia católica apostólica romana, en cuyos brazos he nacido, y en cuya creencia, sacramentos y doctrina quiero vivir y morir. Ahí está delante de los Santísimos y muy amados Corazones de Jesus y de María, para que, penetrados, lector, de nuestros deseos, los cumplan si conviene, y de todos modos á ti y á mí y al universo entero, nos echen su dulcísima bendicion.

Felipe Velazquez y Arroyo.

Presbítero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION.

A MARIA.

Rompo la lira, y mi dolor profundo
Preludia triste cántico, Señora;
Desengaños no mas, sueños del mundo
Mi mente affigen y con mengua llora.
Del orbe por los ámbitos, inmundo
El pecado de Adan ruge y devora,
Y de sus lauros colocado encima
Surge Luzbel de la profunda sima.

Esqueleto animado los que un dia
Cantara yo soberbios vencedores,
Me brindan el pesar; de la alegría
Quedaron los recuerdos punzadores;
Del ámbar que en el campo me ofrecia
Tupida alfombra de esmaltadas flores,
Solo me resta, Madre sin ventura,
Una copa colmada de amargura.

Y ¡á dónde pararé la incierta planta,
Si la naturaleza en torno gira,
Y el caos á mis pasos se adelanta?
¿Cómo el labio, que tímido suspira,
Exhalará la voz de la garganta,
Si el pensamiento que á la mente inspira

Es misterio fatídico, estupendo,
Que cuanto apuro mas, menos comprendo?

Do quier que miro, incertidumbre veo;
Do quier que escucho, el alarido alcanzo;
Negra mano, burlando mi deseo,
Me viene á detener cuando yo avanzo.
Solo devastacion es el trofeo
Del mundo; y tras las ruinas yo me lanzo,
Y voy por entre escollos y entre nieblas
Á perderme en un golfo de tinieblas.

Nublado el sol, opacas las estrellas,
Y sin almo rocío el firmamento;
Las flores del pensil, cuanto mas bellas,
Tanto mas místicas las deshoja el viento.
Relámpagos se cruzan y centellas,
Que abrasando el helado pavimento,
Perdonan solo al angustiado lirio,
Símbolo de la Reina del martirio.

En la cima del Gógotha sangriento,
Drama desgarrador se representa;
Del patíbulo al pie teneis asiento:
Y aislada en el furor de la tormenta,
Y sola en el mas crítico momento,
Tórtola sois que sus dolores cuenta
Al compasado son de tierno arrullo,
Del bárbaro motin entre el murmullo.

Yo busco inspiracion, y no la encuentro;
Consuelo vos necesitais, María,

Y sois de la afliccion víctima y centro,
Y blanco de traicion y alevosía.
Dentro del corazon, del alma dentro,
Lágrimas tengo que verter queria...
Y empezaré por fin, que, solitario,
Á llorar junto á vos, voy al Calvario.

Y entre la multitud que allí alborota
Y escarnece al que es Rey de la existencia,
Veré de nuestra muerte la derrota,
Oiré de nuestra vida la sentencia.
Del Cordero Jesus, helada gota
De sangre alumbrará mi insuficiencia,
Y seré, Virgen mia, á vuestro ruego,
Con palabras de amor cantor de fuego.

Si el cántico, Señora, no os agrada,
Mi llanto encontrará vuestra acogida;
Amapola del cielo abandonada,
Estais entre las zarzas combatida
Por el fiero huracan que os anonada,
Por el duro aquilon que os intimida.
Vuestro es mi ser; y pues á vos imploro,
Recoged de mis cánticos el lloro.

Reina de los querubes bendecida,
Reina de los arcángeles amada,
¿Quién os dirige súplica rendida
Que no sea de vos bien escuchada?
¿Y faltará á mi voz, casi estinguida,
De vuestro amor la inspiracion sagrada?
Y ¿dejareis que á vuestros pies inquieta

Quede estéril la mente del poeta?

No puede ser. Las lenguas que cantaron
Las glorias celestiales de María,
Ni heladas y caducas se secaron,
Ni la segur del tiempo las vencía.
Hoy que las agonías que os cercaron
Quiere al mundo decir la lengua mía,
¿Temblaré que siquiera á vuestro manto
No se acerquen los ecos de mi canto?

Bien sabeis, Madre mía inmaculada,
Que sois vos de mi lira el embeleso,
Y me alienta, y me abisma, y me anonada
Veros en la virtud colmo y esceso.
Al borde casi de la tumba helada,
El alma os imploró.—Tal vez por eso
La muerte se alejó de mi garganta,
Y María me dijo: "Vive y canta."

Y vivo, y cantaré la triste historia
Del Hijo y de la Madre en sus dolores.
Haré, Virgen purísima, memoria
De aquellos inauditos torcedores
Que ofuscaron un día vuestra gloria,
Y ajaron un momento vuestras flores;
Lamentaré con vos vuestra agonía,
Sin cesar repitiendo: AVE, MARÍA.

PRIMERA PALABRA.

*Pater, dimitte illis, non enim sciunt
quid faciunt.*

Padre, perdónalos, porque no saben
lo que se hacen.

(SAN LUC., 23, 34.)

I.

¡Jesus instituyendo el Santísimo Sacramiento de la Eucaristía: dando tal testimonio de cariño al hombre, que, en espresion de San Agustin, siendo Dios, y como tal potentísimo, no pudo darnos un don mas precioso que la Eucaristía; siendo Dios, y como tal sapientísimo, no supo darnos cosa mas excelente que este sacramento; siendo Dios, y como tal riquísimo, no tuvo joya de mas valor que darnos que el *amor de los amores*, como le llama San Bernardo! ¡Jesus humedeciendo con el sudor de su cansada frente

Quede estéril la mente del poeta?

No puede ser. Las lenguas que cantaron
Las glorias celestiales de María,
Ni heladas y caducas se secaron,
Ni la segur del tiempo las vencía.
Hoy que las agonías que os cercaron
Quiere al mundo decir la lengua mía,
¿Temblaré que siquiera á vuestro manto
No se acerquen los ecos de mi canto?

Bien sabeis, Madre mía inmaculada,
Que sois vos de mi lira el embeleso,
Y me alienta, y me abisma, y me anonada
Veros en la virtud colmo y esceso.
Al borde casi de la tumba helada,
El alma os imploró.—Tal vez por eso
La muerte se alejó de mi garganta,
Y María me dijo: "Vive y canta."

Y vivo, y cantaré la triste historia
Del Hijo y de la Madre en sus dolores.
Haré, Virgen purísima, memoria
De aquellos inauditos torcedores
Que ofuscaron un día vuestra gloria,
Y ajaron un momento vuestras flores;
Lamentaré con vos vuestra agonía,
Sin cesar repitiendo: AVE, MARÍA.

PRIMERA PALABRA.

*Pater, dimitte illis, non enim sciunt
quid faciunt.*

Padre, perdónalos, porque no saben
lo que se hacen.

(SAN LUC., 23, 34.)

I.

¡Jesus instituyendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: dando tal testimonio de cariño al hombre, que, en espresion de San Agustin, siendo Dios, y como tal potentísimo, no pudo darnos un don mas precioso que la Eucaristía; siendo Dios, y como tal sapientísimo, no supo darnos cosa mas excelente que este sacramento; siendo Dios, y como tal riquísimo, no tuvo joya de mas valor que darnos que el amor de los amores, como le llama San Bernardo! ¡Jesus humedeciendo con el sudor de su cansada frente

las arenas del Gethsemaní, y salpicando de la sangre que brota de su desfalleciente humanidad los añosos troncos del huerto de las Olivas! ¡Jesus arrastrado inhumanamente desde el lugar de la oracion hasta los tribunales de la impía Jerusalem, sintiendo lo que no es dado á nuestro corazon sentir, sufriendo lo que á nuestro cuerpo no le fuera posible padecer! ¡Y de noche, cristiano! Velado, no sin motivo, el firmamento con las sombras de la iniquidad, y envuelta la tierra en las tinieblas de la traicion. Jesus divino, si los agudos padecimientos de una dolorosa enfermedad, de noche parecen insoportables, ¿cómo estaríais vos en el huerto, padeciendo los horrores de las enfermedades todas de todo el género humano...?

¡Jesus aceptando el cáliz de su Pasion, y el viento zumbando á lo lejos, porque teme; el espeso ramaje de los bosques susurrando, porque teme; el agua de los riachuelos, de las fuentes y de las lagunas murmurando, porque teme; los luceros escondidos, las estrellas desconsoladas, y los guijarros estremeciéndose al sentir la impresion de la des-

nuda y temblante planta que en los días de su mayor esplendor ha de descansar sobre la frente de los querubines! Y tú, alma mia, ¿no temes, como la naturaleza, las consecuencias de lo que has ofendido á tu Dios? ¿No te ocultas para llorar en la confusion y la vergüenza los dolores que causas con tus culpas á Jesucristo? ¿No te estremeces al ver sobre el corazon de Jesus todo el peso, que es infinito, de la justicia divina, y que debiera caer sobre tu delincuente corazon...? ¡Jesus, como sedicioso, acusado; como blasfemo, abofeteado; como rey de burlas, coronado de espinas; como impostor, azotado, y como asesino y salteador, sentenciado á morir en un cadalso; y sus cortesanos sollozando, y sus discípulos huyendo, y sus enemigos escarneciendo y triunfando en infernal algazara con los demonios! ¡Jesus conducido á empellones hasta la puerta judiciaria, encorvado bajo el imponderable yugo de un madero, espresion harto significativa del peso de nuestras deudas, y la aurora contristándose, y el sol destacando sus pálidas luces hácia el único grupo que entonces tenia mo-

vimiento, y el día haciendo partícipe de su claridad á todo el universo, para que todo el universo presenciara el atentado inaudito, el deicidio horrendo que hasta entonces no conocieron, y que desde entonces jamás conocerían los siglos! Y tú, corazón pecador, ¿no corres arrepentido, no vuelas amoroso, no sales al encuentro á los que atormentan á Jesús, para decirles que no Él, sino tú, eres el verdadero criminal á quien debe sacrificarse? No eres cristiano, si no eres humilde; no eres humilde, si no pides el perdón para Jesús y el castigo para ti...

¡Jesús por la pendiente del Calvario, casi sin fuerzas para subir, casi sin alientos para respirar, entumecido por el cansancio, y cubierto el cabello de polvo y sangre, el semblante de oprobio y de ignominia, y el corazón de amargura, entrega su inocentísima persona á los horrores del último suplicio! Y tú, espíritu mío inquieto y descontentadizo, cuerpo acostumbrado á la molición y al regalo, ¿cómo no consuelas al amado del Padre, entregándote á los males, y á los trabajos, y á los padecimientos de la vida en los brazos

de la confianza en Dios, y la resignación con su santísima voluntad...?

Pero calla, lector contemplativo, calla, porque la carnívora soldadesca también calla. Tres martillos se elevan, tres golpes, conmoviendo la pedregosa superficie del Gólgota, retumban hasta más allá de donde nuestros oídos pueden alcanzar, y tres clavos que han taladrado las purísimas estremidades de Jesús, han atravesado de parte á parte el alma de los hijos de la fe. Entre risotadas y aullidos, entre silbidos y blasfemias, la víctima del amor está ya colocada en el instrumento de su martirio; el Isaac divino empieza á consumirse sobre la hoguera de su caridad; Jesucristo, alma mía, aparece estendido y enclavado en el sacrosanto madero de la Cruz. Es cierto que su alma es muy grande; pero los ultrajes que recibe han traspasado ya los límites de la inhumanidad y de la barbarie: es innegable que su corazón es de diamante cuando se trata de recibir ofensas, y de cera cuando se trata de dispensar bondades; pero verdad es también que la cuchilla de la ingratitud le ha dividido de

alto á bajo; le ha atravesado de lo exterior al interior, le ha hecho pedazos. Es verdad tambien que su paciencia es heróica, su mansedumbre admirable, su bondad sin principio en su origen y sin fin en su fin; pero patente está á todos los seres celestes y terrestres, visibles é invisibles, que ni los verdugos tienen ya suplicios que inventar, ni la víctima dolores que padecer. La agonía es el término medio entre el vivir y el espirar, y el Nazareno ha entrado en agonía. Contemplemos.

II.

Se diría que el sol, negándose á colorear de lleno con su lumbre tamañas atrocidades, evoca la sombra de los abismos, que se estiende desde el uno al otro polo: detras del enlutado trasparente, una luz amoratada ó amarilla estampa su huella sobre el fruncido rostro de los individuos de la sinagoga, cuya faz aparece lívida como la de un cadáver: y cierto, la raza judáica era un cadáver corrompido, que tocaba al principio de su diso-

lucion. Figúrate, cristiano, colocado entre una muchedumbre de criaturas, donde el que mas vida tiene es el que está mas cercano al instante de morir. Jesus Nazareno arquea sus cejas, y mueve sus ojos, y mira á lo alto, y esta mirada es un eslabon que ata la cadena del tiempo con la cadena de la eternidad. Un suspiro profundo espresa siempre alegría ó tristeza, cariño ó aborrecimiento, indulgencia ó venganza; Jesus ha suspirado, sus labios se han estremecido como las hojas de un árbol, y de ellos va á escaparse sin duda la demanda de anonadamiento, de destruccion y de esterminio. Escuchemos: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que se hacen. ¿Os habeis equivocado, dulcísimo Jesus de mi vida? Vuestros labios, ¿han hecho traicion por ventura á los sentimientos de vuestro corazon? ¿Ignoran vuestros enemigos el delito que ahora están cometiendo, ni merecen el perdon que para ellos habeis reclamado? Oye, alma mia, y contempla de la boca misma que la pronunció el significado de esta primera palabra.

Pater: Padre. Es decir; yo, aunque soy Dios, quiero pedir para mis enemigos esta gracia como hombre, en cuya naturaleza padezco; pido á Dios y le llamo padre, luego verdaderamente soy hijo de Dios; soy consubstancial y una misma cosa con él, y esta naturaleza mortal, esta naturaleza mortificada y que tanto sufre, está unida á otra naturaleza divina, cuya impassibilidad, cuya sabiduría y cuyo poder desconoce el entendimiento humano. *Pater*: Padre; soy vuestro hijo, y el hijo mas inocente, mas sumiso y mas obediente del padre mas amoroso; hijo unigénito engendrado ante todos los siglos, y el único capaz de satisfacer á vuestra irritada justicia, por la ofensa que os hacen todos mis hermanos. Llamándoos *Dios*, tal vez desoyérais mi súplica como la de un hombre; llamándoos *Padre*, ni quereis, ni podeis, ni debeis ensordecir á los clamores de vuestro moribundo hijo: mi corazon es vuestro mismo corazon, mi corazon es todo ternura y el vuestro es todo caridad. Padezco por vos para desagaviaros; sufro por las criaturas para redimirlas: por vos, para satisfaceros

por su temeridad y por su impenitencia; por ellas, para que el rayo de vuestro enojo no las sepulte en el abismo de la indignacion sempiterna; por vos, que no quereis la muerte del pecador, sino su vida, y por ellas, porque ahora mas que nunca necesitan vuestro santísimo perdon. *Dimitte illis*: perdónalos.

Perdónalos, amantísimo Padre, no tal injuria, ni cuál agravio, ni este pecado, ni aquella ofensa, sino todos, absolutamente todos, porque á todos sin distincion se estiende el bautismo de mi sangre. Perdona á los hijos de mis entrañas; pero no al escriba por su ambicion, ni al fariseo por su hipocresía, ni al ignorante por su rudeza, ni al obstinado por su rebeldía, ni al traidor porque me vendió, ni al presumido porque me negó, ni á los pusilánimes porque me desampararon, sino á todos, sin diferencia de cualidades, sin escepcion de criaturas, sin distincion de condiciones. *Dimitte illis*: perdónalos. Los que se aturdieron como asfixiados por los miasmas de la prevaricacion, los que ciegos de nacimiento no han abierto aun los

ojos á la luz, los que, dueños de mi doctrina que es la verdadera aurora, han seguido el error que es la verdadera noche, todos son mios, porque mi sangre es la suya, porque mi Pasion es su redencion, porque mi muerte es su vida, porque mi fin es su inmortalidad, porque mi sepulcro es su gloria. *Dimitte illis: Perdonalos. Perdona, no solo á los que me ofendieron en lo pasado y me ultrajan al presente, sino á los que me ofenderán y me ultrajarán en el tiempo venidero; perdónalos infinitamente, porque infinitamente deseo su perdon; perdónalos, Padre inmortal, porque si no es insufrible mi martirio, es insoportable mi agonía, es inútil mi sacrificio, y perdónalos, Padre mio. Non enim sciunt quid faciunt: porque no saben lo que se hacen.*

¡Pobrecitas ovejas, que desconocen á su pastor porque le ven con diferente vestidura!
 ¡Infelices enfermos, que desconocen á su médico porque le contemplan peregrino ó extranjero!
 ¡Infortunados hijos, que desconocen á su padre porque no halaga con su lenguaje los oidos de una razon extraviada!
 ¡Desventurados hermanos, que, insensibles

á la voz de la naturaleza, se han olvidado de sí mismos para atender esclusivamente á la túnica ensangrentada de su hermano José!
Non enim sciunt quid faciunt: No saben lo que se hacen: porque ignora su inteligencia miserablemente humana dónde van á parar los designios de mi inteligencia esencialmente divina; porque la venda que cubre sus ojos no les deja percibir los resplandores que despiden mi sangre, y porque ignoran que lo que ellos creen en mí una herida profunda y de muerte, son otras tantas puertas por donde las almas redimidas han de entrar al goce de la bienaventuranza. Perdonalos, Padre mio, porque de otra manera su perdicion es segura y su condenacion es inevitable. *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

III.

¿Acabas de oír, alma cristiana? Jesus, que calló cuando se trataba de su propia defensa, habla con la sinceridad de un amigo, con la ternura de un padre y con la sutileza del mejor abogado en defensa de sus enemi-

gos. No confunde los pecados con los pecadores; distingue las culpas de las personas; va á destruir las primeras, y suspira por salvar las segundas; su amor nos enseña cómo debemos amar á nuestros prójimos; su generosidad nos indica cómo debemos perdonar á nuestros enemigos. El perdon de los enemigos, llevado hasta donde podia llevarlo la magnanimidad de un Dios, empieza desde ahora á ser una circunstancia indispensable para que el Señor nos perdone nuestras iniquidades. Perdonaré, Dios mio, y seré perdonado; haré propósito firme de borrar de mi imaginacion la memoria de la ofensa y de arrancar de mi corazon el recuerdo de la injuria, y pediré al pie de la Cruz la gracia para formar, cumplir y perseverar en tan necesario, santo y saludable propósito. ¿Quién es capaz de explicar el gozo que un alma experimenta en sí cuando, llevada de su peculiar inclinacion, practica una obra buena, aun cuando sea en el orden de la naturaleza? ¿Y qué lengua suficientemente podrá explicar los afectos del corazon cristiano, verdadero discípulo de Jesus, que, declarando guerra

sin descanso al amor propio, se sobrepone á él, se conquista á sí mismo, triunfa de los resentimientos, de las aberraciones, de las injurias, por muchas, por sensibles, por injustas que sean, y perdona á sus enemigos? Explicádmelo vosotras, almas afortunadas, que habiendo saboreado el cáliz de la humillacion, del abatimiento, de la ofensa, allá en el solitario recinto del hogar doméstico, gustais estasiadas la delicia del bien obrar, del obrar generoso, del obrar caritativo, y elevais, en cumplimiento de los mandatos del divino Maestro, vuestras oraciones por los que os han perseguido y calumniado.

A este que con una lengua murmuradora y maldiciente atacó lo mas sagrado de mi honor y de mi reputacion, «Padre, perdónale.» Á ese otro que, devorado por una ambicion desmedida, atropelló mi hacienda, malversó mis intereses, me negó lo apropiado, sin reparar en los medios con tal de obtener su depravado intento, «Padre mio, perdónale.» Aquel que por diferentes caminos y de distintas maneras atentó contra mi vida, procurando hacer ó haciendo mis dias, dias de

amargura, de desolacion y de espanto, «Padre mio, perdónale.» Á los enemigos encubiertos, á los enemigos declarados, á los pasados, á los presentes, á los venideros, á todos, sin esceptuar á ninguno, «Perdónalos, y perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» Haced, Dios mio, que sea tan grande mi generosidad como es mi deseo; tan perfecta mi caridad como vos la habeis preceptuado; tan desprendido mi perdon como el que me habeis otorgado en la Cruz, y como el que os pido me concedais lo mismo en esta vida que en la otra. Perdono, Jesus de mi vida, perdono y quiero perdonar, porque vos me lo enseñais y porque quiero ser perdonado.

CANTO PRIMERO.

Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que se hacen.

«Nací en Belen, y en pajas reclinado
Fueron mi corte rústicos pastores;
Dormia el mundo, y el pensil helado
Ni frutos daba, ni brotaba flores.
Ante mi cuna su esplendor postrado
Dejaron del Oriente los señores
Que besaron, buscándola, mi huella
Al límpido fulgor de clara estrella.

«Al decreto de muerte pronunciado
Por Herodes, infante y escondido
Al Egipto sin norte soy llevado;
Luego á Jerusalem, y allí perdido,
Entre doctores cien y cien sentado,
Y de doctores cien y cien oido,
Hago crugir las bóvedas del templo
Á mi voz, á mi ciencia y á mi ejemplo.

«Bosquéjoles mi reino en los detalles
De una doctrina cándida, sencilla;

Aclámanme las turbas por las calles
 Autor de una tras otra maravilla.
 Cátedra dan á mi fervor los valles,
 Y á mi cansancio los peñascos silla;
 Convierto en vino el agua, y en las bodas,
 Si penas hay, desaparecen todas.

„Acosada de un hambre tenebrosa
 Me cerca la angustiada muchedumbre;
 La decrepita anciana está llorosa;
 Rompe el niño á gemir de pesadumbre.
 El esposo feliz mira en la esposa
 De sus ojos de amor yerta la lumbre;
 Mas... doy con cinco panes un portento,
 Y á cinco mil personas alimento.

„Pídiome el ciego, y recobró la vista;
 El leproso me ruega, y es lavado;
 El tullido sus fuerzas reconquista;
 Satanás de los hombres es lanzado.
 Adúltera mujer llora, y conquista
 La gracia que perdió por el pecado;
 El mudo me publica en el desierto,
 Corro á la tumba y resucito al muerto.

„Buscando voy de mi redil las almas
 Que soberbio Luzbel hizo cautivas,
 Y á mi entrada triunfal ondulan palmas,
 Y tiéndense á mis pies mantos y olivas.
 Hacia mí los semblantes y las palmas
 Retumban los aplausos y los vivas;
 Y estremecen los vítores sin cuento

Abismos, tierra, mar y firmamento.

„¡Tiembra por ti, Jerusalem traidora!
 ¡Prepara contra mí, raza judía,
 Esa sed de ambicion que te devora!
 ¡Acátame hoy para perderme un día!
 Llegué á tus puertas, se acercó la hora
 De cumplirse la antigua profecía.
 Soy tu Dios en la esencia y en el nombre;
 Traidor me vende, me blasfema el hombre.

„Oré en Gethsemaní; y, allí postrado,
 Brotó en llanto y sudor mi sangre pura.
 Durmió el Apóstol, pero yo he velado...
 Insulta al Criador la criatura...
 Y al ósculo traidor preso y atado,
 Solo en persona y en estancia oscura,
 Me hacen marchar humilde, cual oveja
 Que muere con dolor, mas no se queja.

„De Caiás á Pilatos, conducido
 Soy como sedicioso y embustero;
 Si en el atrio de aquel escarnecido,
 En el pretorio de este, manso espero,
 Con ansia de mirarte redimido,
 Pecador, espirar en un madero,
 Antes siendo escupido y azotado
 Y de agudas espinas coronado.

„¡Ved el hombre!“—Gritára el presidente.
 „¡Crucificalo!“—Dicen los tiranos.
 „¡Jesus, no Barrabás!“—„Caiga inocente

«Su sangre derramada, en nuestras manos.
 «Caiga sin descansar en nuestra frente,
 «Y en mujeres y en hijos y en hermanos,
 «Y sálvese el blasfemo furibundo
 «Si su reino, en verdad, no es de este mundo.»

«Esto dicen, y en pública algazara
 Sobre mis hombros el infame leño,
 La turba vil, de expiacion cargára...
 ¡Salve, sagrada Cruz! Con dulce empeño
 Una y cien y mil veces te abrazára
 Por despertar del indolente sueño
 Al que, ciego en su error, come precito
 Mi carne propia con mi pan bendito.

«Crucificado estoy, y ante mis ojos
 Sortean mi inconsútil vestidura.
 No hay delante de mí mas que despojos
 De tu traicion, Judá, negra é impura.
 Soy blanco de tus pérfidos enojos;
 Tu redencion mi muerte hoy asegura.
 Judá, Judá, tu frente maldecida
 Marca la execracion, fuiste deícida.

«Pero... no, por piedad, Juez sempiterno;
 Cumpliendo mi mision cese tu ira;
 Mis hijos son; enamorado y tierno
 Sin fuerzas ya mi corazon los mira.
 He vencido las hordas del infierno,
 Mi sangre á todos compasion inspira...
 Padre, y si tanto, tanto me ofendieron,
Perdónalos, ignoran lo que hicieron.

«Ciegos en la verdad de mi destino,
 Y sordos á la voz de mi clemencia
 Creyeron mi palabra un desatino,
 Juzgaron ilusion tu omnipotencia.
 Padre, si equivocada en el camino
 Jerusalem abandonó tu ciencia,
 Fue porque, malhadada, no sabia
 Que era su salvacion la muerte mia.

«Caiga su sangre, sin cesar, dijeron,
 Y feroces mis miembros desgarraron;
 Con púrpura de afrenta me vistieron;
 Como Rey de ignominia me trataron:
 Y por plazas y calles me ofendieron,
 Y por calles y plazas me insultaron...
 Pero ¡tristes! ¡sabian por ventura
 El precio eterno de mi sangre pura?

«¡Sabian que despues de los horrores
 De una muerte cruel, ignominiosa,
 Rey de reyes, Señor de los señores,
 Con pompa noble y majestad grandiosa,
 Suspensos mis alcides guardadores,
 Romperé del sarcófago la losa,
 Y padre de la luz y del consuelo,
 Con estruendo marcial subiré al cielo?»

«Y ¡sabien que yo soy el decantado
 Morador de odoríferos jardines;
 Que á tu diestra, Señor, estoy sentado;
 Que á mis plantas están los serafines;
 Que soy de potestades coronado;

Que me adoran hermosos querubines,
Timbre siendo en mi solio las coronas
De Uno en esencia y Trino en las personas?

—
«¿Saben que al leve soplo de mi aliento
Envuelto en confusion se agita el mundo,
Y tengo en una mano el firmamento,
En bellezas sin número fecundo;
Y con otra encadeno en el tormento
Las huestes infernales del profundo?
¿Saben que, como soy indivisible,
Tambien es mi poder irresistible?

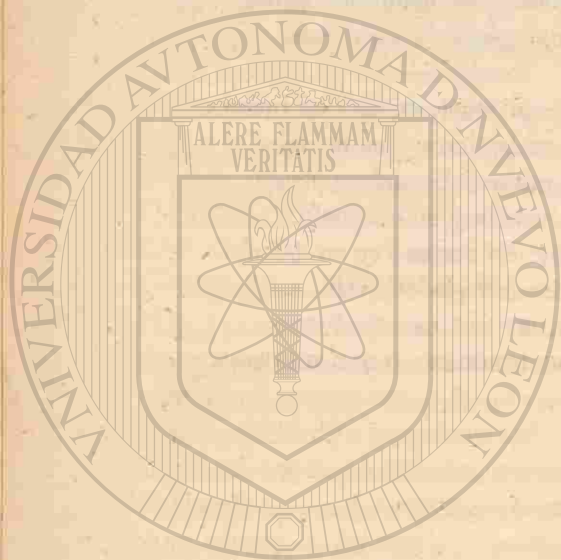
—
«¡Infelices! Su padre los llamaba,
Y el paternal acento no escucharon;
Y yo tras ellos con amor volaba,
Y ellos, huyendo siempre, no pararon.
Si compasivo yo les aguardaba,
Me cansé de esperar, nunca llegaron,
Y hoy vuelven las espaldas al reflejo
De la radiante luz que yo les dejo.

—
«Padre, ved que al faltarles vuestra mano
Van por el mundo á caminar á oscuras,
Gimiendo cuando vieren del hermano
Cerrado el pecho, las entrañas duras.
Presas infelices de vértigo inhumano
No pueden presentir sus desventuras...
¿Padre, misericordia y no justicia!
Todo ignorancia fue, nada malicia.

—
«Misericordia, sí; vida y sustento;

Justicia sobre mí, llanto y dolores:
Suyo es mi amor, y con valor me siento
Para apurar amargos sinsabores.
¿Padre, misericordia! Que este acento
En leales convierta á los traidores.
¿Justicia nunca...! Salvacion no alcanza
Al corazon que pierde la esperanza.

—
«Grande es mi amor, mi caridad inmensa;
Grande soy en la tierra y en el cielo.
¿Mi sangre quieren? Lavará su ofensa;
Caerá para su vida y su consuelo.
¿Su padre soy! Mi amparo en su defensa
Cobije á todos con piadoso velo.
Si tanto, PADRE MIO, me ofendieron,
PERDÓNALOS, IGNORAN LO QUE HICIERON.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

JACULATORIA.

¡Perdonais vos, todo un Dios, y yo me he de resentir, vil gusano de la tierra! Perdono y perdonaré, Jesus de mi corazon, á cuantos me hayan ofendido, para no escluirme de vuestra súplica, ni condenar esta obra que ejecutais en la Cruz.

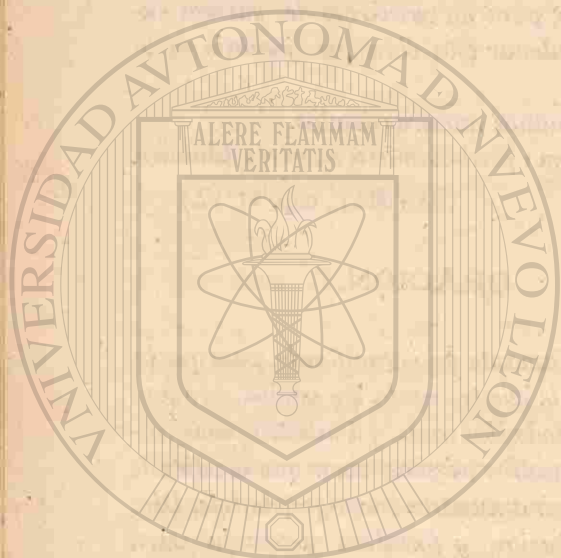
Ÿ. Perdónanos nuestras deudas.

R. Así como perdonamos á nuestros deudores.

(SAN MAT., cap. VI, 12.)

ORACION.

Generoso amante mio crucificado, pues que la observancia de vuestra santa ley estriba en amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros semejantes como á nosotros mismos, amor que se estiende hasta perdonar á nuestros enemigos, dadme, Dios mio, la resolucion y fortaleza necesaria para acometer con seguro resultado una empresa tan difícil, para recibir con tan buena voluntad y perdonar con tan generosa misericordia los agravios que se me hagan, como vos recibísteis y perdonásteis los que os hicieron los judios y cuantos os he hecho yo, desgraciado pecador; y concededme esta gracia por el dolor que afligió á María Santísima, sola, cuando os veia injuriado y ofendido, para que, justificado por vuestros méritos é intercesion en esta vida, vaya despues á ser glorificado eternamente en la otra. Amen.



SEGUNDA PALABRA.

Hodiè mecum eris in paradiso.
Hoy estarás conmigo en el paraíso.
(SAN LUC., 23, 43.)

I.

Parece que las funerales tinieblas que cubrieron el firmamento y la tierra cuando marcaba el sol el medio día, han nublado nuestros ojos, impidiéndonos ver en la cima del Calvario los misterios de la Cruz: parece que, codiciosos de novedades, llama mas nuestra atencion el relincho de los inquietos corceles ó el sonido de las trompetas, el ir y venir de los sayones, ó la afluencia y desencadenamiento del motin popular, que la situacion melancólica del crucificado Jesus Nazareno. Aterrados, como que proyectamos retroceder, y volvemos á retirarnos para



SEGUNDA PALABRA.

Hodiè mecum eris in paradiso.
Hoy estarás conmigo en el paraíso.
(SAN LUC., 23, 43.)

I.

Parece que las funerales tinieblas que cubrieron el firmamento y la tierra cuando marcaba el sol el medio día, han nublado nuestros ojos, impidiéndonos ver en la cima del Calvario los misterios de la Cruz: parece que, codiciosos de novedades, llama mas nuestra atencion el relincho de los inquietos corceles ó el sonido de las trompetas, el ir y venir de los sayones, ó la afluencia y desencadenamiento del motin popular, que la situacion melancólica del crucificado Jesus Nazareno. Aterrados, como que proyectamos retroceder, y volvemos á retirarnos para

no presenciar la consumacion de un crimen; y, sin embargo, permanecemos estáticos, inmóviles, sumergidos en una alternativa de terror y curiosidad, esperando cosas mayores; esperando para salvarnos del naufragio de nuestra duda á que haya un corazon compasivo que quiera darnos la mano y acompañarnos al Gólgota con la consideracion.

El Hijo de María, cristiano, ha sido sentenciado á un género de muerte que reúne en el mas alto grado una profunda ignominia y un dolor inmenso: su suplicio es la cruz; y, no obstante, como si no bastara morir como un malhechor, se hace preciso, para la mayor sublimidad del sacrificio, que muera como el príncipe de los malvados. Dos ladrones padecen; á la derecha y á la izquierda del adorable símbolo de nuestra redencion, se alzan dos cruces mas pequeñas; de ellas penden, y á la verdad con destino bien funesto, dos infortunados malhechores::: pues cada cruz y cada malhechor son un misterio. Sobre ambos pesa un mismo anatema; ambos soportan los mismos dolores; un mismo pasado los ha reducido al

desesperado presente que ahora los cerca; y esos dolores, y ese pasado, y ese presente, son, sin embargo, un misterio: una muerte igual va á castigar una culpabilidad casi idéntica, y esta muerte misma, sufrida con disposiciones absolutamente distintas, abrirá á seres tan desgraciados bien diferente porvenir; y esa muerte, y esas disposiciones, y ese porvenir, en el gran libro de la divina sabiduría son un misterio.

El facineroso enclavado en la cruz de la izquierda se agita y revuelve en ella, como una serpiente encadenada á un árbol; su semblante denegrado es el espejo donde se retrata su inmunda conciencia; sus ojos, como saltándole de las órbitas en fuerza de los estremecimientos de la soberbia, son admirable reflejo del estado de su alma; las blasfemias no interrumpidas que salen de sus espumantes labios, son la espresion mas enérgica de los sentimientos de su delincuente corazon; y es mas, ni un destello de claridad, ni una ráfaga de luz, ni un suspiro del viento, ni nada que pueda hacer concebir esperanzas se acerca hácia el patibulo del desventurado Jestas.

Bien diferente sucede al lado opuesto: la única llamarada que surcando la turbia atmósfera alumbra el drama sangriento que se representa en el monte de las Calaveras, cae de lleno sobre el lado derecho de la cruz del Salvador, y su sombra, como el ala de una gallina que cubre á su polluelo, cubre con espresion paternal la descolorida mejilla del bandido crucificado á la derecha: parece que el día, oscureciéndose para todos, dedica sus postreros fulgores á iluminar la faz macilenta de aquella criatura: su rostro es la espresion de la humildad; la quietud que le circunda en el tormento, el símbolo de la conformidad; el amor con que de hito en hito mira al Hijo de las promesas, es la imagen de su esperanza; el suspiro que exhala, y que desde su corazon parte con la ligereza del dardo hasta el corazon dilacerado de Jesus, es testimonio de su arrepentimiento, y la súplica que le dirige es, finalmente, una prueba infalible de la seguridad que tenia de que en Aquel hallaria su salvacion. *Domine, memento mei dùm veneris in regnum tuum: «Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino.»*

Aguardaba el Señor con impaciencia esta confesion esplicita y terminante de la desvalida naturaleza, como correspondencia de gratitud á las inspiraciones divinas de su gracia: esperaba el Justo por escelencia que este ladron, reconociéndose culpable, *nos quidem justè*, se confesase condignamente castigado por la justicia de la tierra, *digna factis recipimus*, para que haciendo de su tormento un martirio voluntario, expiatorio y laudable, ciñera despues su frente con la diadema de las misericordias del cielo: ansiaba que Dios diese en presencia de todo el género humano un testimonio auténtico y solemne de la inocencia, de la divinidad, del poder y de la gloria del que moria por todos los hombres, *neque tu times Deum*, para hermanar al lobo con el cordero, para abrazar al amigo con el otro amigo, para reconciliar al hijo con su padre, para librar aquel espíritu, esclavo tanto tiempo hacia de la tiranía de sus perversidades, y llevarle á gozar la libertad de la Jerusalem sempiterna, dentro de su mismo corazon. Cristiano, en los combates de amor, Jesucristo se da siempre por ven-

cido: á la mirada penitente de Dimas, corresponde la mirada salvadora de Jesus; á la peticion limitada de Dimas, la concesion amplia, ilimitada é infinita de Jesus; y Dimas, que solo pide un recuerdo, se encuentra repentinamente entronizado en el paraíso. *Hodiè mecum eris in paradiso.* ¡Majestad adorable! ¡Caridad inestinguible! ¡Sabiduría inesplicable! Jesus empieza á recoger en el penitente Dimas las primicias de su sacrificio, y á manifestar el ópimo fruto de la súplica que elevó al Eterno Padre en su primera palabra. En la promesa que hace al buen ladron cierra para siempre las puertas de la desesperacion, traza con la valentía que le es propia el rasgo mas atrevido en el cuadro maravilloso de su amor á los pecadores, y se manifiesta mas grande que nunca, concediendo antes que le pidan, y concediendo, segun se espresa San Ambrosio, infinitamente mas de lo que le piden.

II.

¡Promesa consoladora! esclama San Ama-

deo en este lugar. ¡Oh! ¡cómo la misericordia divina se apresura á salir al encuentro al pecador arrepentido que vuelve hácia Dios! ¡Oh cuán bueno, cuán amable es Jesus! espone tambien San Bernardo. ¿Quién podrá desesperar de un Salvador que escucha con tanta bondad las peticiones que se le hacen, que se encuentra tan pronto para acogerlas, y tan generoso para despacharlas? Pero contemplemos, esplicándonos piadosamente cuánto significa y cuánto vale cada palabra de las que componen esta segunda palabra.

Hodiè: Hoy; esta sublimidad de estilo, esta palabra tan sencilla para decirse, y tan profunda para considerarse, mas que á lo presente, parece que se refiere á lo pasado; mas que una concesion repentina, como que indica la confirmacion y ejecucion de una cosa ya resuelta en los arcanos de su sabia Providencia. El buen ladron solo pide un recuerdo, y Jesus, dice un escritor ascético, bien hubiera podido, y bastaba, prometerle que de allí á algunos años entraria en su reino; pero su caridad inmensa abre sus la-

bios y pronuncia la palabra *Hodie*: Hoy; y apresura, mejor dicho, suprime los plazos, y en lugar de purgatorio le recibe para satisfaccion los tormentos que padece, y para que no desmaye le promete tanto consuelo.

«Hoy se cambiará tu suerte, prosigue el mismo autor, y de esta cruz de tormentos pasarás al paraiso de todos los deleites, y en cambio de una muerte afrentosa recibirás una eterna, inmortal y verdadera vida;» y cierto: donde para Dimas concluia la vida del tiempo, empezaba la de la eternidad; donde acababa la corporal, empezaba la espiritual; donde terminaba la de la culpa, principiaba la de la gracia: allí era verdaderamente dotado de esa existencia feliz que Dios quiere para nosotros, y trasformado de un barro frágil y corrompido en un vaso de perfeccion y de santidad.

Mecum eris: «Estarás conmigo.» Promesa de futuro que puede interpretarse con todas las seguridades del presente. Decir Jesus Nazareno *estarás*, es como decir *estás ya*; y añadir *conmigo*, es manifestar que el Santo de los Santos cifra todo su beneplácito en

hacerse una misma cosa con el mayor entre todos los pecadores, con tal que este le manifieste humildad y confianza y arrepentimiento; es decir que Jesucristo no puede menos de recompensar consigo mismo cuanto nosotros hacemos y padecemos por Él, que no puede jamás desprenderse de su alma; y como el alma de un pecador reconocido es un alma indisputablemente suya, hé aquí cómo Dios no puede menos de premiar consigo mismo á la criatura que pide con verdadera y entrañable condicion.

Mecum eris: «Conmigo estarás.» ¡Qué palabra tan consoladora y tan bella! Por ella, enseña el P. Ráulica, quiere el Señor decir al malhechor convertido: «Cuando se consume hoy el sacrificio que yo hago, y al que tú te has asociado por tu fe y por tu arrepentimiento, serás el primero que participe de sus frutos.» «Cual soberano, explica Teofilacto, que al volver victorioso de la guerra hace llevar en pos de sí los mas ricos despojos del enemigo para adornar con ellos su marcha triunfal, Jesucristo así, saliendo de esta vida triunfador del pecado,

lleva consigo al paraíso el alma del buen ladrón, como un monumento insigne de la salvación eterna concedida á los pecadores arrepentidos, del poder de la gracia, del exceso de su misericordia y del cumplimiento de su redención, á fin de regocijar con esta vista las almas de los patriarcas, y de honrar su propio triunfo.»

In paradiso: «En el paraíso:» es decir, en la gloria, en el cielo, en la bienaventuranza, y como la gloria, y el cielo, y la bienaventuranza toda es Jesucristo Dios y hombre, aquí teneis por qué asegura al buen ladrón, no solamente estar «consigo mismo,» *mecum*, sino tenerle dentro de sí mismo, en el paraíso: *in paradiso*. Dimas, creyéndose en su humildad indigno de todo, dice San Ambrosio, solo pide á Jesus un recuerdo, *memento*, y Jesus le concede mucho mas de lo que le pide. Jesus le promete un imperio, y un imperio inconquistable, inmortal, y donde el habitante de mas inferior escala es un espíritu dichoso, perfecto y completamente agradable á los ojos del Señor.

¡Venturoso ladrón! Robaste á Jesucristo

la gracia con el arrepentimiento; robaste á Jesucristo su sangre y el fruto de ella creyéndole y confesándole Redentor; robaste á Jesucristo la vida publicando que su muerte es la vida de todas las criaturas; robaste á Jesucristo su gloria, aclamándole y reverenciándole y adorándole como nuestro Dios. «¡Hombre afortunado! dice San Juan Crisóstomo, ¡hombre diestro! ¡Ni aun pendiente en la cruz has olvidado tu antigua profesion de ladrón, pues que en pocos instantes has conseguido arrebatarse el reino eterno!» ¡Misterio augusto, misterio tremendo y santo el misterio de la Cruz de Jesucristo! Ella es la cátedra de su amor, ella es el trono de su clemencia, ella es el tribunal de su misericordia. En ella se manifiesta compasivo para perdonar, sabio para engrandecer y omnipotente para recompensar. Desde ella salva al que se guarece á su sombra; desde ella rocía con la sangre que vierte á borbollones su corazón al que se acoge á sus bondades, y en ella encuentra escala para la gloria el que hace un momento no merecía otra cosa que el infierno.

III.

«Pecadores arrepentidos y pecadores obstinados, dice San Leon profundizando el sentido de esta magnífica promesa del Salvador, *Hodiè mecum eris in paradiso*, hoy serás conmigo en el paraiso; observad que este nuevo modo de hablar y de prometer es superior á las condiciones de la humanidad; que el que habla y promete así, da á conocer demasiado que no es un simple mortal, y que esta gran promesa no descende de la cruz de un sentenciado, sino del trono del mismo Dios.» Esta hermosa, esta memorable y consoladora palabra dirigida entonces á un solo hombre, lo es tambien á todos los pecadores que se encuentran con las mismas disposiciones y animados de los mismos sentimientos que el buen ladron. No nos alucine, sin embargo, la presuncion ni nos intimide la desconfianza. Con las disposiciones mas felices, al lado mismo de Jesucristo, nos podemos condenar si permanecemos impenitentes: agobiados de crímenes, cercados

de iniquidades, al borde mismo del precipicio nos salvaremos, si haciendo verdadera penitencia de nuestras culpas, si proponiendo firmísimamente la enmienda, si llorando con lágrimas de amor el estado en que hemos puesto al Hijo de Dios, le suplicamos se acuerde de nosotros desde las celestiales alturas de su reino: *Memento mei, dùm veneris in regnum tuum*. La respuesta que entonces nos dará, acabamos de oirla en la meditacion de esta segunda palabra. *Hodiè mecum eris in paradiso*: hoy reinareis conmigo en el paraiso. Así sea; y para ello vuele mi alma á confesar en público, y á pesar de los herejes, de los incrédulos, de los filósofos, y de todos los impíos, que sois Dios, y Dios inmortal y eterno; que no sois solo un hombre extraordinario, sino la naturaleza divina inseparablemente unida á la naturaleza humana de mi buen Jesus. Vuele mi alma, desnuda, como Dimas, del espíritu del mundo, á estrecharse con la cruz y á crucificarse voluntariamente, besando y bendiciendo vuestra mano cuando me pruebe ó cuando me castigue: abrazándome con el infortunio, con la

pobreza, con las enfermedades y con la muerte, porque *digna factis recipimus*, porque eso y no otra cosa es lo que yo merezco. Vuele mi alma á pregonar y publicar por todas partes que se separó de Jesus, que olvidó á Jesus, y que cuanto ahora sufro, y mucho mas que sufriera, *meritò hæc patimur*, con razon sería padecido. ¡Qué cosa mas razonable que si el Redentor de las almas se hace redentor de mi alma, que si al mismo tiempo que se crucifica por todas en general, lo realiza tambien por la mia en particular, qué cosa mas justa que el que vuele mi alma á colocarse á su lado como el afortunado Dimas, á atraer á mi entendimiento la luz misteriosa é indeficiente que arroja el astro de la Pasion, y á aprovechar para mi rescate hasta la gota mas pequeña de esa sangre que se derrama en el Calvario!

Vuelvan, en hora desgraciada, las espaldas á Jesus los que no temen á Dios: *Neque tu times Deum*. Huyan amedrentados los que no confían en la misericordia divina, á sumergirse en los abismos de la desesperacion; vivan impasibles los que arrogantes, y orgu-

llosos, y embriagados en mortífera presuncion, dejan la conversion, creyendo que el Señor los aguardará para el último momento de la vida: yo estoy con Jesus; y si ofendiéndole no le temí, ahora le adoro como Dios, le amo como padre, le busco como médico, y le temo como juez. Muchos, en verdad, son mis pecados, pero no desconfio de su misericordia; cuanto mas me asalte la idea de mi miseria, mas gritaré con el Profeta cantor: *Amplius lava me*: lávame mas, porque mas necesito: mucha, encantadora, infinita es su misericordia, pero no por eso, por imperfectísimas obras buenas que haga, presumiré á ciegas, ni dejaré de temer su soberana justicia: si mi Dios ha prometido bondad al penitente, tambien al impenitente le ha amenazado con un rigor inexorable: si ha dicho al arrepentido que no desprecia al corazon humillado, *cor contritum et humiliatum*, tambien contra el insensato que abusa de su amor, ha lanzado aquella sentencia terrible: *Quæretis me, et in peccato vestro moriemini*. Me buscarás, pero en vano, porque morirás en tu pecado. Pequé, Señor: este es el grito que

exhala mi corazón ; pequé y fue delante de Ti: pero no más pecar; no más correr ni precipitarme por el seductor y florido sendero de la muerte, sino marchar por el espinoso de la vida: basta de ilusiones, ya es llegada la hora de la realidad. Vuestra Cruz sea mi cruz, vuestros dolores los míos, vuestras virtudes mi guía, para que al acercarse el supremo momento de la cuenta, yo pueda clamar en medio de una piadosísima y bien fundada esperanza: *Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino; y escuchar de vuestros labios con inefable alegría: Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

CANTO SEGUNDO.

Hoy serás conmigo en el paraíso.

Allí Jerusalem. De ella no lejos
Sobre un montón de informes esculturas
Brillan del místico sol pardos reflejos,
Que dibujan ya sombras, ya figuras.
De oráculos no es ara, ni consejos;
Mansion es de terror, de desventuras;
Es un monte sombrío y funerario,
Que antigua tradición llama Calvario.

Sobre él rugen los raudos aquilones,
Por él cruzan los recios vendabales,
Y desatan las nubes sus turbiones,
Y marca la centella sus señales.
De los buitres y cárabos llorones
Anuncian los graznidos desiguales,
Que es aquel que mirais negro hemisferio
Lugar de execración y de misterio.

Es del tiempo mansion y augusto asiento
Que á duros golpes sus entrañas quiebra;
Y en aquellas la sierpe halla elemento,

Y rastrea silbando la culebra.
 Por la cóncava grieta que hace el viento
 La sangre criminal corre hebra á hebra;
 Y donde quier humana calavera
 Se esconde entre los huesos de una fiera.

—
 No es aquel paraiso voluptuoso,
 Donde ambiente festivo y perfumado
 Embalsamára al lirio caprichoso,
 Meciendo al tulipan enamorado;
 Donde una rosa de existir hermoso
 Abrió su cáliz, de placer colmado,
 Cual topacios brotando entre rubíes,
 Violetas, jazmines y alelíes.

—
 Donde crecieron con orgullo santo
 La acacia, el abedul, el sicomoro,
 Y el sauce humilde con su noble llanto,
 Y la palmera con su fruto de oro,
 Del secular ciprés gala y encanto;
 Donde las aves en lucido coro
 Y en unísona orquesta se perdian,
 Y en árboles y flores se mecian.

—
 No es un reino ideal, pensil ameno,
 Lugar de bendicion y de esperanza,
 De gracia rico y por su dicha lleno
 De consuelo, de paz, de bienandanza,
 Donde el Señor, magnífico, sereno,
 Gozándose en su propia semejanza,
 Vió que el mundo, del mundo maravilla,
 Dobló á la voz del hombre la rodilla.

No es aquel Siná que escelso un dia
 En centellas, relámpagos y truenos,
 Cráter radiaba y cual volcan ardia;
 Donde juntos los malos con los buenos,
 El incrédulo audaz y el que creia,
 Todos, de confusion y espanto llenos,
 Oyeron entre trompas y clarines
 La ley del que ensalzó los querubines.

—
 Árbol brota ninguno en el Calvario;
 El cadalso no mas se alza en la loma;
 Perece el malhechor, y solitario
 Mutilado cadáver se desploma,
 Se confunde en la sima del osario;
 Y del dia la luz cuando ya asoma,
 Vemos que es el patíbulo tan solo
 Gigante mudo que saluda al polo.

—
 Las víctimas son dos, que hoy en la altura
 Con justa mengua su delito expían.
 De distinta y simbólica figura
 Tres cruces en el Gógotha se vian.
 Enseña de verdad es la mas pura;
 Las otras dos el crimen sostenian...
 Y modelo Jesus se alza en el medio,
 Del mundo criminal vida y remedio.

—
 "¡Nazareno!" gritára á la siniestra
 Un perjuro que á Cristo blasfemaba:
 "Si es verdad el imperio de tu diestra,
 "Que tu voz, cuando libre, publicaba,
 "Tu vida salvarás: salva la nuestra

"Y confieso tu Ley... mi error acaba...!"
Y la chusma aplaudia el pensamiento
Con silbidos sin fin rasgando el viento.

Y en medio de sarcasmos y alaridos
Que poblaban los valles y colinas,
El bélico tambor lanza sonidos,
Y retumban tronando las bocinas.
Piérdense sin cesar los repetidos
Relinchos del corcel, en las vecinas
Praderas que bosqueja el horizonte
Confin oscuro de enlutado monte.

Vendido está José por los traidores;
Sacrificado Isaac por su obediencia;
Cáliz de envenenados sinsabores
Apura de David la penitencia...
Y varon de acerbísimos dolores,
Suspendido Jesús á la inclemencia,
La infame estirpe de Satán vencia,
Mas anhelando cuanto mas sufría.

Sangre, piedad y amor brota á torrentes
El Redentor, muriendo entre ladrones...
Sangre y amor que, redimiendo gentes,
Y atrayendo hácia sí generaciones,
Hará rendir las orgullosas frentes
Y ablandará carnales corazones,
Como raudal que de empinada breña,
Sobre plantas y arbustos se despeña.

Sangre y amor para el que fiel le dice:

"Acuérdate de mí, Dios soberano,
Cuando en tu reino estés."—Dimas bendice
De la Pasión el insondable arcano...
Mas ¡ay! para el que pérfido maldice
Del inocente Abel la escelsa mano,
Esa sangre ha de ser sin esperanza
Esterminio y baldon, muerte y venganza.

¡Venturoso ladron, ladron dichoso
Que al exhalar el hálito tremendo
De su instante final, pide lloroso
Perdon al que por él está sufriendo!
¡Alma feliz, á quien divino esposo
En éstasis de amor llama, diciendo:
"HOY, pues tu confesion así lo quiso,
CONMIGO HABITARÁS EL PARAISO!"

¡Grata promesa que le fue cumplida!
¡Dulce palabra que colmó el anhelo
Del que en la muerte rescató la vida,
Del que el suplicio convirtió en consuelo!
¡Palabra dulce que á morir convida!
¡Cariñoso, purísimo desvelo
Del amante Jesús que recompensa
Mezquino esfuerzo con bondad inmensa!

"Hoy, nuevo Adán, que en tu favor me llamas,
Será tu pabellon mi ardiente seno...
Débil estoy, y mi ternura inflamas,
Voy á morir, y espiraré sereno.
Dimas, basta la fe con que me aclamas;
Tu esperanza es antídoto al veneno,

Que la culpa mortal derrama impía,
Dentro del alma que lavarla ansía.

«Qué todos, como tú, con voz sublime
Me pidan convertidos los humanos;
Soy el Mesías que su ser redime...
Son mi hechura, mis hijos, mis hermanos,
Son otro yo; mi sangre les imprime,
Vertida de mis pies y de mis manos,
Sello de unción, de paz y de ventura
Que ante los siglos indeleble dura.

«Estarás, morador, y con asiento,
No como viador desconocido;
Dueño ya de la luz y el firmamento,
Reinarás sobre el caos y el olvido.
Tendrás la eternidad por nutrimento,
Con mi vista placer apetecido,
Y aliviará tu sed, nunca estinguida,
La gracia eterna de la eterna vida.

«Conmigo, como bélico soldado
Inscrito en el padron de mi milicia;
Pródigo arrepentido y perdonado,
Que el ara paternal halla propicia,
Que duerme sin afanes á mi lado
Y acata sin temores mi justicia;
Y, compañero en mi sangrienta historia,
Será tu premio mi esplendente gloria.

«Sí; y en el paraíso, en cuya esfera
Refulgen de mi ser las perfecciones,

Dimas, do quiera estés, oirás do quiera
Armoniosas, dulcísimas canciones.
Mando en la inmensidad; allí te espera
Multitud de querúbicas legiones,
Y arcángeles que ciñan á tu frente
De ventura inmortal lauro naciente.

«Y á todos, como á ti, los que me rueguen
En el postrer cuadrante de su vida,
Á los que en medio del pesar se aneguen
Creyendo ya su salvación perdida,
Aguardo en esta cruz; acudan, lleguen
Sin temor de la raza deicida,
Á ver en el buen Dimas un modelo
De esperanza y amor para ir al cielo.

«Venga á mí el que rebelde y obstinado,
Cuando ayer mis parábolas oía,
Con ceño adusto y corazón helado
Escuchaba ó sarcástico reía.
Enemigos no hay ya; he perdonado
Al que ciego, sin luces, me ofendía,
Y al que sus fuerzas con mis fuerzas mide:::
¿Qué hará mi corazón con el que pide?

«Todo es amor en mí; todo nobleza;
Que es mi voz el ejemplo nadie duda...
Mi caridad inflama la tibieza...
Habla la lengua que callaba muda.
Y, miserable el hombre en su bajeza,
Es invencible si á mis pies se escuda.
Pecadores, venid; estrechos lazos

De vida encontrareis entre mis brazos.

„Por ellos doy mi vida sacrosanta
Entre insultos, dolores y agonías;
Por ellos el cadalso se levanta,
Término de infalibles profecías.
Y seca, casi seca la garganta,
Cual tierno alivio de las ansias mias,
Al pecador arrepentido llamo
De eterno gozo al celestial reclamo.“

JACULATORIA.

Una hora, un instante solo basta para cambiar el corazón de Dimas, y ¡tantos años no han sido todavía bastante á cambiar mi corazón! Me resuelvo, pues, y confío: serviré á Jesús; y si tan misericordioso fue con el que un instante le honró, no lo será menos conmigo si le consagro todo el tiempo que me quede de vida.

Ÿ. *Acuérdate de mí, Señor, y manifiéstate á nosotras.*

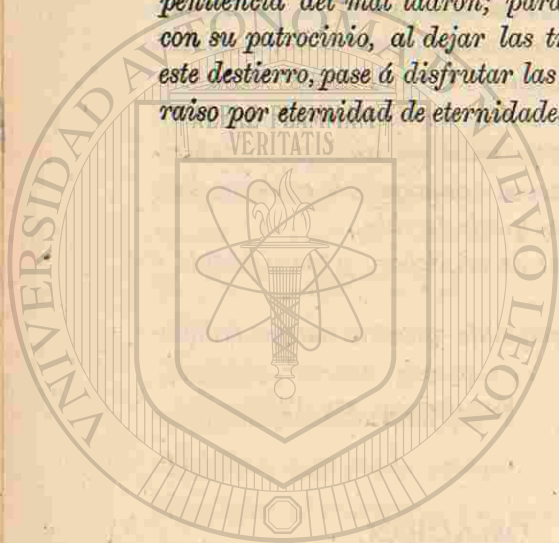
Ũ. *En el tiempo de nuestra mayor tribulación.*

(ESTHER, cap. XIV, 12.)

ORACION.

Jesús piadosísimo, el amigo más fiel de mi alma, el inseparable compañero de mi corazón; por la ternura que os distinguió al pronunciar vuestra segunda palabra, os suplico me concedais todo el valor que necesito para superar las tentaciones, la decisión para dejar las ocasiones y para aborrecer todo lo que os ofenda, librándome de este modo de los salteadores que quieren robaros á vos mi espíritu y á mí la salvación: dadmele

de contrición y de penitencia, para que, viviendo como cristiano, acabe mis días como el buen Di-
mas en el seno de vuestra amistad; y concededme
este favor por el dolor que María Santísima sintió,
sola, en la negativa de San Pedro y en la im-
penitencia del mal ladrón; para que, auxiliado
con su patrocinio, al dejar las tribulaciones de
este destierro, pase á disfrutar las delicias del pa-
raíso por eternidad de eternidades. Así sea.



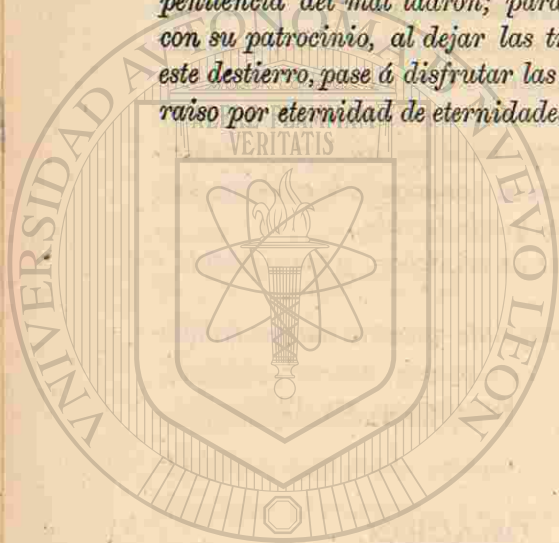
TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus.
Mujer, hé ahí á tu hijo.
(SAN JUAN, 19, 26.)

I.

¿Dónde encontraremos, lector cristiano, la mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* ¿Dónde encontraremos, alma mia atribulada, la mujer, ese ser privilegiado misteriosamente en su formación, maravilloso en su ministerio, y enaltecido en su destino futuro? ¿Ese ser que lanzó al mundo la mano de Dios, como una especialidad encantadora entre todas las criaturas, como un conjunto de peregrinas bellezas en que se recrea el soberano Artífice, como una auxiliadora semejante é imprescindible para el hombre, de cuyo cuerpo mismo fue formada? ¿Dónde

de contrición y de penitencia, para que, viviendo como cristiano, acabe mis días como el buen Di-
mas en el seno de vuestra amistad; y concededme
este favor por el dolor que María Santísima sintió,
sola, en la negativa de San Pedro y en la im-
penitencia del mal ladrón; para que, auxiliado
con su patrocinio, al dejar las tribulaciones de
este destierro, pase á disfrutar las delicias del pa-
raíso por eternidad de eternidades. Así sea.



TERCERA PALABRA.

Mulier, ecce filius tuus.
Mujer, hé ahí á tu hijo.
(SAN JUAN, 19, 26.)

I.

¿Dónde encontraremos, lector cristiano, la mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* ¿Dónde encontraremos, alma mia atribulada, la mujer, ese ser privilegiado misteriosamente en su formación, maravilloso en su ministerio, y enaltecido en su destino futuro? ¿Ese ser que lanzó al mundo la mano de Dios, como una especialidad encantadora entre todas las criaturas, como un conjunto de peregrinas bellezas en que se recrea el soberano Artífice, como una auxiliadora semejante é imprescindible para el hombre, de cuyo cuerpo mismo fue formada? ¿Dónde

hallaremos esa criatura, ese ser que se multiplica, formando, digámoslo así, una doble naturaleza; que participa de la naturaleza del hombre por su razon y por su inteligencia, y de la naturaleza del niño por la esquisita delicadeza de sus órganos, por la estrechada movilidad de sus fibras, por la timidez de su carácter y por la irritabilidad de sus nervios? ¿Ese ser que forma el lazo de la sociedad doméstica, el esplendor de la familia y la propagacion de la especie humana? *Quis inveniet?* ¿Dónde está? ¿Dónde la hallaremos? ¿Dónde encontraremos la mujer esencialmente nacida para amar, y única y exclusivamente destinada á padecer...?

Ocasion es esta, ciertamente, la mas oportuna para buscarla, pero la mas difícil para encontrarla. Si la buscamos entre las deleitosas bellezas del paraíso, hallaremos, no la que nosotros deseamos, sino la mujer débil, la mujer desvanecida, base de nuestro pecado, manantial de nuestras lágrimas y origen de nuestra perdicion: si pretendemos hallarla en las magnánimas y virtuosas heroínas del Antiguo Testamento, la buscamos

como en un panorama de sombras resbaladizas, donde las que una vez pasaron nunca jamás volverán. Si queremos que la imaginacion se la pinte fugitiva y errante entre los cedros del Líbano, entre los cipreses de Sion y las olivas de los campos, los cedros se desgajaron, los cipreses languidieron y las olivas se deshojaron: si entre las azucenas del Carmelo ó entre los plátanos que saludan á las corrientes de las aguas, entre las palmeras de Cades ó las rosas de Jericó, las azucenas están sin olor, los plátanos sin verdura, las palmeras sin color, y las rosas, cristiano, están, como estarán ahora nuestros corazones, mustias y aprisionadas en una red de punzadoras espinas. Y ¿dónde la encontraremos? La sabiduría divina, la sabiduría increada, el Espíritu Santo, sentado sobre el esplendor de su gloria y cercado del sol de su majestad, sabiendo que nosotros no encontraríamos en la creacion esa mujer que preside á los portentos que salieron de sus manos, descende del solio, penetra en el Calvario, hiende por entre la multitud, colócase en frente del suplicio, y mo-

jada su pluma en la sangre del Cordero que en aquel momento se inmola por la eterna salud de los hombres, preguntándose á sí mismo: ¿Quién encontrará la mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* se contesta tambien á sí mismo y satisface nuestra apremiante solicitud, escribiendo con caracteres indelebles en el testo sagrado del Evangelio: *Stabat juxta crucem Jesu.* «Esa mujer fuerte, esa mujer invencible, esa mujer extraordinaria, está junto á la cruz de Jesus.»

¿Has visto, alma contemplativa, un lirio descolorido por los fuegos abrasadores del estío, agitado continuamente por el empuje turbulento de los huracanes, pisado por una turba de ojeadores que corren en busca de la presa que se les huye, y tronchado su tallo, y sin aroma en su cáliz, y sin lozanía en su frente, viviendo, pero para sentir todos los horrores de la muerte, y muriendo, pero para llorar sin descanso la pérdida irreparable de los bienes mas positivos de la vida? *Stabat*, está al pie de la cruz. Ahí está el lirio divino, cuya frente han hecho palidecer los ayes del sufrimiento y las lágrimas del

amor; porque las lágrimas, hijas de un dolor que no tiene remedio, abrasan el semblante al mismo tiempo que liquidan el corazon. Ahí está esa flor misteriosa, cuyo mérito desconoce ahora mismo la tierra que la produce, y á quien inquietan, y persiguen, y avasallan los vientos infernales del desfreno y de la impiedad. Ahí está María, ahí está el lirio de los valles, lirio fragante de la Santísima Trinidad, menospreciada y abatida por una jauría de hienas que atraen á sí para su condenacion la sangre de la paloma mas cándida, del cordero mas humilde, de la criatura mas inocente. *Stabat.* Está, y está tronchado su tallo, es decir, partido su corazon entre el temor y el deseo, entre el amor y el dolor, entre la muerte y la vida, entre la víctima y los verdugos, entre el justo y los pecadores; tronchado su corazon que es el tallo donde brotan, y se desprenden, y se dilatan, y mas tarde se reconcentran, y luego se ocultan, y, por último, se ahogan las penas que son las flores de los tormentos humanos. Sin aroma en su cáliz, es el mismo de la Pasion, y es de hiel; sin

vida, porque se la concluye en la cruz; sin muerte, porque la que con ojo avizor mira al patíbulo, respeta una existencia que ha de ser hasta el último día de los tiempos vida, dulzura y esperanza de los desgraciados hijos de Adán. *Stabat*. Está, y está sin corazón, porque un hijo es el corazón de una madre; y á María que la martirizan, y la despedazan, y la roban su hijo, la martirizan, la despedazan y la roban su corazón. Está para escuchar la cláusula, para tomar posesion de la herencia que la pertenece, según el testamento augusto del adorable y santísimo Jesús. *Mulier, ecce filius tuus*. «Mujer, hé ahí á tu hijo.»

II.

Tristísimo es, lector piadoso, un deseo no cumplido, terrible una esperanza no realizada; pero desgarradores sin comparación son para el alma los efectos de un desengaño, y esta tercera palabra de Jesús Nazareno parece un desengaño. ¡Ni el nombre de madre, que es el arrullo de la cuna, y el

amado compañero de la infancia, y el escudo de la juventud, y que, como centinela invencible, se coloca entre los labios de un hijo espirante en los momentos de la agonía, descende ahora desde la boca ensangrentada de Jesús hasta el alma sin aliento de María! *Mulier!* ¡Mujer! ¡Como si su formación, y su ministerio, y su destino tuvieran algo de comun con el de nuestra madre Eva! ¡Como si Jesús hubiera olvidado, ó nunca hubiera sabido, que encarnó en las entrañas de aquella mujer por la operación divina del Espíritu Santo! ¡Como si no la recordara concebida sin mancha y perpetuamente virgen, ó como si ya no la contemplara Reina de los ángeles, y Princesa de los tiempos, y Emperatriz de la eternidad! *Mulier!* ¡Mujer! ¡La anunciada y esperada por espacio de cuarenta siglos, la escrita en los vaticinios de los profetas y en la fe de los patriarcas, saludada por el Arcángel «llena de gracia,» y elegida en los decretos de Dios para ser depositaria y dispensadora de sus misericordias, canal de sus gracias, antorcha en la oscuridad, consuelo en la tribulación, y por Je-

su Cristo y en relación con Él, reparadora del linaje humano! ¡Mujer...! Pero, ¡perdon, Dios mio! El entusiasmo por una madre, y madre que tanto padece, habia alejado de la imaginación el significado verdadero de esta sola palabra. Jesucristo muere, obrando en cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en cualidad privada de hijo de María; debe, pues, servirse de una expresión y adoptar una frase que indique que en estos momentos solemnes tiene menos presentes sus relaciones con María que sus relaciones con nosotros, cuya causa defiende y cuya salvación verifica; y cuando Jesucristo, infalible é infinitamente sabio, no pronuncia otra, prueba que ninguna puede darse mas adecuada que la palabra *Mulier*. Mujer.

Ecce filius tuus: Ahí tienes á tu hijo. *Ecce mater tua*: Ahí tienes á tu madre, ha dicho al mismo tiempo al predilecto discípulo San Juan: pero la madre natural, la verdadera madre del Evangelista, está, según San Mateo, en el Calvario, y San Juan, Jesus mio, no necesita otra madre: pero parece además violento y hasta injusto quitar á aquella ma-

dre su hijo, y quitársele en su presencia, para dársele á otra mujer que queda huérfana, viuda y desamparada... Es verdad; el sentido inmediato, el sentido literal, el sentido histórico de esta tercera palabra de Jesus parece contradictorio; pero el sentido remoto, espiritual y profético hace brotar delante de nuestros ojos una fuente de lisonjeras esperanzas. Sabemos que en su primera palabra Jesucristo literalmente pidió perdón para los que entonces le ofendían y le crucificaban; y espiritualmente le demandaba para cuantos le ofendieran y le crucificaran después hasta el fin de las generaciones. Sabemos asimismo que el Salvador, literalmente escuchada, leída y meditada su segunda palabra, decretó la remisión de todos los pecados del buen ladrón y su entrada en el paraíso; pero su sentido profético nos convence, nos asegura, que el Nazareno, Dios y hombre, perdonará y glorificará á todo pecador que arrepentido le pida con las mismas disposiciones. Por eso, alma que fluctúas entre la incertidumbre y la duda, si es cierto, certísimo, que Jesus puso bajo los ma-

ternales cuidados de María al discípulo que entre todos mas se habia distinguido por su pureza, por su fidelidad, cierto, certísimo es que San Juan queda adoptado por María y encomendado por Jesus, no como un solo hijo, no como un solo hombre, sino como el representante de todos los hijos, de todos los hombres y de todo el género humano. En la persona de ese discípulo querido que reclinó su frente sobre el corazón de Jesus, están simbolizados los verdaderos cristianos, los discípulos todos del Salvador de las gentes. San Juan, recomendado, mejor dicho, entregado á María, es el cristianismo todo, es la Iglesia, son esos millares de millares de millares de generaciones que militan bajo el estandarte de la Cruz. Detras, y en derredor de San Juan, están esas hordas furiosas que sacrifican al deseado, al prometido y al enviado; es decir, que detras y en derredor de San Juan están todos los pecadores que le ofenden: que no es el discípulo, sino los pecadores, los que necesitan una madre; que no es á Juan, sino á los pecadores, á los que especialmente designa como hijos verdaderos

de María. María, que empezó á ser nuestra Co-redentora en el templo el dia de la Encarnacion, completa ahora su obra, empezando á ser nuestra madre en el Calvario: María, que concibió sin detrimento, que dió á luz sin dolores, y que alimentó con sus pechos bienaventurados á Jesucristo, cabeza del pueblo de adquisicion, nos concibe entre lágrimas en el Gólgota, nos da á luz entre sus dolores, y nos alimenta con el néctar de su misericordia, como miembros del cuerpo de Jesucristo. Perdemos últimamente al Padre, y nos queda la Madre; muere el Redentor, y nos queda la Co-redentora; eclípsase el sol, y aparece la luna; se esconde el lucero, y radia peregrina la estrella; nos sumerge la tribulacion, como nos sumergian las olas embravecidas de la tempestad, y nos acoge María como tabla de refugio, y nos coloca en la orilla como áncora de salvacion. Ahí está tu madre. *Ecce mater tua.*

III.

Consideremos bien qué es lo que Jesus

agonizante nos ha legado en esta tercera palabra: meditemos con detencion qué manda nos deja en el testamento divino, sellado con la última gota de su sangre, y otorgado con la mayor solemnidad en el ara sacrosanta de los padecimientos, y examinemos con humildad cuál es la riquísima herencia de que nos vamos á hacer dueños los hombres en el instante en que mas pobres, mas desvalidos y mas miserables nos encontramos. *Mater tua*. Lo que Jesucristo nos deja es una madre; no le pidamos mas. ¿Y qué es una madre? Aprendamos de la sublime esplicacion, de la descripcion bellísima y sentida que al esponer esta misma palabra nos hace de una madre el P. Ventura de Ráulica. «Es propio, dice, de la naturaleza de todos los seres inteligentes, que el ser inferior, el ser débil, no se aproxime ni se afeccione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que este se inclina, por decirlo así, desciende hasta aquel, y le atestigua primero su afeccion. De este modo el niño no habla sino porque sus padres le han hablado primero; no los busca ni los ama sino porque

ellos le han buscado y amado primero; y si la palabra de sus padres desarrolla su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal existe tambien en su corazon y le enseña á amar.

»Luego este ministerio tan difícil, pues que se trata de formar para la confianza el tímido corazon de un niño, y doblegar al amor el corazon independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, puesto que esos sentimientos, por sí solos, pueden operar esa aproximacion entre dos seres tan distantes como el padre y el hijo, y que son el principio de las relaciones que han de establecerse entre ellos; este ministerio, digo, está especialmente encomendado á la madre. La madre es la primera que descubre, que manifiesta, que revela á su hijo cuál es su padre; hace agrandar, hace gustar al padre las tiernas caricias, la inocente sonrisa de su infantil. La madre es quien alienta á la debilidad á buscar la fuerza; acercándose sin temor, hace doblegar á la fuerza hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.....

»La madre es quien inspira y hace nacer
 »la confianza y el amor entre el padre y el
 »hijo; ella es tambien quien lo reanima si
 »llega á entibiarse, quien lo reanuda, lo
 »recuerda y lo renueva si se ha estinguido.
 »La madre es quien hace valer los derechos,
 »las razones, la autoridad de un padre ofen-
 »dido ante un hijo prevaricador; la que ob-
 »tiene la sumision de este, lo induce al ar-
 »repentimiento, y lo persuade. No tiene paz
 »ni descanso hasta que no haya obtenido una
 »reconciliacion entre el padre y el hijo, y
 »restablecido entre ellos la antigua armonía.
 »Por tanto, la madre es en la familia la me-
 »diadora natural de la reconciliacion, la men-
 »sajera del perdon, la árbitra de la paz.

»Hay mas todavía; al padre es á quien
 »pertenece, por decirlo así, como á una pro-
 »videncia general, proveer á las necesidades
 »de la familia. Pero estas necesidades no
 »pueden conocerse en particular en sus mas
 »minuciosos detalles, no pueden compren-
 »derse mas que por la madre. El instinto
 »prodigioso de su ternura se las revela: ella
 »es quien las adivina, ocupan su corazon, las

»esponde al jefe de la casa, las desenvuelve,
 »y reclama su remedio; no se sirve de su
 »ascendiente mas que para ayudar, de su
 »autoridad para proteger, de su carácter de
 »madre para ser el ministro de la beneficen-
 »cia, la dispensadora de la bondad del padre.

»Todas las obligaciones que naturalmente
 »incumben á la mujer, son relativas á los
 »tiernos sentimientos del corazon, que son el
 »principio y el fin, que son el medio ejecuti-
 »vo. Al formarla, la mano de Dios la dotó
 »con ellos liberalmente, y casi podria decir-
 »se que estos sentimientos constituyen la
 »esencia de su ser. En efecto; lo que le falta
 »de fuerza y de inteligencia, lo tiene de ener-
 »gía y de sentimientos; la grandeza y gene-
 »rosidad de su espíritu compensa la debili-
 »dad de su cuerpo; el instinto maternal suple
 »su penetracion; comprende menos, pero
 »siente mas; hace mucho, porque ama mu-
 »cho, y porque todo su ministerio se reduce
 »á amar; ella es la ternura misma.

»Por eso en la naturaleza no se encuentra
 »un amor mas tierno y mas enérgico á la
 »vez, mas sólido y mas afectuoso, mas con-

»trariado y mas constante, mas inquieto y
 »mas generoso que el de una madre. Cuan-
 »tas mas inquietudes tiene por sus hijos, mas
 »los ama; cuantos mas dolores, trabajos y
 »sacrificios la cuestan, tanto mas cariño y
 »afecto les profesa; cuanto mas defectuosos
 »y deformes son, tanta mas compasion le
 »inspiran; cuanto mas incómodas, repug-
 »nantes y contagiosas son sus enfermedades,
 »tanto mas distante está de abandonarlos.
 »Todo otro amor natural cede y falta en
 »ciertas y determinadas circunstancias: solo
 »el amor maternal no cede jamás, jamás se
 »desanima, jamás se cansa. Solo él triunfa
 »de todo, y todo lo sufre; saca fuerzas de
 »sus propias penalidades. Cuanto mas en-
 »tristecido y afligido se encuentra, tanto mas
 »activo y enérgico se vuelve.

»Pero siendo únicamente el ministerio
 »de la madre un ministerio de bondad, de
 »paz, de misericordia y de amor, no hay en
 »él mas que dulzura y delicias para la len-
 »gua que lo pronuncia y para el corazon que
 »lo siente.»

Aquí está, lector, retratada por el elo-

cuente Teatino la madre, bajo todos aspectos mas excelente, la madre heroica, la madre en las relaciones íntimas, indisolubles, que la unen con el padre, con los hijos, y con toda la sociedad. Es la madre, pero la madre por excelencia en el orden natural: meditemos si todas las excelencias de esta madre se hallan reunidas en la que Jesucristo nos ha dejado en el orden espiritual; y lo mas afectuoso en amor, lo mas delicado en sentimientos, lo mas grande en perseverancia, lo mas generoso en bondades y lo mas heroico en sacrificios, todo, todo sobreabundante, casi infinito, lo hallaremos en la que nos adopta al pie de la cruz en la cima del Calvario. Esa es María: esa es nuestra Madre. *Ecce mater tua*. María, madre de piedad, madre de dulzura, de misericordia, de pureza y de humildad: la soberana de todos los ángeles, el embeleso de todos los seres y el refugio de todos los pecadores. *Mulier, ecce filius tuus*: «Mujer, ahí tienes á tu hijo:» ahí tienes al desconsolado en los sentidos, al zozobroso en las potencias, al enfermo en el alma, al entristecido en la vida, al desespe-

ranzado en el corazón. María, ahí tienes á tu hijo : ahí tienes al justo para perseverar con tu intercesion, y al pecador para arrepentirse con tu inspiracion; y aquí nos teneis, Señora, á los que os contemplamos para consolaros en vuestro dolor, para refrigerarnos con vuestro amor, para regocijarnos con vuestra maternidad, para que, rendidos á vuestras plantas, nos echeis amorosa los brazos, y para que, recibiéndonos en vuestro corazón, nos trasladéis, cumpliendo con los deberes de madre, al corazón sacratísimo de vuestro Hijo Jesus, que es la bienaventuranza. Así sea.

CANTO TERCERO.

Mujer, hé ahí á tu hijo.

El Gólgota es aquel. La luz escasa
Del moribundo sol apenas brilla;
Con lentitud su círculo repasa;
Su calor no fecunda la semilla;
El negro velo del zenit traspasa
Reflejando en la cárdena mejilla
Del autor de la luz, del Verbo eterno,
Rey de la gloria, espanto del infierno.

Silencio y nada mas. No ya en la cumbre
Se agita, solazándose en su saña,
Con aullido infernal la muchedumbre:
Silencio es lo que reina en la campaña,
Zozobra y confusion y pesadumbre.
Ese estupor que los semblantes baña,
No es compasion á que el Cordero escita,
Es el furor que al corazón irrita.

Mas, ved; junto á la Cruz está llorosa
Náufraga en el dolor, desconsolada,
Sin ámbar en su cáliz una rosa,

Sin jugo una azucena deshojada.
 Siempreviva suavísima y hermosa;
 Perpetua encantadora, enamorada;
 Tierno jacinto á quien la piedra abruma;
 Blanco jazmin que al Criador perfuma.

Cedro altivo que el Líbano adornaba,
 Y ciprés que en Sion se distinguia;
 Cinamomo que el aire embalsamaba,
 Y palmera que en Cades se mecia.
 Oliua que á los campos alegraba;
 Plátano que á las aguas sonreia;
 Electa mirra que en olor süave
 Calmar las penas del doliente sabe.

Mas radiante que el sol; hermosa luna,
 Y en la alborada estrella matutina;
 Faro de salvacion y de fortuna
 Para el alma que tímida camina,
 Buscando ansiosa del placer la cuna,
 Y hollando siempre del pesar la espina...
 La torre de marfil, la casa de oro,
 Puerta del cielo y de bondad tesoro.

Fuerte Judith que, erguida y en bonanza,
 Á esclavo pueblo con valor redime,
 Y en noche oscura la victoria alcanza
 Contra el Asirio que á Bethulia oprime;
 La viuda de Nain que sin templanza,
 Difunto el hijo, en abandono gime...
 María, esa mujer desconsolada,
 Madre de un Hijo, que sin él es nada.

Una Esther tan humilde como bella;
 Prudente Abigail; casta Susana
 Que, entre todas las puras, mas que aquella,
 Del pudor virginal es soberana:
 La que la culpa con su planta huella;
 Peña de Oreb de donde el agua mana,
 Que apagará con corazon fecundo
 La ardiente sed en que se abraza el mundo.

Hija que el Padre coronó gloriosa
 Antes que en mundo el caos convirtiera;
 Madre que escogió el Hijo cariñosa,
 Antes que Adan el Paraiso viera;
 Del increado Espíritu la Esposa,
 Antes amada que nacida fuera;
 Sierva y Emperatriz en quien preclara
 La augusta Trinidad se recreára.

Pues esa que mirais, esa es María,
 Roto bajel que sin timon ni cable,
 Surca en el centro de la mar bravía
 Las turbias ondas de elemento instable.
 Áncora es ella que el Supremo envía,
 De bendiciones golfo inagotable,
 Para acoger en maternal barquilla
 Al que, luchando, naufragó en la orilla.

Contemplémosla allí. Á la Cruz sagrada
 Como yedra que el álamo acaricia
 Estrechándose está, triste, solada.
 Ni un suspiro de amor, ni una caricia
 De esa madre, en congojas abismada,

Vuelve á la impía crueldad propicia;
Que cuanto mas al cielo alza las manos,
Mas en Jesus se ceban los tiranos.

—
"Dejádmele vivir; otro no tengo;
"Basta, por compasion, de atormentarle:
"Si con mi vida á rescatarle vengo,
"¿Qué esperais ya...? Corred á desclavarle.
"Morir ansío, á padecer me avengo
"Crucificada yo, por libertarle.
"Verdugos, acudid; y antes que espire
"Ó yo perezca, ó descender le mire.

—
"¿Sabeis lo que es ser madre de tal hijo?
"¿Sabeis lo que es amar como yo adoro
"Al dulce iman donde mis ansias fijo?
"¿Gemisteis nunca como yo le lloro,
"Ni os afligisteis como yo me afijo,
"Ni suplicásteis como yo os imploro...?
"Nunca mujer amó con tanto brío,
"Ni hubo dolor que se igualara al mio.

—
"Con labios de coral, frente de armiño
"Y dorado cabello que encantaba,
"Le consolé cuando inocente niño,
"Cuitas pueriles de la edad contaba.
"Adulto le perdí, y allí el cariño
"Por ignorados rumbos me impulsaba...
"Tu madre sin tu luz, fue, amado mio,
"Primavera sin sol, flor sin rocío.

—
"Y madre de Jesus, y madre aislada,

"Sin alma, sin apoyo, sin aliento;
"Que tiene mi memoria encadenada,
"Que cautivo me lleva el pensamiento,
"Y, á soledad terrible condenada,
"Desnuda el alma de albedrío siento;
"Sí; que mi voluntad salvarle quiere,
"Nadie me escucha, y mi embeleso muere.

—
"Sola con mi conflicto me dejaron;
"Cobardes los discípulos huyeron,
"Y á la madre tristísima olvidaron
"Del celestial maestro á quien siguieron:
"Tanto, dulce Jesus, me acongojaron,
"Cuanto ellos pusilánimes temieron...
"Y al cabo soy de tu Pasion testigo,
"Pobre Ismael, para espirar contigo."

—
Calló la Virgen. Débil y cansada,
Piadoso el Redentor su angustia viendo,
Dirigiola filial una mirada,
Suspiro en cambio maternal oyendo;
Y, al pesar contemplándola abrumada,
En medio un ¡ay! atronador, horrendo,
"¡MUJER, con voz incomprensible dijo,
"Traspasándola mas: HÉ AHÍ TU HIJO!"

—
Mujer y madre no, Jesus la llama...
Y sucumbe al asombro el pensamiento;
Allá en su seno el corazon se inflama,
Y late encadenado y violento.
Y ora suspira y balbuciente clama,
Y apurando tormento tras tormento,

„¡No soy su madre!“—Con temor decia...
Y el viento—„No eres madre“—repetia.

Y cual cierva veloz que saltadora,
Fugitiva corriendo y asustada,
Blanco de la saeta cazadora,
Cae exánime, herida y desagrada;
Exánime María, también llora...
Cede al golpe mortal de aguda espada
Que sin Hijo, sin luz, sin ser la deja...
Y mirando á la Cruz, así se queja:

„¿De quién naciste en el portal oscuro?
„¿Quién te arrulló, entre pajas reclinado?
„¿No hizo el Escelso de mi seno puro
„Para ti tabernáculo sagrado?
„¿No fue mi pecho tálamo seguro
„Donde en sueño tranquilo, sosegado,
„Sin turbación amarga se dormía
„Mi dulce bien, la complacencia mía?

„¡Mujer, y madre no! Y hace un instante
„Que al hallarte en la calle de amargura,
„Cargado entre la turba fluctuante
„Del sacrificio con la leña dura,
„—„¡Madre!“ con la sonrisa en el semblante
„dijiste, ¡no lloreis mi desventura...!“—
„Y como madre te miré llorando,
„Besos divinos de tu amor buscando.

„¡Mujer!—Cuando por ti sufriera tanto
„Y sufriendolo estoy, ¡oh desconsuelo!

„¿Quién con el suyo enjugará mi llanto,
„Ni con su anhelo calmará mi anhelo...?
„¿Dónde está Dios?—En medio mi quebranto
„Huye la tierra, se oscurece el cielo,
„Y fénix soy que consumido espira,
„De horrible fuego en la humeante pira.

„¡Mujer!— Cuando enclavado en un madero
„Tengo mi corazón dentro del tuyo...
„Cuando oveja, corrí tras el cordero,
„Y, aquí la muerte, aunque mujer, no huyo...
„Y aguardo tu suspiro postrimero,
„Y aun al deseo de vivir me escluyo...
„¡Y tú me dices, en tu afán prolijo,
„Señalándome á Juan: HÉ AHÍ TU HIJO!

„¡Madre seré, como de ti, del hombre
„Que á torpe vicio el corazón dedica!
„¡Madre del que abomina de tu nombre
„Y tu pureza, impuro mortifica!
„¡Madre del mundo ¡Lucifer se asombre!
„Que al justo de los justos sacrifica,
„Que en vez acaso de buscarme, huya
„Y se avergüence de llamarme suya!

„¡Madre de una nación que te blasfema!
„Madre de todo un pueblo deicida,
„Que hunde tus templos, tus altares quema,
„Rompe tus aras y tu culto olvida!
„¡De esa Judá que en insaciable flema,
„Viéndome atribulada y condolida,
„En tu sufrir desgarrador se engrie...

„Mi llanto escucha y de mi llanto rie!“

Y como si, preludeo del combate,
Metálico clarín sonado hubiera,
María escucha, su vigor se abate,
Crece el espanto y el terror impera.
El pecho de Jesús de nuevo late,
Y árbitro aun de la ocasión postrera,
A su madre tristísima, infelice,
Con paternal acento así la dice :

„Sé madre de los hombres, madre mía;
„No tienen mas solaz en su desvelo,
„Ni descanso mayor en su agonía;
„No tienen en su llanto otro consuelo,
„Ni en sus noches eternas otro guía,
„Ni nadie mas que tú colma su anhelo::
„Sé madre de los hombres, Virgen pura,
„Hoy Reina del pesar y la amargura.

„Sé en sus enfermedades medicina,
„Y el pan que en la miseria les aliente;
„Compañera del alma peregrina,
„Y refugio del párvulo inocente;
„Madre, sé manantial y cristalina
„Agua perpetua de su sed ardiente...
„Y ampáralos, que van por todos lados
„Polluelos sin paloma extraviados.

„Yo nada he menester. Esa ternura
„Que tu esplendor aumenta y tu renombre;
„Esa queja cruel de desventura

„Que eclipsa los esmaltes de tu nombre;
„Ese llanto de amor, esa dulzura,
„Guárdala, madre mía, para el hombre.
„Tu candor, tu bondad, tu valimiento...
„Eso le queda al hombre en testamento.

„Pedid á esa mujer cuanto quisiéreis,
„Y tierra y cielo alcanzareis por ella.
„Si fe en vuestras creencias la pidiéreis,
„De fe en el corazón será centella,
„Que radiará por donde quiera fuéreis;
„Si el universo es mar, áncora es ella.
„Mujer, si mía no, desde este día
„Sé madre de los hombres, Madre mía.“

Oyó la Virgen, y humilló la frente
Sofocando su angustia lastimera:
Suspiró; y en el ansia vehemente
De ser refugio del que amarla quiera,
Tendió los brazos mansa y dulcemente,
Miró en redor con expresión sincera,
Y convocó piadosa á los humanos,
Cual hijos suyos, de Jesús hermanos.



JACULATORIA.

¡Qué pérdida para vos, oh María, la de vuestro hijo en el orden natural! Pero ¡qué consuelo y qué fortuna para mí el que me recibais en su lugar como adoptivo! Me abrazaré como Juan á la Cruz, con pureza y fidelidad de corazón, para ser siempre digno de la plenitud de vuestra maternidad.

Ÿ. Yo soy la madre del amor hermoso.

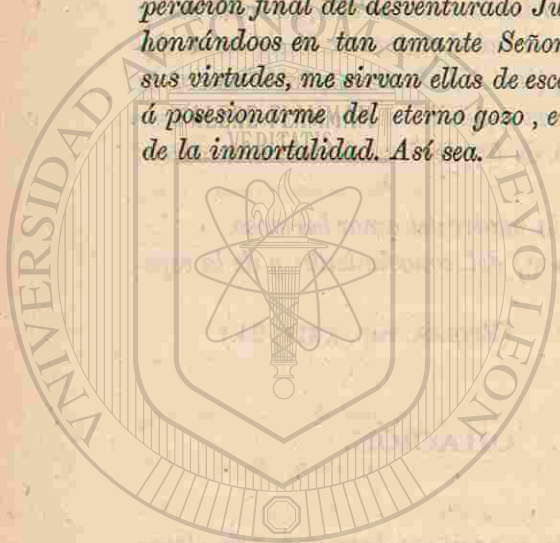
R. Del temor, del conocimiento y de la esperanza santa.

(ECCLES., cap. XXIV, 24.)

ORACION.

Entrañable y cariñoso hermano mio Jesus, entregado, vendido y crucificado por el último de los vuestros, como José lo fue por los suyos; ya corro á utilizarme de la bondad con que me enriqueceis en vuestro testamento; ya vuelo como ciervo sediento á buscar en María, que es mi madre y vuestra madre, el descanso para mi fatiga, la alegría para mi tristeza, y para mis extravíos y pecados y miserias, el arrepentimiento, las lágrimas y la misericordia. Repetid, Jesus dulcísimo, otra vez esa tercera palabra que reanima mi corazón, que aleja de mí una orfandad desconso-

lada y una muerte casi cierta, proporcionándome una madre que es mi refugio, y cuyo amor inestinguible es la garantía mas segura de mi eterna salvacion. Y concedédmelo, por el dolor que María nuestra madre sintió, sola, en la desesperacion final del desventurado Judas, para que honrándoos en tan amante Señora, é imitando sus virtudes, me sirvan ellas de escala para subir á posesionarme del eterno gozo, en las regiones de la inmortalidad. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PALABRA.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

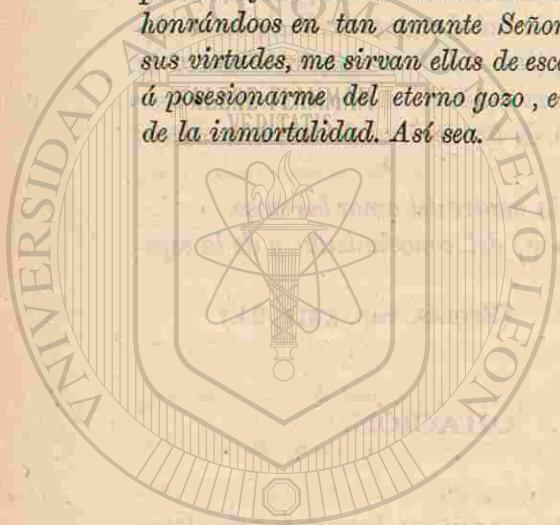
Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

(SAN MARC., 15, 34.)

I.

O mis ojos van perdiendo completamente su lumbre, ó el mundo amenaza envolverse en una completa oscuridad. Cuando un puñado de criaturas, en mal hora dotadas de entendimiento, cierran sus entrañas á los instintos humanos y al sentimiento de la caridad, los elementos padecen, y parece que el cielo se hunde y el universo se desmorona: sienten las olas del mar, y braman como una leona á quien han robado sus cachorros: sienten los vientos, y silban con ese silbido penetrante y agorero de la culebra: siente la

lada y una muerte casi cierta, proporcionándome una madre que es mi refugio, y cuyo amor inestinguible es la garantía mas segura de mi eterna salvacion. Y concedédmelo, por el dolor que María nuestra madre sintió, sola, en la desesperacion final del desventurado Judas, para que honrándoos en tan amante Señora, é imitando sus virtudes, me sirvan ellas de escala para subir á posesionarme del eterno gozo, en las regiones de la inmortalidad. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PALABRA.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

(SAN MARC., 15, 34.)

I.

O mis ojos van perdiendo completamente su lumbre, ó el mundo amenaza envolverse en una completa oscuridad. Cuando un puñado de criaturas, en mal hora dotadas de entendimiento, cierran sus entrañas á los instintos humanos y al sentimiento de la caridad, los elementos padecen, y parece que el cielo se hunde y el universo se desmorona: sienten las olas del mar, y braman como una leona á quien han robado sus cachorros: sienten los vientos, y silban con ese silbido penetrante y agorero de la culebra: siente la

tierra, y su superficie se cubre de una tenebrosa palidez, y la sangre que precipitada circula por nuestras venas, se hiela á las impresiones del cierzo de la consternacion y del abandono. Recoge, cristiano, el pensamiento, y levantándote, como el águila, en alas de la consideracion, penetremos á buscar en el cielo eso que nosotros comprendemos y que no podemos describir, eso que nosotros sentimos y no podemos espresar. ¿Y lo encontraremos, Dios mio? El cielo es la reunion de todos los bienes sin mezcla de mal alguno; es el conjunto de toda imaginable y mas que imaginable felicidad, sin ráfagas que la empañen ni vapores que la oscurezcan. ¿Nos asalta la tristeza? Pues allí está la alegría. ¿Nos acomete la desesperacion? Pues allí está la esperanza. ¿Nos atormenta la idea de la muerte? Pues allí está la realidad de la vida. ¿Nos acongoja la imagen del desamparo? Pues allí está el que no desampara.

El trono del Omnipotente, alma cristiana, es en este mismo momento el tribunal desde donde se derrama sobre la cabeza del

Príncipe de los mártires el cáliz de las eternas justicias, y la última gota que destila en su atormentado corazon es la del abandono. Figúrate que la frente augusta del escelso Jehová aparece marcada con el sello de la indiferencia, y la indiferencia para el atribulado es peor que la misma tribulacion, y para el moribundo tanto mas angustiosa que la misma muerte. Los cortesanos celestes, los espíritus inmortales que poco antes hicieron estremecer con sus cánticos el delicioso paraíso, esconden ahora entre sus manos el hermosísimo rostro, inclinan sobre el pecho la cabeza, y velan con la sombra de sus alas el oro de su ensortijada cabellera; cada querubin es un mártir. En el mundo silencio y sangre; en el cielo soledad y lágrimas; en la tierra amargura y abandono; detras del firmamento justicia, incertidumbre y desamparo. En el firmamento, á la manera de un sordo trueno que se escucha á lo lejos, penetra un grito desgarrador, que, poniendo en acerbo conflicto las celestiales moradas, ha ido como á estrellarse á los pies del Eterno Padre, no de otra manera

que la ola sacudida por la tempestad se estrella ante la roca insensible y endurecida. Este grito que allí llega, y que de allí no pasa, es la cuarta palabra del agonizante Jesus, grito con que profetiza y cumple, con que castiga y perdona, con que se queja é instruye, con que condena y salva. Las heridas del Nazareno asemejan á los hirvientes rios que se derivan de un mar de sangre; las órbitas de sus ojos y sus labios empiezan á cubrirse con el amoratado matiz de una marchita violeta; hasta los dolores de aquel cuerpo inmaculado parece que están en suspenso, para ceder á los dolores del espíritu el lugar que les pertenece. El hijo de María, no hallando en sus hermanos ni cariño ni gratitud, ha enviado hasta las puertas de la gloria, envuelto en el suspiro de su mayor ternura, el testimonio de su mayor dolor: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

¡Maldito y miserable pecado de Adan!
 ¡Maldito y miserable pecado mio, á qué extremo has reducido al que me formó de la

nada! ¡Jesus martirizado, Jesus escarnecido, Jesus, por último, desamparado! ¡Conque es decir que sucumbe la inocencia y que triunfa la malicia; que se humilla la justificacion y que se ensalza á la iniquidad; que Jesucristo, destrozado en el cuerpo por la crueldad de sus perseguidores, es devorado en el alma por el desamparo de su Padre celestial! ¡Conque Dios abandona á su Verbo, conque el Padre desampara á su hijo, conque la Divinidad se desentiende de la Divinidad! ¡Pobrecito Jesus! O se comete con vos una injusticia incomprensible, ó vuestra cuarta palabra envuelve un misterio en cuyo laberinto nosotros no acertamos á penetrar. Pues si en Jesucristo hay dos naturalezas, no existiendo mas que la persona divina que jamás abandonó á la naturaleza humana sustancialmente unida con ella; si así como el Padre está en el Verbo y este en el Padre, y así como la naturaleza humana de Jesus nunca se separó de la persona del Verbo, ni esta fue jamás abandonada por la del Padre, porque esto era imposible, ¿cuál es el abandono de que se queja nues-

tro Jesus agonizante? ¿Contra quién ó hácia quién se dirige ese grito que atemoriza? ¿Cuál es el misterio que nos revela y la enseñanza que nos prepara en esta relevante prueba de su amor? Interiormente, cristiano, enseña San Leon, jamás el Padre desamparó á su hijo con relacion á la naturaleza divina; pero naturalmente, en esa naturaleza humana que por nosotros habia tomado de nosotros, el Padre abandona absoluta y completamente á Jesus, le hace presa de sus enemigos, le entrega al furor de los hombres y de los demonios, y acumula sobre él todos los ultrajes, todos los oprobios, todos los horrores del afrentoso suplicio de la cruz. Esta indiferencia, este decreto irrevocable de no arrancar al Salvador de manos de sus verdugos, es un verdadero abandono, un desamparo exterior y visible, y de este es del que Jesus se queja cuando esclama: ¡Dios mio, Dios mio...! ¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

II.

Pero aun hay mas todavía, cristiano co-

razon; es mucha la enseñanza que se desprende de esta palabra de Jesucristo. En el instante mismo en que la soldadesca deicida se burla con insolentes carcajadas de la situacion tristisima del Redentor, interpreta este quejido como el alarido de la cobardía y de la impotencia: cuando los judíos añaden dicterios á dicterios, blasfemias á blasfemias, tormentos á tormentos, Jesus, al mismo tiempo que apura las heces amarguissimas de su Pasion, se apresura interiormente, como que se afana por vivir, y parece que retarda el morir por dejarnos el cáliz lleno, colmado, rebosando por todos lados el delicado y suavísimo bálsamo de su amor. *Ut quid dereliquisti me?* ¿Por qué me has desamparado? Decir esto al Eterno Padre es decirnos á nosotros: «Sufro este nuevo dolor, paso por esta pena terrible, me encuentro en este desamparo, que es un género de muerte mas horrible aun que la muerte física, porque visto la librea de vuestros pecados; me veo desamparado, no por efecto de mi miseria, sino de mi ternura; y cargo sobre mis hombros, recibo y acepto para mi

corazon este nuevo suplicio, no porque me halle destituido de los socorros divinos, sino porque espontáneamente me he brindado á morir sin consuelos por vuestro amor. Pecaste, humanidad desvalida y miserable, y yo me constituí generosamente tu abogado, porque puedo, porque soy el Hijo mas perfecto del mas perfecto de todos los padres; y, sin embargo, este mismo Padre aparta sus ojos de mis dolores, mira con indecible desvío mis sufrimientos, consideracion ninguna tiene de mi agonía, y me desampara. *Ut quid dereliquisti me?* ¿Por qué me has desamparado?

Esclamacion tan dolorosa de Jesus, es menos una queja de los dolores que sufre, que una advertencia sensible de los castigos á que por nuestros pecados nos esponemos. ¿Qué es lo que nosotros vemos crucificado en el árbol de la Cruz? Es la naturaleza humana viciada, deforme y rodeada de sus inmundas fealdades; es el Adan nuevo en quien se crucifica el viejo Adan, ó, dicho mejor, en quien, por un bautismo de sangre divina, se regeneran nuestros primeros pa-

dres, todos sus descendientes hasta hoy, todas las generaciones de la tierra, hasta el fin de los siglos. Contempla, pecador, y aprende que el desamparo de Jesus es un libro perenne donde están escritas por la mano de un Dios omnipotente todas las pruebas que pueden afligir al justo sobre este valle de lágrimas; el horrible y lastimoso porvenir que aguarda infaliblemente al que se engolfa en su estado de delincuente, al mismo tiempo que este abandono, este desamparo es tambien una mina de consuelos celestiales. Jesus es desamparado del Eterno Padre, que le deja padecer solo y aislado en medio de los horribles trabajos en que se encuentra: terrible desamparo, porque no halla consuelo en cosa alguna. La cabeza dolorida no puede descansar sobre la cruz, sin nuevo martirio, sin que la taladren de nuevo las agudísimas espinas con que se halla coronada; no pueden sostener sus manos el peso del sagrado cuerpo, porque se rasgan de nuevo y con dolor mas agudo; los pies no soportan la carga, sin que sea mas penetrante el padecimiento; busca

afligido por todas partes quien le escuche, y no le hay; quien le consuele entristeciéndose con él, y no le encuentra; y ¿qué es Jesús? ¿Qué representa Jesús en tan amargo y lamentable desamparo? ¡Ay, alma cristiana! Jesús impecable, el Santo de los santos, el Justo por excelencia es la imagen del justo desamparado temporalmente de Dios para que su espíritu se acrisole, se purifique y se perfeccione en las oleadas del infortunio. ¿No le viste pedir que se alejase de él la copa de su Pasión? Y ¿no le escuchaste inmediatamente conformando su voluntad con la voluntad de su Padre? Pues ahí le tienes atormentado y solo, sufriendo y agonizando, pero cumpliendo lo que ofreció, sin separarse de la Majestad divina, y exclamando, para enseñarnos, con la mayor confianza: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

¿Qué representa en la Cruz ese divino Nazareno con su rostro cubierto de sudor, sangre y polvo, con sus miembros descoyuntados, con sus carnes desgarradas, rodeado de la mas espantosa indigencia, sufriendo una vergonzosa desnudez, y desamparado de

los cielos y tierra? Representa al pecador devorado por sus pasiones, exhausto de la divina misericordia, desnudo de la vestidura de la gracia y anonadado bajo el peso de la culpa, que es lo que Dios mas detesta y aborrece. Todas sus ansias son por el pecador, y por que este no sufra el abandono y desamparo que de condigno se debe al que se separa de la observancia fiel de los Mandamientos, se ofrece á él voluntario y gustoso, y nos asegura para siempre que, pecadores y todo, nosotros no temeremos ya, no tendremos que sufrir el desamparo de Dios, que siempre tiene presente para dicha nuestra el desamparo de Jesús. ¿Qué hubiese sido de nosotros si el amantísimo Salvador no se hubiera sometido á esta prueba terrible, esclavo sin salvacion de las pasiones humanas, huérfano sin padre, solo sin compañía, triste sin consuelos, figura la mas espresiva ó realidad la mejor figurada del pecador desposeído de todo consuelo por parte de Dios, por sí mismo y por parte de sus semejantes?

III.

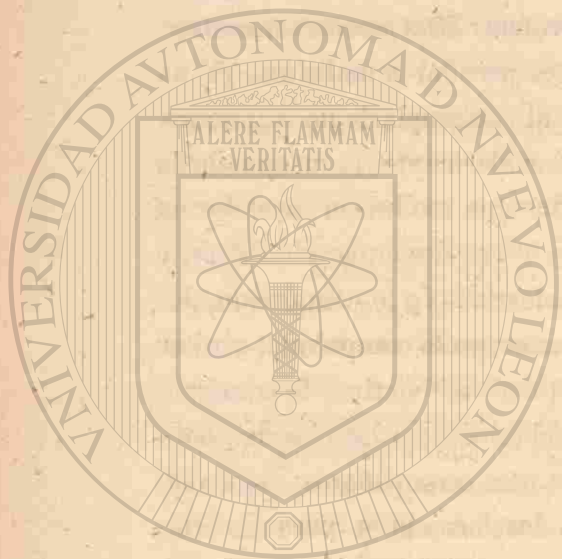
Menos mal aun, si Jesucristo sufriera solamente el desamparo que llevamos manifestado; pero ¡ay! que el cuchillo mas penetrante de cuantos lastiman su pecho en la Pasion es la ingratitud. Mucho mas que el desamparo de Dios siente Jesus el abandono y el desamparo de las criaturas. Desamparo de presente, desamparo de porvenir, desamparo de sus propias hechuras, de sus amados hermanos, de sus mas queridos amigos, de aquellas ovejas que ha buscado con tanta ternura, que ha cuidado con tan amorosa solicitud, y á quien á costa de su vida va á salvar de la muerte con que le amenaza el leon rugiente que procura devorarle. Desamparo de un discípulo que le ha vendido, de otro discípulo que le ha negado, de los demas que le dejan, del pueblo hebreo que olvida sus beneficios, le escarnece y sacrifica. Desamparo de unas naciones que repudiarán su fe, de otras que se negarán á recibirla; y de millares de hombres que ha-

bian de atropellarle apostatando de su religion, atropellando sus sacramentos y desechando los frutos que su Pasion habia de producirles. Pero consolemos nosotros y acompañemos á Jesus, haciéndole menos sensible su agonía, menos amargo su desamparo. Escuchemos con humildad, para que fructifique en nuestro corazon, ese alarido tristísimo de Jesus y no ensordecamos á las voces de la clemencia. Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Acudiendo presurosos á este llamamiento, mas que lo que demos es lo que hemos de recibir del Salvador. Si nos participa con ayes desgarradores su angustiosa, incomprensible situacion, es para enseñarnos á creer en Dios, para movernos á esperar en Dios, para estimularnos á amar á Dios: es para convencernos de que por enormes que sean nuestros pecados, es mas generoso su perdon; por grande que sea nuestra miseria, es mucho mas estensa su liberalidad; por aterradora que sea y se nos represente su justicia, es mucho mas dulce, mas universal y mas encantadora su misericordia. No desampare-

mos, pues, á Jesus insensibles y pertinaces, añadiendo clavos á clavos, espinas á espinas, y desamparo á desamparo: no le desamparemos, mejor dicho, no nos desamparemos á nosotros mismos, haciéndonos réprobos en su presencia, reos de su sangre, enemigos de nuestra alma é indignos de nuestra eterna salvación.

¡Solo en el Huerto al principiar su agonía! ¡Solo en la Cruz en los momentos de desamparo! Y yo, ¿dónde estoy? Mirando al mundo y volviendo las espaldas á Jesucristo; amparando en mi corazón al demonio que me persigue, y desamparando al que me salva, sin advertir que esa melancólica exclamación de Jesus que hace temblar á mi alma, es como aquella pregunta que dirigió al Príncipe de los Apóstoles: *Simon, dormis? Pecador, ¿te duermes en tu mala vida? ¿Te duermes y me desamparas? Es aquella reconvención amorosa que fatigado hizo á los discípulos que se durmieron. Non potuistis una hora vigilare mecum? ¿Ni una hora ni un instante me acompañas en mi agonía, y no solo no me acompañas, sino que te duermes y me*

desamparas? Á vista de mi situación tristísima, ¿no temes morir, y morir mal? ¿No hiere tu alma aquella verdad aterradora que mi Espíritu Santo ha dejado consignada por la pluma de mi profeta: *Mors peccatorum pessima*, la muerte de los pecadores malísima? ¿Y no contemplas, y al contemplarlo no te horrorizas, que lo mas alarmante, lo mas malo, lo mas desgarrador que tendrá el pecador en su agonía, será verse desamparado de mí y de mi Padre celestial? Yo lo comprendo, Jesus de mi corazón; yo lo comprendo, y ni un instante mas quiero ser víctima de la ceguera de mi entendimiento; á los pies del patíbulo me teneis para acompañaros, para suavizar vuestro desconsuelo y para hacerme acreedor á teneros á mi lado, en el desamparo de las criaturas, en el desamparo del mundo, en el desamparo de los bienes temporales, en las sequedades del espíritu, en el desamparo de la vida, y mucho mas y cuando mas lo necesite, que será á la hora de la muerte.



CANTO CUARTO.

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has
desamparado?

Era sexta; y con negra catadura,
Y entre aparato lóbrego é inmundo,
Derramando pesar, dando pavora,
Se levantan las sombras del profundo.
Va á oscurecer; torrentes de amargura
Dentro un instante inundarán el mundo;
Cierta señal de amenazar vecina,
Del mundo mismo la completa ruina.

Desparécese el sol; lejos se escucha
Del aquilon el lento rebramido;
Vaga la luz con la tiniebla lucha;
La noche vence; el dia ha sucumbido.
El estupor, la conmocion es mucha,
Y el pensamiento imbecil, aterido,
Imagina que horrisono retumba
Crímen horrendo en la sellada tumba.

Y no en vano. En redor está sentada
Del Gólgotha, infeliz naturaleza,

Mustia, despavorida, amedrentada,
Desaliñado el manto y sin belleza.
La alameda florida, embalsamada,
Hoy vestida de abrojos y maleza,
Da testimonio á ingrata criatura
De que perece quien la dió su hechura.

Todo es pavor. Las aves enmudecen,
Do quier buscando salvador asilo;
Turbia el agua, las plantas languidecen;
El sauce llora, se lamenta el tilo.
Por el aire, fatídicos, se mecen
Con agitar horrible é intranquilo
Espectros mil que, vomitando miedo,
Son de la Parca funeral remedo.

Era sexta; y el Justo que pendia,
Taladrado en la Cruz, aun respiraba;
Tanto mas era amarga la agonía,
Cuanto mas en Jesus se dilataba.
Ora los labios sin hablar movia,
Suspiros ora el corazon ahogaba;
Sangre vertiendo sin cesar sus venas,
Rotas al choque de insondables penas.

Era sexta; y Jesus agonizante
Blanco de los satánicos enojos,
Yerta la frente, lívido el semblante,
Cárdenos labios y eclipsados ojos,
Se abisma en estertor; esposo amante,
Quiere legar sus últimos despojos,
Y no hay á quién, porque de polo á polo

Solo se encuentra, se contrista solo.

„Voy á morir, y compasion no encuentro;
„Voy á espirar, en su afliccion esclama...
„No hay corazon en mí; del pecho dentro
„Le ha consumido inestinguible llama.
„Ya no soy hombre; fuera de mi centro,
„En quejidos mi ser se desparrama,
„Y ayes eternos mi existir anegan
„Que de mi Padre ante el umbral no llegan.

„Voy á espirar. Acércase el momento,
„El último momento de una vida
„Que en su miseria alimentó al hambriento,
„Que del dolor cicatrizó la herida.
„Voy á espirar, y en mi agonía siento
„Que este me deja cuando aquel me olvida,
„Sin que á salvarme en el aprisco humano
„Zagal encuentre que me dé la mano.

„De enemigos doquier estoy cercado
„Y embestido de indómitos novillos;
„Lobo rapaz en mi redil ha entrado
„Devorando mis tiernos cabritillos.
„¿Dónde mi madre, ni mi Juan amado...?
„Huyeron mis apóstoles sencillos,
„Y contra mí, de enmarañados cerros,
„Trahilla viene de rabiosos perros.

„Desmayó el corazon, y cual la cera
„Se derrite al calor de ardiente fuego
„Mis fuerzas se estinguieron; no hay quien quiera

"Calmar mis ansias, escuchar mi ruego.
 "Débil cansancio á mi vigor supera...
 "Caerán mis carnes... pisaránme luego...
 "Y el impío Judá que me escarnece,
 "Cuanto padezco mas, mas enloquece.

"En mí ya no hay humana catadura;
 "Por los golpes mis miembros macerados,
 "Sin sonido mi voz, mi vista oscura,
 "Rotas mis palmas y mis pies clavados.
 "Mis huesos suspendidos en la altura,
 "Sin articulacion, descoyuntados...
 "Y en la angustia mortal que me anonada,
 "Seca mi lengua, al paladar pegada.

"Me cansé de gritar. Ronco he quedado,
 "Y al implorar socorro no me oyeron.
 "Siempre en el rostro de mi Dios amado
 "Clavadas mis pupilas estuvieron.
 "Por encrespadas olas acosado
 "Que el libre respirar ya me impidieron,
 "Busqué la tierra que pisar debía,
 "Y el pie tras ella sin valor se hundia.

"Cargué, de mi bondad por un esceso,
 "Sobre mis hombros de la culpa ajena
 "El ofensivo, insoportable peso;
 "Arranqué de sus manos la cadena
 "Que al hombre tuvo en su miseria preso,
 "Ese hombre que hoy me juzga y me condena;
 "Y ahora, Señor, mis fuerzas agotadas,
 "Llamo á tus puertas cuando están cerradas."

Tal Jesus, desangrado y anhelante,
 De cuanto via en rededor pensaba.
 Doquier despavorido su semblante
 Tornó á mirar, el desconsuelo hallaba;
 Pero enarcando el pecho palpitante
 Al esfuerzo postrer que le quedaba,
 "DIOS MIO, grita en su sudor bañado:
 "DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?"

No de otro modo en el confin sereno
 Peñas, montes y arbustos conmoviera
 Estallando el fragor del ronco trueno,
 Cual la voz de Jesus estremeciera
 El Calvario, de horror y sangre lleno.
 Mas brillantes que el rayo refulgiera,
 Chispearon diabólicos cien ojos
 Con el triunfo al soñar de sus enojos.

Como en el golfo, há poco bonancible,
 Jugueteaban transparentes olas,
 Y en bergantin intrépido, invencible,
 Coronado de gayas banderolas,
 Todo fuera solaz viento apacible,
 Y conciertos y paz y barcarolas,
 Hasta que ya anunciada la tormenta,
 Crece el murmullo y el terror aumenta;

Así se dibujára en el Calvario
 Tempestad que terrible amenazaba;
 Y en el que hace un momento, solitario
 El tumulto apiñándose observaba,
 Y solo algun gemido funerario

Roto por un insulto se escuchaba,
Hombres, niños, mujeres que se agitan,
Van y vienen, se afanan, corren, gritan.

Y ondulando divisas y ropajes,
Poco á poco atraídos se agruparon;
Y como caravana de salvajes
En rededor del árbol se apiñaron,
No á tributar rendidos homenajes
Al sol á cuya luz se calentaron,
Sino á atizar con insolente labio
La hoguera ardiente del injusto agravio.

«Vedle, esclaman, allí; y acobardado,
«Porque no puede mas, invoca al cielo;
«Su Dios sin compasion le ha abandonado,
«Y está sordo á las voces de su anhelo.
«¡Acabemos con él! Hemos triunfado;
«Ni remision alcance, ni haya duelo.
«¿Dónde está su poder, cuando así lucha
«Mendigando favor, y nadie escucha?»

Y feroces epítetos siguieron,
Y de Jesus los ojos se cerraron;
Y á lo que sus oidos percibieron
Sus labios de coral no contestaron.
Unas gentes mirarle no quisieron,
Y otras gentes ansiosas le miraron;
Que todos, cuanto mas le escarnecian
Y le insultaban mas, mas le temian.

¡Alerta, miserables pecadores!

Ya satisfecha la tremenda ira
Del Dios de Abraham, á costa de dolores,
Se alza glorioso, triunfador se mira
El árbol de la Cruz seco y sin flores.
Mortales, acudid. Jesus espira,
Y altar de expiacion y de indulgencia,
Allí su sangre nos dará en herencia.

Esa sangre fructífera, abundosa,
Que ingrata mano á derramar se atreve,
Esa sangre sublime, misteriosa,
Maná divino que en el alma llueve.
Sangre al que la recoge muy preciosa...
Sangre de salvacion al que la bebe...
Sangre que mana de mortal herida
Para sellarnos con eterna vida.

Sangre, sí, que saltando al firmamento,
Para nosotros hasta allí cerrado,
Será pan celestial para el hambriento
Por Dios, en sus dolores, amasado;
Balsámico licor para el sediento;
Suma felicidad al desdichado;
Antorcha del mortal que clame luego
Porque, mirando al mundo, quedó ciego.

Cumple como hombre, al exhalar su boca
Las quejas, al morir, de su abandono:
Se queja á Dios, pero á su Dios no invoca;
Está á su diestra su luciente trono.
Todas sus ansias junto á sí convoca;
Quéjase allí de nuestro ciego encono:

—«¡Dios mío!»—dice: y repitiolo el viento,
Doblando su rumor el sentimiento.

«DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?
«Si aun resta que sufrir, ¿dónde te fuiste?
«Sobre mí tus venganzas has lanzado;
«Tu airada mano sobre mí tendiste,
«Y en el desierto páramo he quedado
«Huérfano, solo, moribundo y triste.
«En esta Cruz los hombres me pusieron,
«Y, al oirme clamar, ensordecieron.»

Y el Nazareno, de dolor transido,
En la cumbre del Gólgota se agita.
Vuelve á clamar: su plañidor gemido
Al que atento y piadoso le medita,
Es el eco de un hijo condolido,
Que en el humano corazón gravita...
¡Bella lección, donde aprender debemos
A llamar á Jesús, cuando espiremos!

JACULATORIA.

¡Jesús desamparado y yo pecando! ¡Jesús, objeto de horror á los ojos del Eterno Padre por las abominaciones de todo el mundo, y yo aumentando su agonía y su desamparo con mis hábitos de pecar! Aborrezco, Dios de mi alma, lo que os causa tanta congoja, y os agradezco, cuanto puede corazón humano, ese abandono que sufrís para que yo no me vea abandonado.

Ŷ. No apartes de mí tu santísimo rostro.

R. No me desampares ni desprecies, ¡oh Dios mi Salvador!

(DAVID, Sal. XXVI, 9.)

ORACION.

Jesús afligidísimo, el más desamparado de todos los mortales; no os quejeis al Eterno Padre de la amarga situación y cruel abandono en que os encontráis: quejaos á mí, dirigios á mí, y no con quejas, sino con amenazas; y no con amenazas, sino lanzando sobre mí todos los golpes de vuestra inexorable justicia. Reconozco, sin embargo, que la soledad terrible en que os han colocado mis culpas y las de todos mis hermanos, era necesaria en vos para librarnos de ella á nosotros y

para enseñarnos á volver los ojos en el tiempo de nuestra mayor tribulacion al que es fuente de toda misericordia: gracias os doy, Señor, por la prontísima obediencia con que os habeis sometido á una prueba tan dolorosa, y por los inmensos beneficios que de ella me resultan: alcanzádmelos, Jesus desamparado, por vuestro amor, y por el dolor que vuestra Santísima Madre sufrió, sola, al contemplaros desamparado del Padre y tristemente abandonado de vuestros Apóstoles y discípulos; para que, acompañado yo en mi vida, y especialmente á la hora de mi muerte, por Jesus y María Santísima, tenga la dicha de espirar repitiendo su nombre, y disfrutar despues en su compañía las inefables promesas de la gloria. Así sea.

QUINTA PALABRA.

Sitio.

Sed tengo.

(SAN JUAN, 19, 28.)

I.

Ha visto mi corazon iluminado por la fe, con los ojos de la contemplacion, un ser extraordinario que, olvidándose de sí mismo, de los tormentos que sufre, y de los verdugos que se los hacen padecer, ha pedido magnánimo perdon para todos sus enemigos: han escuchado mis oidos el diálogo mas afectuoso de la amistad mas sincera en que un saltador famoso, sorprendiendo al Nazareno en el camino de su agonía, le ha robado con un acto de contricion todos los goces del paraíso; el hijo mejor entre todos los hijos, cuando nosotros menos lo merecíamos, se ha

para enseñarnos á volver los ojos en el tiempo de nuestra mayor tribulacion al que es fuente de toda misericordia: gracias os doy, Señor, por la prontísima obediencia con que os habeis sometido á una prueba tan dolorosa, y por los inmensos beneficios que de ella me resultan: alcanzádmelos, Jesus desamparado, por vuestro amor, y por el dolor que vuestra Santísima Madre sufrió, sola, al contemplaros desamparado del Padre y tristemente abandonado de vuestros Apóstoles y discípulos; para que, acompañado yo en mi vida, y especialmente á la hora de mi muerte, por Jesus y María Santísima, tenga la dicha de espirar repitiendo su nombre, y disfrutar despues en su compañía las inefables promesas de la gloria. Así sea.

QUINTA PALABRA.

Sitio.

Sed tengo.

(SAN JUAN, 19, 28.)

I.

Ha visto mi corazon iluminado por la fe, con los ojos de la contemplacion, un ser extraordinario que, olvidándose de sí mismo, de los tormentos que sufre, y de los verdugos que se los hacen padecer, ha pedido magnánimo perdon para todos sus enemigos: han escuchado mis oidos el diálogo mas afectuoso de la amistad mas sincera en que un saltador famoso, sorprendiendo al Nazareno en el camino de su agonía, le ha robado con un acto de contricion todos los goces del paraíso; el hijo mejor entre todos los hijos, cuando nosotros menos lo merecíamos, se ha

desprendido de su propia madre, la mejor entre todas las madres, para dársela en inestimable donativo á los desnaturalizados hermanos que buscan, por cuantos medios están al alcance humano, hacer mas espantosa su muerte, y le he dicho á mi corazón: sufre y espera. El alma mia como que ha querido abandonar la cárcel de su cuerpo pecador, para no abandonar al alma inocente de Jesus en los momentos de su mayor abatimiento, en el desamparo de su Padre celestial, y he dicho á mi alma: detente, todavía falta mas. Pero como que me abandonan ya las potencias y sentidos, y ni corazón ni alma tengo con resistencia suficiente para ver morir á un hombre de sed.

¿Y qué es la sed? La sed es el deseo de beber; es una sensacion de sequedad y de calor que, experimentándose en la parte posterior de la boca, se comunica á las regiones mas principales de la vida material; impresion dolorosa producida por las fatigas del cansancio, por el exceso de la traspiracion, por la demasia en el hablar, por la pérdida de la sangre, y por la absoluta carencia de

agua, tan esencial para vivir, como el pan con que comemos y el aire con que respiramos. Los fenómenos que acompañan á este deseo, vehemente tanto mas, cuanto nos es mas imposible satisfacerle, son enrojecerse los ojos, inflamarse las fauces, secarse la lengua y pegarse al paladar, dificultarse la respiracion, entorpecerse el uso de la palabra, y se exalta el sistema nervioso, el cerebro se irregulariza, se desordenan las facultades intelectuales, se acelera la circulacion de la sangre, la piel aridece, y la fiebre se desarrolla... ¡Oh! Es imposible imaginar angustias mas horribles que las de un hombre atormentado por la sed. Tales son las causas que la promueven y los síntomas que la caracterizan; y sus efectos, los efectos de la sed, son caer el sediento debilitado y sin fuerzas despues de torcedoras agitaciones, y sucumbir á la muerte, pero á una muerte rabiosa y desesperada.

Fijemos nuestras miradas en Jesucristo. Si busco la realidad de esta pintura fisiológica de la sed, la encuentro mas espresiva y mas noble en el Redentor de los hombres.

Sus ojos enrojecen, se estremecen sus miembros, el derramamiento de su sangre se apresura, la inquietud de sus miradas esplica el instantáneo trastorno de las ideas, necesita hablar y no puede, porque su lengua está seca y pegada al paladar; necesita moverse, y tampoco puede, porque taladrados están sus pies y sus manos con los clavos de nuestras culpas: necesita agua para refrigerar su cansada y calenturienta humanidad, y no hay entre cuantos le rodean uno que pueda comprender lo que le atormenta este martirio... pero esperemos... Un soplo del húmedo viento ha refrescado su lengua y suavizado su paladar... ¡Al cabo el viento es mas caritativo que los hombres! Jesus Nazareno ha conseguido exhalar un suspiro; sus labios se conmueven, y de ellos se desliza una palabra mas breve que ninguna, porque la vida va disminuyendo; mas significativa que todas, porque su amor y los deseos de nuestro amor se van aumentando; y ¡oh compasión! el que pronunció las cuatro precedentes para dar, pronuncia ahora la quinta para pedir. *Sitio!* dice: «tengo sed, me abraso de

sed, me muero de sed.» Y, efectivamente, ¿quién mas cansado que el impecable Adán por los trabajos de su peregrinacion entre nosotros? ¿Quién mas fatigado que el obediente Isaac, cuando, arrastrado por las calles y plazas de Jerusalem, abrumado por la carga insoportable de nuestras iniquidades, subió estenuado y sin fuerzas por la pendiente del Calvario con la leña donde ahora consume su sacrificio? ¿Qué poros traspiraron con mas abundancia que los santísimos poros de Jesus, con cuyo flúido divino quedaron fértiles, y fecundas, y benditas para siempre las entrañas del Huerto de las Olivas? ¿Qué artérias ni qué venas se han franqueado con mas generosidad, ni han perdido mas sangre y en menos tiempo que las venas y las artérias de Jesus, de donde llueve á torrentes la gracia, la salvacion y la felicidad? ¿Quién mas debilitado y decaído que ese pobrecito Ismael, sin madre que le acompañe, sin ángel que le conforte, que se consume de sed en el páramo de sus agonías y que fallece sin agua en el desierto de sus amarguras? ¿Quién en menos palabras

ha dicho mas que el Salvador de los hombres; *Sitio*: tengo sed, me abraso de sed, quiero una gota de agua?

II.

«Tengo sed.» Es verdad, cristiano lector; Jesucristo, la misma razon natural lo dicta, tiene muchísima sed: no hay trabajo, no hay tribulacion, no hay dolor de que no haya sido víctima, ni pérdida que no haya sentido su corazon. El sentido literal de esta palabra es una verdad inconcusa, una verdad innegable, una verdad que al mismo tiempo desgarras nuestras almas de desconsuelo. *Ut adimpleretur Scriptura, dixit: Sitio.*

Para que se cumpliese lo escrito, dijo Jesus: «Tengo sed.» ¡Admirable observacion la que el Evangelista hace para enseñarnos hasta qué grado de perfeccion llevó el Salvador la obra que el Eterno Padre le habia encomendado! Es el término, la realizacion y el complemento de todos los vaticinios, como es el cumplimiento de todos los deseos y la satisfaccion de todas las esperanzas.

David en el salmo 21 se constituye historiador de los dolores de Jesucristo, y allí profetiza que sus enemigos le darán á beber hiel y vinagre: nada, sin embargo, se dice de la sed de Jesus, nada de si debia beberla por fuerza ó por necesidad, nada de si habia de verse libre ó padecer este inesperado tormento, si no el mayor, acaso uno de los mayores padecimientos de la criatura. «Jesus crucificado, dice el P. Ventura, olvidado del presente, solo se ocupa de la profecía hecha en el pasado y de los misterios que tienen por objeto la salvacion de todos los hombres; y con una gran serenidad de espíritu hace comparecer delante de sí todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella cuanto tiene relacion con su sacrificio, y procura cumplir cuanto en ella está figurado y anunciado.»

Jesus, que padece de una manera que no puede sentirse, ni comprenderse, ni explicarse bastante, todos los tormentos con que pueden ser expiadas y castigadas las pasiones que nos devoran, tiene sed; una sed positiva, implacable y ardiente que la chusma

judáica quiere templar con hiel y vinagre; aquella sed es el castigo de nuestras incontenencias, destemplanzas, glotonerías y embriagueces; y la amarguísima cicuta aplicada á sus inocentes labios, es el símbolo de la abstinencia, del ayuno, de la mortificación con que hemos de reducir nuestra carne á servidumbre. *Ut adimpleretur Scriptura, dixit: Sitio.* Para que se cumpliesen las Escrituras, dijo: «Tengo sed.» Si penetramos con la contemplación, apoyados en la humildad é iluminados por la fe, en el sentido místico de esta palabra, ¡cuánto mas atormentado encontraremos á Jesucristo, y cuántos mayores frutos debemos esperar y recoger nosotros de los martirios á que sucumbe por nuestro amor. *Sitio!* Tengo sed, sabedlo, enemigos míos, tengo sed, y la siento; y la tengo y la manifesto, para que quede cumplido cuanto se ha escrito de mí. No es solo una sed corporal que me abrasa la que ahora padezco, no; no es una sed esterna de beber, es un ansia interna de realizar lo decretado por mi Padre, y lo suspirado de mi corazón. *Sitio.* Tengo sed, pero sed triplicada, que es-

plica perfectamente las tres virtudes escelen-tísimas que caracterizan al Redentor en la Cruz: la obediencia, la paciencia y el amor inestinguible á las criaturas.

Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. Mi comida, mi bebida, mi todo, es que quede perfectamente cumplida la voluntad del que me envió. ¿Y quién os envía, Jesus de mi corazón? ¿Y á qué sois enviado? ¿Por causa de quién descendéis desde los cielos hasta la tierra? Os envía el Eterno Padre, supremo Juez, soberanamente ofendido, que pudiendo y debiendo esterminar con el fuego de sus rigores al linaje humano, como en otro tiempo á las ciudades nefandas, quiere, sin embargo, que la justicia recaiga sobre vuestra cabeza y que á torrentes con vuestra sangre baje á nuestro corazón su misericordia. Sois enviado, Unigénito del Padre, es verdad, pero no á hacer ostentación de la magnificencia y de la gloria de vuestra divinidad; no á unir el firmamento con el mundo, haciendo de la tierra un paraíso celestial; no á gozar de los inefables deleites de las moradas altísimas de Sion, no: sois envia-

do á inclinar á la Divinidad hasta el hombre, para que el hombre se eleve hasta la Divinidad; siendo señor, á vestiros de siervo, para que el esclavo se haga señor; siendo invencible, á ser vencido, y siendo impasible, á tomar todas las condiciones necesarias para padecer, para expiar y para satisfacer dignamente por los pecados ajenos, por los pecados del mundo, por los de todas las generaciones: y descendéis por el hombre. ¡Espléndido, relevante, inaudito testimonio de amor á la hechura de vuestras manos, amor que ni tuvo, ni tiene, ni tendrá semejante, y ante quien enmudecen los cielos, se pasma la tierra, se estremecen los abismos! *Sitio.* Teneis sed de obedecer; y vuestra obediencia, Jesus dulcísimo, como que se anticipa al mandato: el profeta anuncia que os darán á beber hiel y vinagre, y la sed de vuestro espíritu se apresura á pedir el cumplimiento de ese vaticinio, para que, sin faltar un ápice, quede cumplida la voluntad del que os envió.

Bonus pastor animam dat pro ovibus suis: «El buen pastor da su alma por sus ovejas.» Se-

gunda sed, segunda especie de sed que padece Jesucristo. Pastor divino, pastor amante, quiere dar todo cuanto tiene, todo cuanto es, por que no perezca su rebaño. Redentor modelo, no va á romper con el oro, tal vez ajeno, la cadena del cautivo; su contrato es mucho mas sublime, su garantía mucho mas segura: Él da vida por vida, sangre por sangre, alma por alma y amor por amor: se espone, se ofrece á morir, pero á morir, sucumbiendo no solo á todo género de trabajos y penalidades, sino víctima real, hostia santa, inmaculada y purísima, sobre cuyo enamorado corazón imprima todos sus dolores el cuchillo de la mas odiosa ingratitud. *Sitio.* Sí; Jesus tiene una sed de padecer que con nada se templa sino con el mismo padecer; una sed de martirio que con nada se soporta sino con ser martirizado; una sed de muerte que con nada se concluye sino con morir, y muriendo abrasado y sacrificado por nuestro amor.

Hay mas, alma mia: no quiere Jesus, y tampoco lo quiere su Padre, la muerte del pecador, *Sed ut convertatur et vivat*, sino su

conversion y su vida: como si dijéramos, su conversion del mundo al cielo, de las criaturas al Criador, y su vida, no temporal, sino eterna; no la vida de la culpa que le pierde, sino la de la penitencia y la gracia que le ponen en el goce de su salvacion. Por eso grita Jesus: *Sitio*, tengo sed. Tercera sed, la sed mas apremiante y mas dificil de extinguir de todas las demas que ha espresado su corazon. Sed de la salvacion de las almas; sed que le atormenta y devora en todas las épocas de su vida; dígalo si no la Samaritana junto al pozo de Sichem; justifiquelo la Magdalena en casa de Simon, y convénzanos de ello la cadena interminable de testimonios que da Jesus de estar siempre sediento de la salvacion de nuestras almas. Se dice que es la sed mas apremiante y mas dificil de extinguir de cuantas ha sentido su corazon, y es verdad; para dar cumplimiento á los mandatos del Eterno Padre, bastaba solo Jesucristo: para cargar sobre sus hombros toda la malicia de nuestros pecados, para entregarse á sus enemigos cuando llegue la hora del príncipe de las tinieblas, para aceptar

complacido azotes, espinas, bofetadas, insultos, congojas y muerte, bastaba tambien Jesucristo; pero ¡ay! para salvar nuestras almas, ¿de qué servirá el derramamiento de toda su sangre, si nosotros nos oponemos á sus frutos? ¿Qué aprovechará la conducta de Jesus, si nuestra conducta malversa los caudales de la redencion? ¿Cómo refrigeraremos su sed de la salvacion de las almas y alcanzaremos el resultado de sus virtudes, si nosotros precipitamos el alma por el derrumbadero de los antiguos vicios que la encadenan? *Sitio*, dice Jesus al Omnipotente; deseo, Padre mio, que quede cumplida vuestra santísima voluntad. *Sitio*, dice á los verdugos; deseo que cargueis sobre mí todos los tormentos imaginables, porque mi mision es padecer por vuestro amor. *Sitio*, me dice á mí, nos dice á todos; deseo la salvacion de vuestras almas; no desoigais mi voz; escuchad el amoroso silbido del pastor amante que ha venido á salvar todo lo que habia perecido.

III.

¡Sed terrible, pero sed admirable, la del Hijo de las eternas complacencias del Altísimo! Sed violenta de cariño, sensación que se hace mas dolorosa por no verse correspondido. Sed ternísima, porque es de un Padre; sed regeneradora, porque es de un Criador; sed salvadora, porque es de un Redentor; sed magnánima, porque es de un amigo; sed infinita, porque es la sed de un Hombre-Dios. Y los judíos aplican á sus labios, tan secos ya como la corteza de un sauce, hiel y vinagre, y Jesucristo lo gusta, lo sufre y lo perdona. ¡Caridad increíble! ¡Crueldad incomparable! Bebe el vinagre de nuestras impaciencias, gusta la hiel de nuestros resentimientos, y modificándolas en sus entrañas divinas, nos asocia al mérito de su celestial dulzura. Convierte el brebaje amarguísimo de nuestros vicios en el vino esquisito de su preciosa sangre. ¡Cruelles son los hijos de la Sinagoga, pero mas todavía son los hijos del Cristianismo, que le dejan morir

atormentado por la sed insaciable que le devora. *Sitio:* Tiene sed de que su nombre sea bendecido, y es blasfemado; de que su Ley se observe, y es abandonada; de que sus Sacramentos se frecuenten, y son conculcados; de que sus templos sean las perlas mas estimables del mundo, y son profanados unos, demolidos otros, y los mas sacrilega é impunemente empobrecidos y robados; de que su sacerdocio sea respetado, obedecido y venerado, y el sacerdocio, Jesus mio, es ridiculizado, perseguido y sacrificado. *Sitio:* Tiene sed de que se socorra al pobre, de que se ampare al desvalido, de que se visite al enfermo y al encarcelado, de que se consuele al afligido, de que se olvide la injuria, de que se ame al ofensor, de que se imiten sus ejemplos, de que se practiquen sus virtudes: tiene sed, pero sed abrasadora que solo Jesus pudo sentir, que Jesus solo pudo soportar; sed de que ninguno perezca, de que ninguno se condene, de que todos se salven. *Sitio!* Tiene sed.

Y nosotros ¡desgraciados! cogemos en nuestra mano la caña de la tentacion y la

esponja de la ocasion, y empapándola en la hiel y vinagre de la culpa una y mil veces cometida, la aplicamos á los labios de nuestro Salvador y Maestro, y Jesucristo lo gusta, lo sufre y lo perdona. ¡Ay! ¡Basta de ingratitud! ¡No mas crueldad! Aquella sed sea nuestra misma sed; por lo mismo que Jesus muere de sed de amor por nosotros, apresurémonos á morir de sed de amor á Jesus. Una gota de agua quiere, démosle una lágrima de arrepentimiento: una gota de agua desea, démosle un suspiro de contricion; hagamos á sus pies una sincera confesion de nuestros estravíos, y digámosle de lo íntimo de nuestro corazon: *Sitio!* Tenemos sed, Jesus amabilísimo, de perseverar en vuestra santísima gracia para saciar esa sed que vos teneis de recompensarnos con vuestra inefable gloria. Y yo, ¿lo hago así? ¿lo deseo así? ¿Están conformes mis obras con mis palabras? ¿Abraza mi corazon esa sed veheméntísima de amar á Dios, de no hacer mas que aquello que sea de su beneplácito, y de tal manera colocar mi espíritu en el camino del bien, que nunca tenga la desgracia de aumentar

el número de los que hacen mas aflictiva la sed de Jesus? ¡Ah! Sospecho que no es así: esa rebeldía, y muchas veces, casi siempre, ese triunfo de mis pasiones, está muy lejos de parecerse á la sed de obediencia que mortifica á Jesucristo: ese quejarme de Dios, ese murmurar, ó maldecir, ó blasfemar de la Providencia cuando me hace sentir la pesada mano de la amargura y del infortunio, no es lo propio para imitar al Redentor devorado de una sed inestinguible de padecer mas todavía por mi amor: ese frio cumplimiento, ese acaso ningun cumplimiento de los deberes que tengo para con mi Criador, de la obligacion que tengo para con mis semejantes y conmigo mismo; ese abandonar la oracion, ese retraerme de la participacion de los Sacramentos, esa profanacion del templo y de las cosas sagradas, esa indiferencia, en una palabra, religiosa, es completamente el reverso, es la antítesis de la sed que atormenta al Hijo desconsolado de María por la salvacion de mi alma. Basta, Jesus de mi vida, basta; ni vos habeis podido hacer mas por mi bien, ni yo debo proseguir en tan pe-

ligroso camino; hasta aquí he marchado sobre un volcan; debajo de mis plantas habia un abismo, y dentro me aguardaba una eternidad infeliz: desde ahora no será así: vuestra quinta palabra es tan afectuosa, tan instructiva, persuade de una manera tan eficaz, que al cabo ha conmovido mi corazon, mas duro que el diamante. Tengo ya sed: lo primero de misericordia, porque es de lo que mas necesitado me encuentro; tengo sed de amor, de fortaleza y de perseverancia para ser todo vuestro, para desasirme de lo que no seais Vos, y para no desistir de lo que constituye mi verdadera felicidad. Haced, buen Jesus, que mi sed de tal manera participe de todas las condiciones de vuestra sed, que ella sola baste para hacerme algun dia participante tambien de la gloria que os resultó de vuestros padecimientos.

CANTO QUINTO.

¡¡Sed tengo!!

Ha muerto el Redentor. Parda neblina
La luz de sus pupilas ha enturbiado,
Y, como el dia á su final declina
De congojoso luto rodeado,
Así la frente de Jesus se inclina
Sobre el pecho anhelante, ensangrentado;
Y contraido, y de la muerte al peso,
Cede el cadáver pálido y opreso.

No en vano hace un momento se quejaba.
¡Angustia tal al concluir sufría,
Que socorro á su Padre demandaba,
Cuando sordo su Padre no le oía!
Sus vísceras no en vano desgarraba
Luchando con valor con la agonía:
Ni extraño fue que el postrimer aliento
Fugaz huyera entre su ronco acento.

¡Tiembla, Jerusalem! Con el conjunto
Cargó de tus estremas liviandades.
¡Temblad, judíos! Se acercó ya el punto

Predicho en antiquísimas edades,
En que, á tu saña el Criador difunto,
Borre con sus tormentos tus maldades...
¡Temblad, verdugos...! ¡Ay! Temblemos todos,
Que le hemos muerto de distintos modos.

¿Quién de nosotros su plegaria oia,
Que alivio, aunque pequeño, le llevara,
Y el helado sudor, la sangre fría
Del empolvado rostro le enjugara?
¿Quién, que pintado el torcedor veia
En los pies, en las manos, en la cara,
Llegó á decirle:—Cariñoso amigo,
No te abandono, moriré contigo...?

Nadie, nadie llegó. Todos temblamos,
Y palpitantes de terror huimos;
Allí con sus angustias le dejamos
Los que acosados del dolor le vimos.
Gritaban unos, los demas callamos,
Y todos, todos, ¡todos le offendimos!
Y, sin auxilio, en la sangrienta pira
Sufre Jesus, abandonado espira.

Pero, no. Ó engañado el pensamiento
Tierna esperanza la ilusion forjara,
Ó se agita en convulso movimiento
Presa en la cruz la víctima preclara;
Ó rueda estremecido el firmamento,
Ó la pupila del Señor avara
Y sedienta, en la órbita vacila,
Que gota á gota su bondad destila.

¿Qué va á decir...? Su labio estenuado
Esfuerzo aterrador ha conmovido;
De las fauces la lengua ha despegado,
Del paladar el jugo ha humedecido;
Y por nuevos afectos inspirado,
Y de nuevos dolores combatido,
Clama á las turbas: "Á morir me avengo...
Apetezco morir; pero... "SED TENGO."

"Tanta sangre mis llagas derramaron,
"Tanto polvo y sudor mi frente riega,
"Que secas mis entrañas se quedaron.
"Un cansancio mortal rinde y anega
"Mis miembros que sufrieron y callaron,
"Y, estinguida la voz, el alma os ruega
"¡Ay! si he de sufrir mas, que así lo espero,
"Agua me deis, porque de sed me muero."

Y, cual buque que allá en el mar bravío
Entre las aguas turbulentas boga,
Luchar se ve con infernal gentío
Un hombre de la impía sinagoga.
Coge una esponja... Y con brutal desvío,
Asida á un palo con inmunda sogá,
Con hiel y con vinagre la empaparon,
Y á los labios del Justo la aplicaron.

¡Horrible acción, canalla miserable!
¿Dónde te lleva, á dónde te conduce
Ese furor fanático, implacable...!
Á nuevo crimen Satanás te induce;
¡Negro baldon! Delito remarcable

Tus bárbaros instintos reproduce,
Vertiendo de ese Dios en la inocencia
La mortífera hiel de tu conciencia.

—
Sí; nunca mas los siglos escucharon
Ni los pasados tiempos advirtieron.
Si de sed los vencidos se quejaron,
Los vencedores á beber les dieron:
Los esclavos con sed se lamentaron,
Con agua los señores respondieron...
Porque el agua bebida en el quebranto,
Borra la huella que imprimiera el llanto.

—
Siente Jesus herida tras herida,
Sufre Jesus tormento tras tormento,
Y nada, ni una queja proferida,
Ni un ¡ay! involuntario y violento.
¡Tiene sed! Y ¡qué extraño que agua pida
El árbitro del mar y el firmamento,
Que manda, en la region de los querubes,
Lanzar torrentes á las densas nubes!

—
Y ¡qué mucho que el pueblo, aunque tirano,
Y que esa multitud, aunque enemiga,
Dé al hijo de David con blanda mano
Un vaso de agua en su mortal fatiga...!
"¡Tengo sed! ¡Tengo sed...!" Pero es en vano
Que así se queje, que sus ansias diga...
Vinagre y hiel para beber le dieron,
Porque su sed de amor no comprendieron.

—
"Tengo sed de cumplir con mi destino

De redentor del mundo, y de las gentes
Que insultan al oráculo divino
Doblando ante sus ídolos las frentes.
Soy Dios y la verdad: soy el camino
Y el surtidor de celestiales fuentes,
Que brotan mas allá de las estrellas,
Y nunca muere quien se sacia en ellas.

—
"Tengo sed de cumplir lo que ofreciera
A mi Padre, á los hombres, á mí mismo;
Siendo contra el pecado la trinchera
Y de la gracia inagotable abismo.
Tengo sed de llamar á mi bandera
De mártires sin fin el heroismo,
Que, con valor sufriendo y osadía,
Darán su sangre por la sangre mía.

—
"Tengo sed, porque quiero ser fecundo
Y brotar de la fe los resplandores,
Que en ambos polos del estenso mundo
Bendigan sin cesar los confesores.
Quiero adornar el erial inmundo
Sembrando en él mis aromosas flores,
Cuyo tallo y capúz guardarán puro
El toscó sayo y el cilicio duro.

—
"Tengo sed de lanzarme del oriente
Al ocaso en raudales de ambrosía,
Cruzando luego el vasto continente
Que hay desde el septentrion al mediodía.
Quiero vivir entre la inculta gente
Y poblar los desiertos, donde un día

Entonarán mis hijos á millares
Acordes, eucarísticos cantares.

—
„Tengo sed de volar con mi doctrina
En medio el pequeñuelo y el adulto,
Donde, aceptada mi mision divina,
Ni oiré el sarcasmo, ni veré el insulto.
Quiero, como la rosa entre la espina,
Invulnerable conservar mi culto.
Tengo sed de guardar á la doncella,
Que crece pura y que se ostenta bella.

—
„Tengo sed de morir aquí sediento
Para reinar despues glorificado;
Quiero sufrir el choque violento,
La indignacion del populacho airado.
Soy la piedra angular, soy el cimientto
De un nuevo mundo donde oiré vengado
Estremecerse, al son de los salterios,
Cóncevas grutas, santos monasterios.

—
„Tengo sed de elevar hasta la esfera
De mi templo los blancos capiteles;
Quiero poblar el yermo y la pradera,
Y enriquecer campiñas y vergeles.
Quiero arrancar de esclavitud grosera
Al hombre, y darle libertad, laureles,
Y al devolverle su ilusion perdida,
Darme todo por él, que soy su vida.

—
„Tengo sed de estrechar con indulgencia
Al que errante sin luces me ha ofendido.

Confía, pecador; haz penitencia;
Ponte bajo mis pies arrepentido,
Y coge de mi sangre con clemencia
La última gota que por ti he vertido.
De sed me abraso, y abrasado muero,
Porque pereces y salvarte quiero.

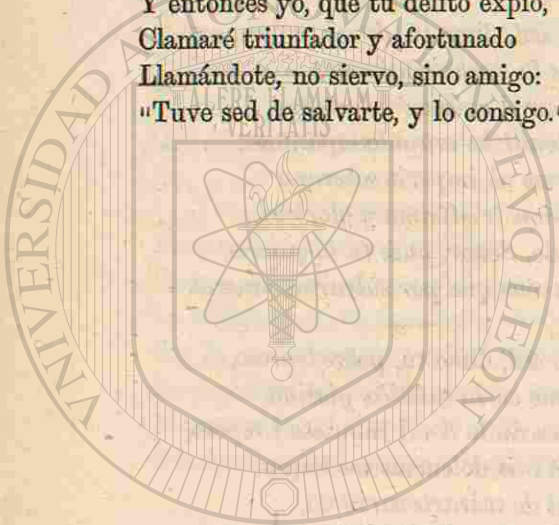
—
*„Tengo sed, dime tú, de ser tu hermano,
Y salir de la noche tenebrosa;
De aborrecer el crimen inhumano,
De abandonar la crápula espantosa;
De acogerme al imperio soberano
De tu Pasion tristísima y gloriosa,
Confesando, Señor, pues tú lo quieres,
Que nada mas que por salvarme mueres.*

—
*„Tengo sed, dime tú, pobre leproso,
De lavarme en la mística piscina
Donde, buscando á mi inquietud reposo,
Hallaré á mis dolencias medicina.
Tengo sed de mirarte cariñoso,
De admirar tu sonrisa peregrina,
Cuando digas al hombre desahuciado:
Descansa en mí, porque te hallé cansado.*

—
*„Tengo sed, dime tú, pobre gusano,
De arder hasta morir en santo celo,
Hollar de mi ambicion el polvo vano,
Grande mirarte, verme pequeñuelo,
Y, ensalzándome tú, volar ufano
A cantarte magnífico en el cielo.“—
Entonces yo te cerraré en mi alma,*

Y allá conmigo subirás en calma.

—
*“Tengo sed, dime tú, Redentor mio,
 De ser yo morador en tu costado:
 Vengo ásqueroso, y penetrar ansío
 Dentro tu pecho para ser lavado.”*
 Y entonces yo, que tu delito expío,
 Clamaré triunfador y afortunado
 Llamándote, no siervo, sino amigo:
 “Tuve sed de salvarte, y lo consigo.”



JACULATORIA.

¡Jesus se abrasa de sed, y no tiene una gota de agua para humedecer sus labios! ¡Tanta paciencia, tanta mansedumbre en mi Redentor para sufrir y manifestar su extrema necesidad, y en mí tanta impaciencia, tanta soberbia para llevar las necesidades de la vida! Sufriré desde hoy, para calmar la sed de Jesus, cuantos trabajos me envía, con resignacion y con cristiana conformidad con su voluntad santísima.

Ÿ. Quien beba del agua que yo le diere

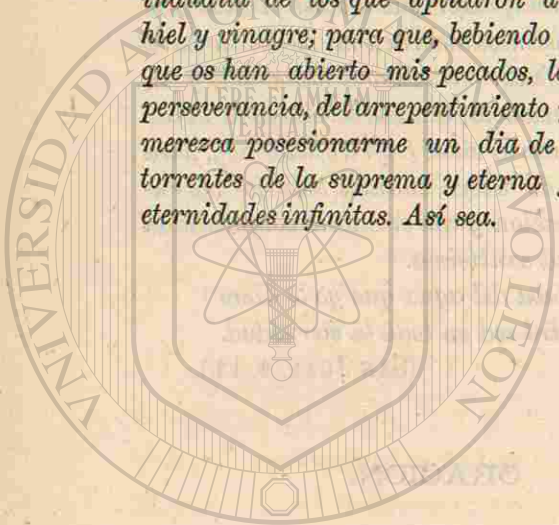
R. No tendrá sed en toda la eternidad.

(SAN JUAN, 4, 13.)

ORACION.

Esposo mio, martirizado horriblemente por la doble sed que os producen los tormentos de vuestra sagrada Pasión, por una parte, y el deseo vehemente de mi salvacion, por otra; hacedme participante de esa ansiedad que sufrísteis y de esa ambicion que se apodera de vuestra alma en la agonía para que no deseche ni huya de ninguno de los padecimientos que me aquejan en mi amargo destierro; antes, sí, bese y me abraza de día y de noche con la cruz de una voluntaria mortifi-

cacion, y me desvele solícito y cuidadoso, no solamente por mi propia salvacion, sino por la salvacion de todo el género humano. Concededme, atribulado Jesus, lo que es objeto de esta súplica por vuestra sed, y por el dolor que María Santísima padeció, sola, viendo la ingratitud y crueldad inaudita de los que aplicaron á vuestro labio hiel y vinagre; para que, bebiendo de las heridas que os han abierto mis pecados, las aguas de la perseverancia, del arrepentimiento y de la gracia, merezca posesionarme un dia de los purísimos torrentes de la suprema y eterna felicidad por eternidades infinitas. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SESTA PALABRA.

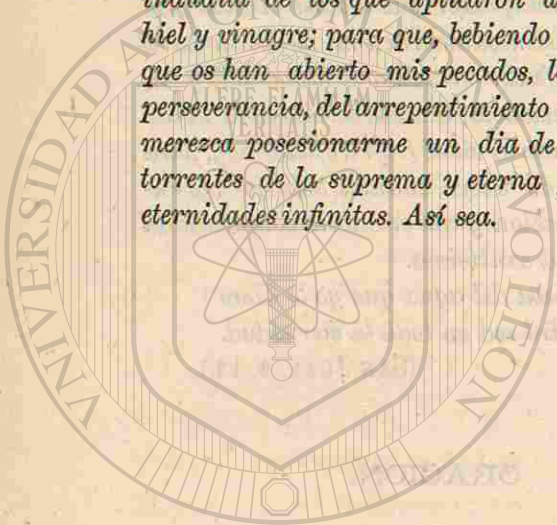
Consummatum est.
Concluido está todo.
(SAN JUAN, 19, 30.)

I.

Cristiano, cada vez menos luz y cada vez mas tinieblas; cada vez menos esperanzas y cada vez mayores maravillas; mas crece la impiedad y la barbarie, cuanta menos sangre queda que derramar. Un rumor fragoroso, semejante al eco que difunde en el corazon de un hijo perverso la maldicion de un padre ofendido, conmueve los profundos senos de la tierra, y parece que en las entrañas de los sepulcros los muertos se apresuran á reunir y vivificar sus áridos despojos, esperando al sonido de una trompeta el instante supremo



cacion, y me desvele solícito y cuidadoso, no solamente por mi propia salvacion, sino por la salvacion de todo el género humano. Concededme, atribulado Jesus, lo que es objeto de esta súplica por vuestra sed, y por el dolor que María Santísima padeció, sola, viendo la ingratitud y crueldad inaudita de los que aplicaron á vuestro labio hiel y vinagre; para que, bebiendo de las heridas que os han abierto mis pecados, las aguas de la perseverancia, del arrepentimiento y de la gracia, merezca posesionarme un dia de los purísimos torrentes de la suprema y eterna felicidad por eternidades infinitas. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SESTA PALABRA.

Consummatum est.

Concluido está todo.

(SAN JUAN, 19, 30.)

I.

Cristiano, cada vez menos luz y cada vez mas tinieblas; cada vez menos esperanzas y cada vez mayores maravillas; mas crece la impiedad y la barbarie, cuanta menos sangre queda que derramar. Un rumor fragoroso, semejante al eco que difunde en el corazon de un hijo perverso la maldicion de un padre ofendido, conmueve los profundos senos de la tierra, y parece que en las entrañas de los sepulcros los muertos se apresuran á reunir y vivificar sus áridos despojos, esperando al sonido de una trompeta el instante supremo



de la resurreccion final. Aquella multitud precita de verdugos que poco há hacia de Jesus el espejo de sus escarnios y el blanco de su insensatez, no tiene ahora valor para mirarle cara á cara; y agobiada la frente bajo el remordimiento del deicidio, busca un palmo de terreno donde colocar la fatigada planta, pero en vano: la tierra regada, nutrida y empapada con la sangre del inocente, no puede sustentar sobre su superficie el peso de un criminal. El cielo ha desaparecido completamente para él, el dia se ha vestido de luto, el sol se ha vuelto de espaldas, y la nacion pérfida y desalmada no ve en derredor de sus masas mas que un fuego sangriento, ni sus sentidos perciben otra cosa que un hedor emponzoñado, hedor que vierten en su alma desesperada las infernales cavernas de Satanás.

Lo que ahora contemplamos es el último lienzo del panorama del mundo; es el penúltimo momento de una naturaleza que se transforma; es el penúltimo aliento del réprobo que perece, y la penúltima congoja del elegido que se salva. El Nazareno, á quien todo parece

poco cuando se trata de nuestro bien, recorre con imaginacion tranquila y mente despejada los cuarenta siglos que separan el dia en que Adan murió y mató á su infortunada descendencia al pie del árbol prohibido, del dia en que Él mismo va á morir en una cruz sobre la cumbre del monte santo; registra su alma, que es el volúmen donde están consignados los episodios mas sublimes de la grande obra que habia de realizar, y cerciorándose de que nada falta, da á su corazon un testimonio solemne capaz de consolar nuestro corazon; y replegando con admirable serenidad en su interior las escasas fuerzas que le quedaban, y apoyando con energía sus pies sobre los clavos, como para dar á su sesta palabra todo el carácter de una verdad autorizada, de una autoridad verdadera, lanza una mirada que se hace dueña de todo el mundo, y esclama con una voz que se deja oir en todos los ámbitos de la tierra: *Consummatum est.* «Concluido está todo; todo se ha consumado.»

«¡Todo para todos, Padre mio, y todo para cada uno de los infelices á quien he

querido redimir! Todo para vos, subordinando mi voluntad á la vuestra con una sumision que no reconoce semejante: todo para mis hermanos, despojándome de lo mio propio y revistiéndome de lo que era suyo, con una longanimidad que no admite comparacion. «Todo está concluido.» El tormento de la sed fue la realizacion de la última profecía, y la hiel y el vinagre la última gota del cáliz que me mandásteis apurar, y apuré por la felicidad de vuestros hijos y para defender á mis hermanos de los rayos de vuestra justísima majestad; nada me queda que hacer; mi obedecer concluye con mi vivir, toca á su término la peregrinacion de mis dolores: colmada está la medida de mis sufrimientos y de mis ignominias; mi ministerio cumplido, y mi mision terminada. *Consummatum est.* ¡Oh palabra inefable, esclama un orador sapientísimo: cuántos misterios recuerda! ¡Oh oráculo profundo, cuántas verdades encierra! ¡Oh grave sentencia, cuántos errores previene! ¡Oh declaracion preciosa, cuántos consuelos prepara! ¡Oh leccion sublime, cuántas virtudes recomien-

da! Y, efectivamente, cristiano lector; la historia del Verbo encarnado es una cadena interminable de misterios profundos, consoladores, dirigidos todos á la conclusion y el esterminio de los infortunios de la desconsolada humanidad. Por eso al pronunciar Jesus desde el ara del amor santo esta palabra sonora y majestuosa, pronuncia tambien una verdad solemne, infalible, como todo cuanto ha salido de su boca. Cuando esclama: «Todo se ha consumado,» dice que ha concluido y perfeccionado hasta el extremo mas incomprendible cuanto se dejaba entrever en el misterio adorable de la Encarnacion: en ese misterio que, segun un eminente filósofo de nuestros tiempos, es como un plano inclinado, felicísimo ardid de la increada Sabiduría, por medio del cual la Divinidad se baja hasta el hombre, para que este se eleve hasta la Divinidad: se ha concluido, y hasta un grado incalculable, cuanto temor, cuanta esperanza, cuanta humillacion arrojaba de sí la gruta de Belen, cuando las pajas servian de trono al Niño ante quien se postraron los Reyes y adoraron los

pastores: se ha concluido de verter aquella sangre inmaculada, aquella sangre divina que principió á derramarse por nuestra salud en la escena desgarradora de la Circuncision; sangre que brotando tal de las venas del Hijo, se internaba, siendo cuchillo, hasta el corazon de la Madre: se ha cumplido cuanto significaba la ceremonia augusta de la Presentacion, la imposicion del nombre de Jesus, su misteriosa pérdida en Jerusalem, y cuanto quiso significarnos, predecirnos y enseñarnos, y obrar para nuestra suprema, perpetua é indefectible felicidad durante los treinta años de su vida retirada y escondida en Nazareth. *Consummatum est.* «Todo se ha concluido.»

¿No habíamos visto á Jesucristo, *in similitudinem carnis peccati*, revestido de la andrajosa librea del pecador, *factus obediens usque ad mortem*, ejemplarísimo modelo de obediencia, atravesar por desiertos y por poblados, por ciudades y por aldeas, por valles y por montañas, *benefaciendo, et sanando omnes*, haciendo bien y sanando á todos? ¿No le hemos visto dando principio á su vida pú-

blica con el milagro de la conversion del agua en vino, y terminándola con invitarnos á celestiales bodas, haciendo manar de su costado sangre y agua para refrigerio de nuestras almas? ¿No le hemos contemplado en unas partes consolando á los afligidos, en otras socorriendo á los mas necesitados, aquí curando toda clase de enfermos, allí arrancando á los muertos de las entrañas del sepulcro, y mas allá lanzando al demonio de los cuerpos que poseía? ¿No le hemos contemplado marcando los momentos de su santísima vida por los milagros que realizaba, ya multiplicando el pan y los peces, ya bendiciendo y pacificando las aguas, ya marchando sobre las olas, ya trasfigurándose y presentándonos el bosquejo de su gloria en las cumbres del Tabor? Pues, *Consummatum est.* Es que está todo consumado: es que se ha cumplido cuanto de él se habia escrito desde el momento de la caida y de la promesa; cuanto de él se habia profetizado desde Adan hasta nosotros: todo lo que Isaías describió, todo lo que David cantó acompañado de su arpa misteriosa, todo

cuanto hizo saltar á torrentes las lágrimas de los ojos de Jeremías. Como si se dijera: *Consummatum est*: concluidos están los vaticinios, y las figuras, y las representaciones: colmados los votos de los cielos, satisfechas las esperanzas de la tierra, hecho girones el velo misterioso de la Escritura, Dios verdaderamente conocido; y es ocioso discurrir, porque ha llegado el tiempo de creer; y es inútil discutir, porque lo necesario es obrar: es ya imposible ninguna doctrina delante de la doctrina de Jesucristo, ninguna ley delante de su ley, ninguna religion en presencia de su religion. Está concluido el descubrimiento de los misterios, la imposicion de las leyes, la revelacion de las verdades, y ni hay mas auxilios que preparar, ni mas bienes que prometer, y á la razon humana nada la queda que investigar. *Consummatum est*.

II.

Jesús Nazareno, que, según sus mismas palabras, no vino á abrogar la ley, sino á

cumplirla, y que real y verdaderamente todo lo ha completado, deja también acabado y perfecto el sentido de esta palabra: *Consummatum est*. «Concluido está.» Sí; en la primera parte de esta consideracion, el Salvador habla, y nos enseña cuanto en su vida, en sus misterios, en sus maravillas, hay de majestuoso, de grande y de glorioso para Él, de majestuoso y de grande para nosotros: pero su obra, esta historia recopilada de su magnífica obra, no quedaria ni aun mediada si no nos enseñase, al propio tiempo que la historia de sus grandezas, la de sus sacrificios; si cuando nos deja ver en todo su esplendor los fulgores de su gloria, no hiciera sentir á nuestra alma el eclipse que sufre, abrumado por la ignominia de sus dolores. «*Consummatum est*, nos dice: concluido está todo: sabed, mortales, que no solo han acabado las profecías y los milagros y los beneficios, sino que han concluido también las molestias, los trabajos, los dolores, los tormentos, parte esencial, parte principalísima de esa obra colosal, de esa redencion universal confiada á mi cuidado.»

«Por eso si me visteis naciendo en la pobreza, en la oscuridad, en la abyeccion y el abatimiento; si me visteis sin tener galas que me envolviesen, ni lecho donde reclinar la cabeza; si me visteis perseguido encarnizadamente por los mismos á quien venia á favorecer, luego huyendo sin pan, sin agua, sin albergue á regiones estrañas y desconocidas; despues sometiéndome á las penalidades de un pobre jornalero, y mas tarde presentándome en el teatro donde iba á representarse el horroroso drama que ahora finaliza; si me visteis en el campo donde frente á frente iban á luchar conmigo el mundo, el demonio, la carne, las pasiones todas, todos los vicios y todas las abominaciones de los hombres, es porque decretado estaba, y se consumó. *Consummatum est.* Si os maravillásteis de ver que, siendo recibido entre palmas, entre aplausos, entre bendiciones en la ciudad de Jerusalem, poco despues era ya acechado con detestable sagacidad, buscado con esquisita vigilancia, prendido con alevosa ingratitude, y entregado con sacrilega perfidia; si enmudecísteis de horror al ver que se me ataba

con crueldad, que se me escarnecia con ridiculez, que se me interrogaba con farisáica iniquidad; si llorásteis de amarga compasion viéndome conducido de tribunal en tribunal, y ora desgarrado á fuerza de azotes, ora coronado de espinas punzantísimas, y desnudo y maniatado, y escupido y abofeteado, y á un mismo tiempo declarado inocente y condenado al último suplicio; si ademas me considerásteis vendido, negado, abandonado, cubierto de sangre, de sudor y de polvo, arrastrado por las calles, cargado con la cruz camino del cielo, cayendo y levantando, y acercándome por fin á la montaña que va á recibir mi último suspiro, no os admireis, pecadores; por vosotros es, para vuestro bien estaba así consignado, y *Consummatum est.* «Todo quedó cumplido.» Si marcó la diestra del Escelso la hora de la agonía, y el poder de las tinieblas se desencadenó, y el infierno multiplicó sus esfuerzos, y se abrieron nuevas heridas, se imaginaron nuevas atrocidades, derramé la sangre que me quedaba, y fue el cielo parte en mi desamparo y la tierra en mis sufrimientos, y los hombres todos en

mi Pasion, estremécete, universo criminal; el infinito bien que debía resultar de tanta amargura y de tanto sacrificio, para ti es, para tu provecho estaba determinado, y exactamente se cumplió.»

Consummatum est. Palabra santísima, que siendo como la despedida de Jesucristo, y como la relacion de méritos que nos presenta para granjearse nuestro amor, nos enseña tambien que en su cuerpo no queda ya pedazo de carne que desgarrar, ni hueso que quebrantar, ni articulacion que descoyuntar, ni vértebra que pulverizar; que sus ojos vieron cuanto tenian que ver, sus oidos oyeron cuanto tenian que oír y sus labios dijeron cuanto podian y deseaban espresar. Nos dice que en su corazon no hay ya congoja que sufrir, ni afecto que revelar, ni otros secretos que descubrir, ni mas incendios de amor que patentizar; y que no hay en su alma dolor que no la haya aquejado, tormento que no haya sentido, humillacion que no la haya atormentado. Palabra santísima, declaracion preciosa, leccion sublime, con la que si Jesus agonizante nos ha explicado la

terminacion de sus glorias y de sus afrentas, de sus triunfos y de sus tribulaciones, de sus maravillas y de sus sacrificios, nos enseña tambien la consumacion de los altísimos fines que en su vida y en su muerte se propuso la divina Providencia.

III.

Como manantial inagotable de caridad y de amor, cada palabra del Hombre-Dios vierte en nuestras almas los inestinguibles divinos incendios en que se abrasa su alma: como eterno Sol de justicia y de alegría, despliega su hermosura, reparte sus rayos, derrama su luz en nuestras inteligencias, y esparce en nosotros esperanza y regocijo, lo que solo es temor y melancolía en la afligida y trastornada naturaleza. Abrid vuestra boca, Redentor pacientísimo, articulad vuestros labios, moved vuestra lengua, y escuchan nuestros oidos otra vez mas esta majestuosa palabra que estamos considerando; repetidnos ese *Consummatum est*: «Todo está terminado,» semejante á uno de esos cauda-

losos y abundantísimos rios de donde cuantamas agua tomamos, mas todavía queda que tomar; que se multiplica como el grano en la tierra para producir la espiga, y de palabra se hace sentencia, y de sentencia doctrina, y de doctrina pasa á ser un libro escrito con la sangre de un Dios crucificado, y en cuyo contenido parece que tiene inmortal asiento la increada Sabiduría. Jesus moribundo, nada os quede por decir, para que á nosotros nada nos quede por escuchar; nada dejéis por explicar, para que á nosotros nada nos quede que aprender; sea nuestro el bálsamo todo que destilan vuestras preciosas heridas, para que con ellas y vuestra patética voz queden limpias y cicatrizadas las llagas asquerosas de nuestro corazon, y podamos nosotros esclamar al mismo tiempo que vos: *Consummatum est.* «Concluyó todo.»

Precisamente, corazon cristiano, para eso ha padecido y está padeciendo Jesus Nazareno; para eso ha hablado y está hablando todavía, para manifestar que en él y por él se han cumplido, no solo todas las glorias de que es digno el Rey de los cielos y tierra,

y todos los trabajos que son diadema inmortal del Rey de todos los mártires, si que tambien los benéficos fines que se habia propuesto la Majestad del Altísimo. *Consummatum est:* «Todo queda consumado,» sí; quedan concluidos, cumplidos los fines de la venida de Jesucristo á este mundo; y pasando, segun se espresa un escritor piadoso, por su memoria los oficios que le habia encomendado el Eterno Padre: «He dado, dice, completa satisfaccion por el pecado de los primeros prevaricadores; si oculta la infernal serpiente en aquel árbol de perdicion arrastró á ella á las generaciones, yo en presencia de todo el universo, pendiente de este árbol santificado con el contacto de mi carne, quebranto la cabeza del enemigo comun, segun estaba profetizado; reuno á mi alrededor todas las criaturas, y en una senda de dolores les dejo trazado el camino de la salvacion. Para que así sea, he enseñado con mi palabra la doctrina de la perfeccion, con mis hechos las mas heroicas virtudes; he escrito con caracteres de diamante los consejos evangélicos, he instituido sacramentos que lleven al alma

con el consuelo la gracia, y con ella la felicidad, y he decretado cuáles hayan de ser los sacrificios propios de la nueva Ley. Ya queda, para veneracion de los cielos, para refugio de los hijos de la tierra, y para temor y temblor de las puertas del infierno, que jamás prevalecerán contra ella, mi Iglesia sólidamente fundada, el nuevo sacerdocio establecido, ratificada una alianza indisoluble, presente delante de mí la plenitud de los tiempos, y cumplido en ellos para durar por toda una eternidad el gran consejo de poder, de sabiduría y de misericordia. Vosotros, deudores, nada teneis que temer, porque he satisfecho hasta el último cuadrante de vuestras deudas; ya no teneis, cautivos, por qué affligiros, porque os he comprado la libertad á costa de mi sangre inmaculada: nada, pecadores, os queda que ambicionar; hecha está pedazos la sentencia de vuestra condenacion, la reconciliacion está estipulada, el perdon conseguido y la gracia asegurada: vuestro corazon está ya bendito, vuestra alma resucitada, el infierno se ha cerrado para siempre, y las puertas de la gloria se han

abierto para no cerrarse jamás. *Consummatum est.* »

Concluido está todo, alma mia. Jesucristo en la cruz ha dado la última pincelada al grandioso lienzo que bosquejara en la gruta de Belen: Jesus ha hecho, sin perdonar medio ni fatiga, ni penalidad ni sacrificio, cuanto queria y cuanto podia hacer para ti; y tú, en contradiccion vergonzosa, aun no has dado el primer paso para el importante negocio de la salvacion. Aun no has dicho á tu anhelante y atormentado Redentor: *Consummatum est.* «Por mi parte todo está consumado.» Concluyeron la incredulidad y la desesperacion, la impureza y la avaricia, los resentimientos y los rencores, las murmuraciones y los escándalos. Ya he arrancado, Jesus pacientísimo, ya he arrancado de mí la zizaña de la indiferencia para que produzca y fructifique el fertilisimo grano de vuestra divina palabra; me he despojado de los andrajos del vicio para engalanarme la riquísima vestidura de la virtud; he desatado las ligaduras del pecado para adornarme con la estola purísima de la gracia. *Consummatum est.* «Se acabó todo.»

¡Almas todas que hemos escuchado siempre la verdad de los labios del Hombre-Dios! ¿será posible que una vez siquiera no digamos nosotros la verdad? ¡Ah! ¡Jesucristo se despide con amor, y nosotros le pagamos con la mas horrenda ingratitud! ¡Qué no harian los condenados si les fuera posible arrepentirse! Y ¿qué hacemos, miserables de nosotros, á quien tanto tiempo se da para obrar una sincera conversion? Sea ahora verdadero, público y eficaz nuestro arrepentimiento: queda al Salvador un solo momento de vida, pero es un momento muy precioso: acerquémonos, y resolvámonos á decirle: *Consummatum est.* «Todo concluyó.» Concluimos de ofenderos, concluimos de aborreceros, y concluimos con nuestras iniquidades, porque queremos vivir bien, porque apetecemos morir bien, porque suspiramos y nos proponemos imitaros, y fielmente seguimos en esta vida, para decir eternamente en vuestra compañía en la otra: *Consummatum est.* Ya somos felices: «Todo, todo está acabado.»

CANTO SESTO.

Todo ha concluido.

Iba á espirar el término fijado;
El sol tras de la niebla aterradora
Escondia su luz acongojado,
Y deja el hemisferio donde mora,
Para hundirse confuso y olvidado
Por no ver de Jesus la última hora...;
Iba á gritar Jerusalem malvada:
"Concluimos con él; no falta nada."

Iba ya á sucumbir el Nazareno,
Sin sangre el corazon, lleno de heridas;
Pero antes de morir, como terreno,
Á manos infernales y homicidas,
Con faz augusta y ademan sereno,
Sus miradas al mundo dirigidas,
Exhalando el penúltimo gemido,
"TODO, exclamó Jesus, HA CONCLUIDO."

"Escrito estaba, y se acercó el momento.
Soy la flor de Jessé que, en otros dias,

Con arpa de oro, con sublime acento,
 Á mi amada Israel, cantó Isaías.
 He sufrido tras uno otro tormento ;
 Yo soy la realidad de Jeremías,
 Á quien el pueblo sacrifica y huye,
 Cuando su eterna paz le restituye.

„Nací, cual los profetas anunciaron ;
 Todo se consumó, no quedó nada.
 Prediqué, convertí, sané, me amaron...
 Breve fue, pero grande mi jornada.
 Sobre mí los escándalos pesaron
 De toda una nacion alucinada ;
 De todo el mundo, donde infame el hombre,
 Airado escupe al pronunciar mi nombre.

„Concluyeron los ritos, las figuras,
 De carne impura el sacrificio inmenso ;
 Arca, propiciatorio, vestiduras,
 Sacerdocio, holocaustos, pan, incienso ;
 El templo con sus ricas colgaduras
 Silencioso, aromático y estenso.
 Su plenitud los siglos cerca miran,
 Y las semanas de Daniel espiran.

„Concluyeron pontífices y altares ;
 Las víctimas quemadas entre flores ;
 Profetas, profecías y cantares,
 Oráculos, sibilas y doctores.
 Del último rincón de sus hogares
 Arranqué doce simples pescadores,
 Que, el eco apenas de mi voz oyeron,

Como tocados del iman vinieron.

„Todo se concluyó: cuando admirados
 Portento tras portento en mí veían,
 Y besaban mis plantas prosternados,
 Y, queriendo decir, enmudecían ;
 Les ofrecí que á reinos ignorados
 La luz de mi Evangelio llevarían ;
 Y hoy con mi muerte empieza una jornada
 Que será con la suya terminada.

„Y cruzarán los mares azarosos
 Y bosques y lugares despoblados,
 Y en el sufrir se encontrarán gozosos,
 Y en el gozar se encontrarán cansados ;
 Perseguidos serán como raposos,
 Como reos serán encarcelados...
 Morirán por mi fe, con fe sincera
 Salpicando su sangre mi bandera.

„Todo se concluyó. La Iglesia santa
 Que con mi muerte nace y resplandece,
 Y álzase erguida y triunfadora canta,
 Y con nobleza su estandarte mece,
 No doblará su tímida garganta
 Cuando el error á combatirla empiece ;
 Dueña al cabo será y en mejor día
 Del aquilon, del mar y el mediodía.

„¿Ofrecí redencion? ya está cumplida ;
 Al orbe con mi sangre he redimido.
 Ha sido de mi Padre recibida

La vida que á mi Padre he prometido.
Prediqué su palabra, y no fue oída;
Pueblos llamé, ninguno ha respondido...
Uno escogí para morada mia...
Cerró sus puertas, temerario huía.

—
„Rico en prodigios, la verdad le dije;
Parábolas de amor le he bosquejado.
Siniestra mano su destino rige...
Se hunde Israel, el hombre es un malvado.
¡Padre, cumplido está...! Mas ¡cuál me affige
Saber que ya mañana, dispersado
¡Pobre Israel! irá sin domicilio,
Sin rumbo cierto, á mendigar auxilio!

—
„Y por do quiera irá solicitando
Una gota de sangre de mis venas,
Que purifique su baldon nefando
Y temple los suspiros de sus penas.
Mas ¡ay! que cuando grite sollozando,
Responderá el crugir de sus cadenas...
Porque su lengua impura, delincuente,
Llevó mi sangre á maldecir su frente.

—
„Irá, porque llegó el día tremendo,
Hambriento y á lejana monarquía
Para sus hijos, para sí, pidiendo
Albergue y pan que en mi bondad tenía.
Cansado y jadeante, maldiciendo
La sed irá, que le acomete impía,
Para morir infortunado luego
Del hambre al frio, de la sed al fuego.

„Delante de sus ojos retratadas
Verá siempre del crimen las figuras;
Tristes huirán las noches y enlutadas;
Vendrán auroras cariñosas, puras;
Y él, sus pupilas á la luz cerradas,
Caminará por el desierto á oscuras;
Que le será del sol la clara lumbre
Fulgor que le estravió y no le alumbre.

—
„Con faz dudosa, con espanto cierto,
Del lugar donde esté saldrá mañana,
Para ser moradora del desierto
Raza que fue del mundo soberana.
Buscando lejos porvenir incierto,
Id, hijos de Israel, la cortesana,
Con vuestro mal, de vuestro mal testigos,
Sin hogar, sin ventura, sin amigos.

—
„No los tendreis; los páramos umbríos,
Y los bosques desiertos y arenosos,
Hácia vosotros lanzarán bravíos
Sus tigres y sus hienas y sus osos.
Cruza los mares, traspasa los rios,
Y aquí y allí carnívoros dañosos
Arrojarán hácia el opuesto lado
Maldito el polvo donde habeis pisado.

—
„Destierro y soledad: mi mano fuerte
Hoy contra ti se agita vengadora;
Tu infamia ve, tu execración advierte...
Cumplido está, porque llegó mi hora.
Sorda á tus voces estará la muerte;

Llora, raza infelice... llora... ¡llora!
Y marque mi Pasion en tu semblante
La inmunda estrella del judío errante.

„El cáliz apuré de la amargura,
Y hasta las heces mi Pasion tragára.
Fuí todo abnegacion, todo ternura,
Todo desvelos y paciencia rara.
¡Y tu traicion, tu enojo, tu impostura
Mis últimos momentos acibara...!
Mira, Israel, si de penar rendido
Clamaré con razon: „Ha concluido.“

¡Y va á espirar! ¡Y exhausto y macilento
Morir sin un consuelo le dejamos,
Y de salvarnos cuanto mas sediento,
Mas las espaldas á Jesus tornamos!
Sordos gemidos arrebató el viento,
¡Y nosotros impávidos miramos
Con gozo el espectáculo terrible,
Que al mismo averno pareciera horrible!

¿No oís esos aullidos espantosos
Que dentro rugen de profunda sima...?
¿No veis esos espectros asquerosos
Que, miedo dando, que inspirando grima,
Volando y revolando pavorosos,
Giran inquietos en la santa cima...?
¿No veis la muerte que, sin otras galas,
En torno de la Cruz bate sus alas?

¿La muerte está esperando su sentencia?

La muerte morirá; Jesus la hiere,
Y, atónita y callada, en su presencia
Laureles busca, vindicarse quiere.
Pecadores, venid; la penitencia,
No nuestro mal, el Redentor prefiere...
Clamemos con acento no fingido:
¡Todo, Padre de amor, ha concluido!

Tu candor estermina la *impureza*;
Vence tu desnudez á la *avaricia*;
Desiste de la *ira* la aspereza
Al templado calor de tu justicia;
Confúndese á tu celo la *pereza*;
Y, sin segunda, la humildad propicia,
Antes que sea tu morada el cielo
Á la *soberbia* truncará su vuelo.

Arráncase, á tus pies anonadada,
La *envidia* sus cabellos de serpiente,
Y la *gula* revuelca, amedrentada,
En asqueroso lodazal la frente.
Todo es *fe* celestial y acrisolada,
Dulce *esperanza* y *caridad* ardiente.
De tus poros la sangre has agotado...
Triunfó la gracia; concluyó el pecado.

El universo entero, aunque se asombre
Esa estirpe fatal y deicida,
Hoy te aclama Jesus, hijo del hombre.
Árbitro eres ¡oh Dios! de nuestra vida,
Y de la ley de Gracia está tu nombre
Con sangre escrito en la luciente egida...

Y aplastado el error sobre la loma
Del Calvario, al averno se desploma.

Sacrílegos altares retemblaron,
Y cincelados ídolos cayeron;
Las virtudes angélicas triunfaron,
Los crímenes sin fuerza sucumbieron.
Cuantos al rostro de Jesús miraron,
Su inmensidad negando, perecieron...
La Cruz, sin otras armas, ha vencido:
¡TODO...! no siendo Dios, HA CONCLUIDO.

JACULATORIA.

El Hijo de María declara solemnemente que ha consumado la obra grande de la redencion. ¡Qué dicha! ¡Y qué afrenta considerar que yo aun no he dado el primer paso para mi conversion y mi reconciliacion con Jesús! Ya es tiempo; no mas pereza y descuido en perjuicio de mi alma; todo, Dios mio, ha concluido para mí, porque quiero perfeccionar mi corazon, conforme al modelo de vuestro sacratísimo Corazon.

Y. He consumado mi carrera y guardado la fe.

R. Por esto me está reservada la corona de justicia.

(SAN PAB., 2.^a á Tim.)

ORACION.

Agonizante y mi dulcísimo Criador: por vuestro amor, por mi miseria y por el celo que os ha devorado hasta dejar concluida y perfeccionada la obra que vuestro Padre os recomendó, obra la mas grande, la mas santa y la mas admirable que se lee en la historia del mundo, que es la de triunfar del demonio, cerrar las puertas del infierno y dejar para todos abiertas las de la celes-

tial Jerusalen; derramad en mi alma todos los auxilios que sabeis, mejor que yo, me son necesarios para que, separando mis potencias y sentidos, mi cuerpo y mi alma, mi espíritu y mi corazón de los negocios del siglo, de los afanes de la tierra y de las obras de perdicion, me dedique esclusivamente á realizar los fines que en la creacion del hombre se propuso la Beatísima Trinidad; y hacedlo por el dolor que María Santísima padeció, sola, al ver la indecible barbarie con que vuestros enemigos consumaban en vuestra santísima y desfigurada persona toda clase de iniquidades; para que, cumpliendo con la mayor exactitud vuestros mandamientos, siguiendo vuestros consejos evangélicos y caminando por la senda de la perfeccion en esta vida, consiga al fin de ella la diadema que ha de ceñir mis sienes por infinitos siglos de los siglos. Amen.

SÉTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

Padre, en tus manos encomiendo mi alma.

(SAN LÚC., 25, 46.)

I.

Entre todas las épocas, entre todas las empresas que puedan hacer notable la existencia y la fama de un hombre, la mas solemne es la época final de su vida, la muerte: y la empresa mas arriesgada, la de resultados mas positivos, ya en lo favorable, ya en lo adverso, es la empresa de su preparacion para la muerte. El estudio mas importante que la criatura puede y debe realizar, el mas filosófico y el de mayor utilidad, es, al paso que se desvia de la cuna, ver cómo se va

tial Jerusalen; derramad en mi alma todos los auxilios que sabeis, mejor que yo, me son necesarios para que, separando mis potencias y sentidos, mi cuerpo y mi alma, mi espíritu y mi corazón de los negocios del siglo, de los afanes de la tierra y de las obras de perdición, me dedique exclusivamente á realizar los fines que en la creación del hombre se propuso la Beatísima Trinidad; y hacedlo por el dolor que María Santísima padeció, sola, al ver la indecible barbarie con que vuestros enemigos consumaban en vuestra santísima y desfigurada persona toda clase de iniquidades; para que, cumpliendo con la mayor exactitud vuestros mandamientos, siguiendo vuestros consejos evangélicos y caminando por la senda de la perfección en esta vida, consiga al fin de ella la diadema que ha de ceñir mis sienes por infinitos siglos de los siglos. Amen.

SÉTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

Padre, en tus manos encomiendo mi alma.

(SAN LÚC., 25, 46.)

I.

Entre todas las épocas, entre todas las empresas que puedan hacer notable la existencia y la fama de un hombre, la mas solemne es la época final de su vida, la muerte: y la empresa mas arriesgada, la de resultados mas positivos, ya en lo favorable, ya en lo adverso, es la empresa de su preparacion para la muerte. El estudio mas importante que la criatura puede y debe realizar, el mas filosófico y el de mayor utilidad, es, al paso que se desvia de la cuna, ver cómo se va

acercando al sepulcro ; de los dos caminos que á él conducen, elegir y conservar aquel que por el ejercicio de la virtud, por la tranquilidad de la conciencia , por la paz del espíritu, disminuye las agonías, dulcifica los temores, sostiene las esperanzas y hace la muerte del justo *pretiosa in conspectu Domini*, «preciosa á los ojos del Señor.» Y cierto que la Divina Providencia no podia ofrecer á nuestra meditacion ejemplar mas sublime ni modelo mas perfecto de una buena muerte que el Hombre-Dios , el Hijo de las eternas complacencias, Jesus Nazareno , que muere por voluntad suya y por necesidad nuestra; que muere por amor y para enseñarnos á morir, y que por lo mismo presenta su muerte rodeada de todos los horrores , de todas las aflicciones, de las circunstancias todas que hacen dolorosa y sensible la muerte de un hombre. Su interior padece, y en su exterior se manifiesta. Contemplemos á Jesus crucificado...

Aun respira ; pero su respiracion va siendo cada vez mas trabajosa, y las vibraciones del pulso apenas se perciben ni se sienten:

aun padece; pero los sufrimientos han abrumado tanto su humanidad, que, tendido en la Cruz, es como víctima de una postracion cadavérica: aun desea; pero como la expresion genuina de los deseos es naturalmente la intranquilidad de un corazon palpitante, nosotros no podemos profundizar en el golfo de sus deseos, porque tampoco podemos, como antes, contar una por una las palpitaciones de su corazon. Aun ama; pero ya no podemos sumergirnos en los abismos de su amor, ni alimentar nuestras almas con las sensaciones divinas de su alma, porque, colocada á las puertas de la muerte, se ocupa de una terrible despedida. El cuerpo de Jesus presenta á nuestra consideracion el espectáculo mas aflictivo y el cuadro mas desgarrador. La cabeza, cuya hermosura celestial se deja ver no del todo oscurecida entre el polvo, el sudor y la sangre, parece que solo se emplea en el firmamento: sus ojos, los resplandores de sus ojos, manchados de una tinta sanguínea y verdosa, turbios, vidriados, casi ciegos para las cosas del tiempo, se dirigen á lo alto como sagaces pesqui-

sidores de los misterios de la eternidad; su nariz, afilada y enteramente abierta, nos estremecería si la tocáramos; está fría como el granizo; los músculos tirantes; el cabello erizado, sangriento y enredado, descansa sobre la espalda, dejando libre el órgano del oído, sin duda para oír los denuestos de los que le aborrecen ó las bendiciones de los que le aman. La sangre que brota del interior, va quedando gota á gota helada en el exterior: sus estremidades están yertas y acardenaladas, y de cuando en cuando un sacudimiento impulsivo, uno de esos síntomas que hacen tan horribles las últimas horas de un moribundo, agitan el cuerpo del Salvador y el patíbulo donde está crucificado. Jesucristo no es mas que un cadáver con un poco de vida, y esta vida está únicamente en sus labios. Violados y entreabiertos, se ve en aquella boca como la corola de un tulipan, cuando, proscrita la noche, se entreabre al despuntar el alba. ¡Y con qué propiedad, cristiano! La boca de Jesus, desvanecida la noche de su Pasión, se entreabría, se desposaba y se sonreía con la aurora de su inmortalidad.

Pero no es este todo el misterio. El cuerpo destrozado de Jesucristo le aguardaba con ambición el sepulcro; y aquella alma tan dolorida, tan acongojada y tan combatida, esperábala el seno del Eterno Padre: los fragmentos del sacrosanto cadáver, esos despojos que dan auténtico testimonio del triunfo conseguido por la muerte, iban á descender dentro de poco á los brazos de los hombres. Lo que la muerte habia respetado, lo que la muerte no habia vencido, lo que antes bien habia triunfado de la muerte, el espíritu, estaba esperando la sétima palabra del Nazareno para salir y descansar en el regazo de su Dios. Y como Jesucristo muere, no por fuerza, sino voluntariamente; como no muere mas que por un exceso inexplicable de su infinita caridad, el espíritu tampoco desataría las ligaduras de la materia, hasta que el amor y la voluntad de su omnipotente Señor se lo preceptuase. Llega, cristiano, el momento; Jesus respira con un aumento casi imperceptible de vehemencia; su cabeza se irgue apoyando dulcemente sobre el hombro derecho, late su pecho acaso por

última vez, y reuniendo sus inimitables virtudes como ramillete de preciosas y aromáticas flores, y reasumiendo todos sus sufrimientos, todas sus amarguras, todas sus ignominias, como hacecito de acibarada mirra, recogiendo en un solo ¡ay! todos los ayes, todos los suspiros, las fuerzas todas de su cariñosa ternura, el que había tomado por nosotros la semejanza de pecador, esclama con gran voz, pero rodeado de la tranquilidad del justo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* « Padre, en tus manos encomiendo mi alma. »

No debe pasar desapercibido á nuestra meditacion que el Divino Salvador levante mas su voz, clame, grite en la Cruz en dos solas palabras de las siete que para nuestro provecho ha pronunciado. Profiere la cuarta palabra, y la naturaleza toda tiembla cuando Jesus se queja de mortal y agonizante desamparo: hace ahora un esfuerzo extraordinario, y el eco omnipotente de su voz rueda y es percibido en todos los confines del universo. Y ¿qué es esto, alma cristiana, qué es esto? ¡Qué ha de ser! Jesus Nazareno, al cla-

mar en su cuarta y sétima palabra, al darlas una entonacion mas alarmante que á todas las demas, explica perfectamente y espone ante Dios y ante los hombres las dos necesidades, las dos aflicciones mas terribles que padece su alma. ¡Lucha terrible con la naturaleza humana y con todas sus miserias, la que Jesucristo sostiene desamparado de su Padre! ¡Afliccion amarga, amargura amarguísima la que soporta Jesus en medio del abandono de los cielos y de las ingratitudes de la tierra! ¡Necesidad inesplicable de que solo puede dar cuenta á los seres que le rodean, con esa exclamacion majestuosa, con ese clamor que embarga nuestras potencias y estremece nuestros sentidos! Son ademas todas las palabras de Jesus, pero esta en que grita particularísimamente, lecciones de una incalculable importancia; lecciones que, como para el alma, han de quedar escritas con su misma preciosa sangre en el fondo de nuestras almas. Como mártir, la mayor estension de su voz es el quejido que produce el mas agudo, el mas cruel, el mas intenso de sus dolores: como maestro, es la prueba mas

justificada del interes que tiene en que no se desperdicie su sangre, en que no se miren con indiferencia sus sacrificios, y en que el espíritu santificante de su doctrina se destile en nuestro corazon. Pero contraigámonos á la consideracion de su última palabra, y aprovechemos la última luz que arroja de sí este astro en el eclipse de su Pasion, para curar radicalmente la espantosa ceguera de nuestro entendimiento.

II.

Jesus autem iterum clamans voce magna. «Clamando otra vez Jesus con gran voz...» Para esta voz grande que hizo retemblar la tierra en lo mas íntimo de sus cimientos, que penetró en los cielos á preparar el camino y el asiento que el espíritu de Jesucristo había de ocupar al lado de su Padre celestial, y que destruyó los ardides de que Lucifer se contaba seguro para hacer presa de todas las almas, reconocen los escritores religiosos, entre otras, tres causas principales. Jesucristo, corazon cristiano, muere porque

quiere y cuando quiere: ya lo había expresado así cuando contestó al presidente de la Sinagoga: *Non haberes in me ullam potestatem nisi datum esset tibi desupèr.* «Ninguna potestad tendría sobre mí el ángel de las tinieblas si no le hubiese sido dada de lo alto.» Es decir, yo podría haberme hecho invisible ahora y deslizarme de vuestras manos, y por entre vuestras turbas, como cuando intentábais prenderme en el templo; yo podría, al imperio de mi voz, aniquilar vuestra existencia maldita, con la misma facilidad que os anadé y os hice caer en tierra en el momento de mi prision: ahora mismo yo no tendría mas que mandar á los elementos, y los abismos de la tierra os tragarian, el viento os dispersaria de aquí para allá, como á la paja de las eras, ó el fuego voraz que descenderia de los cielos os reduciria á pavesas, como á la impura Pentápolis: innumerables legiones angélicas bajarían ahora de la Jerusalem celeste, y ocultándome entre sus alas me arrebatarían de en medio de mis enemigos, y me prepararían en los aires y en las nubes el solio en que el Hijo del Hombre vendrá á

juzgaros el último día. Jesucristo, pues, manda á la muerte, y la muerte se acerca: *clamans voce magna*, y clamando con gran voz justifica que del mismo modo que la permite acercarse á él, tiene la fuerza y el dominio bastante para impedirselo, si no hubiera amado al hombre como le amaba, ó hubiera sido menos verdad su ministerio. Y el mismo poder que el Nazareno tiene para dejar la vida ó para impedir su muerte, el mismo tiene para volverla á tomar, una vez que la haya dejado. Espirad pronto, generoso Salvador de los hombres; cúmplanse vuestros deseos, y realícese cuanto antes nuestra Redencion; y por esas ansias de morir que tenéis para que nosotros vivamos, os tributamos el homenaje mas puro y respetuoso de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Este segundo y último grito que da Jesus antes de espirar, reconoce por uno de sus motivos principales el sentimiento natural que el alma habia de tener, y efectivamente tenia, al separarse de su cuerpo; aquel cuerpo inmaculado, sacrosanto, perfectísimo que, unido á la Divinidad con vínculos indisolu-

bles, era templo, era tabernáculo de la humanidad divinizada y de la Divinidad humanada: el espíritu de ese Jesus, el alma de ese Cordero que se sacrificaba por exceso de caridad, recordaba la buena compañía que le ha hecho durante treinta y tres años, y sentia: recordaba que habia sido el recipiente y como el surtidor que habia recibido y por el cual habian llegado á todas partes sus virtudes, sus bondades, sus infinitas misericordias, y sentia: recordaba que aquel cuerpo mortificado, cárdeno, desgarrado y exánime habia cumplido siempre, y cumplia admirablemente con su mision de auxiliador y de compañero, en todo lo que la Providencia habia decretado para la salvacion del linaje humano, y sentia: el alma de Jesus iba á salir de sus prisiones, iba á tomar posesion de sus inefables delicias, y desde allí, y al mismo tiempo, á iluminar, á embellecer y á henchir de su gloriosa inmortalidad los lugares donde era esperada, cuando para el cuerpo no habian concluido todavía los dolores, las ingratitudes y las humillaciones: faltaba, sin el alma, al Corazon de Jesus ver-

se rasgado por una lanza para constituirse fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, y puerta franca del paraíso: faltaba á aquel cuerpo sin respiración inclinar la cabeza como pidiendo, también de limosna, el pedazo de tierra donde había de descansar hasta el momento de su victoria sobre el pecado, sobre la muerte, sobre el infierno: faltábale verse embalsamado, envuelto y depositado de caridad en la tenebrosa oscuridad de una sepultura, y el alma, tan buena amiga, tan inseparable compañera, hermana tan agradecida, no podía menos de sentir y expresar su sentimiento con el sonido de una gran voz. *Voce magna.*

Aquí la imaginación penetra, sin poderse contener, en el misterio que encierra la afectuosa y sensible separación del alma y del cuerpo de Jesús; á saber, la diferencia notable y digna de nuestro mayor estudio que habrá, que hay, hablando desde luego con cristiana seguridad, en la separación del cuerpo y del alma del justo, y la del cuerpo y del alma del pecador. ¡Desgarradora situación la del alma impenitente que, al com-

parecer ante el tribunal inexorable, tiene que despedirse del cuerpo, no como quien abandona una morada deliciosa, sino como quien sale de una cárcel inmundada; no como quien se despide de un tabernáculo de la gracia y de la virtud, sino de la casa del demonio y del pecado, y no con la paz y los dulces y patéticos sentimientos del que aguarda una eternidad feliz, sino con las inquietudes, la rabia y los desesperados remordimientos del que presiente cercana su eterna condenación!

Clama, últimamente, Jesús con voz clara, firme y sonora como el conquistador que, habiendo luchado á brazo partido con enemigos de todas clases y condiciones, entona gozoso el cántico de sus victorias; es como la marcha triunfal que los vencedores del pueblo escogido repitieron al ver rendidas en tierra las murallas de Jericó: como el himno de entusiasmo y de gozo que el pastor de la regia estirpe hizo resonar en las alturas, viendo rendido á sus plantas y segada por su propio alfanje la cabeza del filisteo Goliat. Grita Jesús para manifestar que en su muerte está escondida su fortaleza y su victoria:

sea mil veces bendita esa palabra santísima que durante su vida me ha instruido para combatir, y en el último instante de su vida me da inolvidables lecciones para triunfar. ¡Qué bien nos ha trazado Jesucristo la línea de conducta que hemos de seguir en la vida, si apeteceamos clamar con seguridad á los umbrales de la muerte: «Padre, en tus manos encomiendo mi alma!» Para salvarnos, debemos creer; para ser coronados, nuestro deber es pelear; para entregar el espíritu en las manos del Criador, es necesario vencer, como el Nazareno, á todos nuestros adversarios: es preciso subyugar nuestras inflamables pasiones, nuestros vicios asquerosos, nuestros deseos desordenados; es necesario desprender de nosotros las ilusiones de los deleites carnales, y abrazarnos con la realidad de la mortificación; es indispensable que pongamos nuestras almas al abrigo de los combates del infierno, cercándola de los tormentos de Jesús, á la manera que la rosa se ostenta mas lozana y mas segura cuanto mas rodeada la vemos de penetrantes espinas.

III.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. «En tus manos, Padre mio, encomiendo mi alma.» Cada palabra del Salvador, dice un escritor ascético, tiene un particular misterio. Dos veces, estando en la Cruz, se ha dirigido Jesucristo al Eterno invocándole con el dulce, consolador y augusto nombre de Padre, y las dos veces en testimonio de amor y confianza; y es notable, por mas de un católico concepto, que «Padre» le llama cuando da principio á su mortal agonía, y «Padre» le saluda cuando va á terminar su dolorosa existencia. Enlace magnífico de las palabras todas del Salvador del mundo en el patíbulo de la cruz. Llámale «Padre,» para dar á entender el amor que le tiene como hijo: llámale «Padre,» para obligarle, en la primera palabra, á que conceda una cosa que parecia imposible alcanzarse, cual es el perdón para sus enemigos: llámale entonces «Padre,» para que nosotros aprendamos en Él y por Él á amar y á perdonar á

nuestros calumniadores, á nuestros perseguidores, á nuestros enemigos: llámale «Padre,» para que desconfiando de nuestras propias fuerzas en una empresa tan ardua, cual es la de perdonar la injuria que se nos hace, confiemos en que Él nos auxiliará para ahogar nuestros resentimientos y vencer el enemigo de nuestro amor propio. En aquella su primera palabra, que es como el primer quejido de la paloma herida por el cazador, perdona á todos sus enemigos, pero mas especialmente á todos los pecadores, enseñándoles á perdonar, á amar y á confiar que obtendremos el perdón y la misericordia, no solo para nuestros contrarios, sino para nosotros que con nuestras culpas le crucificamos diariamente. En su postrera palabra, que es como el último gemido de la tórtola que va á espirar de dolor, Jesús no solo se interesa por los criminales, sino por los justos y por todas las criaturas. El morir es muy fácil, pero el morir bien es difícilísimo: los peligros que se oponen á la salvación del hombre en la vida presente, son muchos; los que se oponen al tránsito dichoso de su

alma á la vida futura, son innumerables: las fuerzas humanas durante la navegacion en la tierra, aunque escasas, son algunas; las que nos acompañan cuando nos acercamos á esa barra imponente que separa el tiempo de la eternidad, son ningunas; nuestros sentidos están debilitados, nuestras potencias angustiadas, nuestras manos impotentes y desarmadas para encaminar, sostener y fortificar el espíritu: no hay, pues, otras manos en que depositarle con amor, con seguridad, con confianza, que las manos de Dios. *In manus tuas commendo spiritum meum.*

Vergüenza y lástima da considerar que cuando Jesús, nuestro Redentor, nuestro remunerador, nuestro glorificador, se cuida mas de su alma que de su cuerpo, nosotros, que nos llamamos con arrogante presuncion sus hermanos, sus discípulos, sus seguidores, nos cuidamos mas del cuerpo que del alma. Nada ha tenido el Nazareno, y, sin embargo, de todo se despoja en el postrer momento de su vida: Él no encomienda á su Padre ni las riquezas, porque vivió pobre y murió indigente; ni la honra, porque de ella

nunca se cuidó; ni de su divina dignidad, pues que solo le vemos confesarse Hijo de Dios, que llama con necesidad á su Padre. *Pater*. No le encomienda su cuerpo, y eso que tanto valia, sino solo su espíritu, solo su alma, la parte mas principal, la porcion mas noble y mas sublime de la criatura racional; ¡y nosotros, miserables y desgraciados, buscamos con ambicion riquezas para nuestra lúbrica comodidad; con orgullo, fama para nuestro nombre; con intemperancia, regalos para nuestro cuerpo; y una vez atesorado, procuramos retenerlo, conservarlo á todo trance, encomendándolo á quien, deslizándose el tiempo, no ha de acordarse siquiera ni de nuestro cuerpo, ni de nuestra fama, ni de nuestro nombre, ni de nuestra alma! ¡Pobrecita alma que tanto dolor, tanto martirio, tanta agonía ha costado á Jesus, y tan mal sabe aprovecharse de ello! Esto es lo que nos reprende, esto es lo que nos enseña el Crucificado en su última palabra, que por ser la última leccion, es tambien la mas importante. Él se coloca como vencedor sobre todas las vanidades terrenas; Él

deja sola su alma rodeada de sus obras, y porque sus manos están clavadas, de entre los labios la hace exhalar hasta las manos de su Padre. *In manus tuas*, porque así va segura de las asechanzas, de las redes, de las maquinaciones poderosas del enemigo: y cuando Jesus esto nos enseña, ¿dejaremos nosotros de aprenderlo? Alma mia, diremos á la nuestra: desnúdate de la vestidura andrajosa y carcomida de la humanidad y de todas sus consecuencias, y vuela, á semejanza del espíritu de Jesus, á consolarte y colocarte en las manos del mismo Jesus, que es donde puedes encontrar el puerto y la alegría suspirada. Salvador Santísimo que, encomendando vuestra alma, nos habeis enseñado á encomendar y dirigir la nuestra, recibidla, aceptadla, y no á la hora de la muerte, sino ahora mismo, que puede ser el último momento de nuestra vida, y recogedla como salió de las manos de quien la formó, desnuda de pasiones, de quimeras, de afectos terrenos, henchida únicamente de vos, y oid que siguiendo vuestras huellas clamamos con amor y con confianza: *Pa-*

ter, in manus tuas commendo spiritum meum.

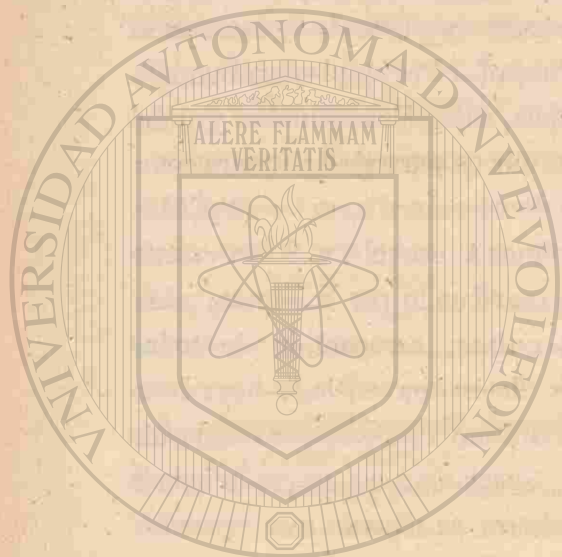
¡Padre! *Pater*, le ha llamado segunda vez; y al confiarle su causa y al recomendarle su alma, no hace otra cosa que confiarle la causa, ya sustanciada, de todos los hombres, y recomendarle las almas, ya redimidas, de todos los hijos de un padre prevaricador. Habla con los pecadores que por la culpa no forman parte de su espíritu bienaventurado; habla con los justos que son su alma y su vida, porque vive amándolos, y porque los ama viviendo en ellos. Al encomendar su alma á Dios, no hace otra cosa que encomendar las de los verdaderos fieles, como miembro de que Él es cabeza, como hijos de que Él es padre, como descendencia y familia de que Él es progenitor: hace que nuestro destino dependa de su destino; pide que nosotros nunca nos separemos de Él, como Él jamás se separa de Dios; nos hace espíritu suyo y vida suya, y ruega al Eterno Padre que se haga con nuestras almas lo que en estos momentos se hace con su alma. Hace mas el amabilísimo Redentor; levanta aquella escomunion que pesaba sobre las almas

santas depositadas en la profunda noche del limbo; y aquellas almas, y nuestras almas, y todas las almas tienen abierto, franco y espedito el camino de la eternidad; las que abandonen el cuerpo purificadas por la penitencia y los sacrificios del amor, hallarán practicable la misma senda, tocarán el mismo término, descansarán en la misma morada que el alma de Jesucristo, en los brazos de un Dios. Por esta recomendacion del alma de Jesus, nuestras almas pertenecen ya á su Padre, tienen el privilegio de dirigirse sin peligro al seno de la Divinidad, á cuyo patrocinio están encomendadas por el héroe que va á espirar sobre la Cruz. En esta última palabra vemos en Jesucristo desangrado y desfalleciente la imágen de una madre toda deseos, toda ternura y toda corazon, que enseña á su hijo pequeñuelo el modo de suplicar á su padre en los momentos de su mayor dolor; nos ha instruido en el lenguaje de que podemos valernos en nuestra última hora, y nos ha trasmitido la misma plegaria con que debemos encomendarle nuestras almas en el paso postrero de nuestra carrera mortal. «Pa-

dre, en tus manos encomiendo mi alma.»

Dice tambien esta última palabra de Jesucristo, que de la misma manera que Dios es nuestro primer principio, así debe ser tambien nuestro primero y último fin; que si en esta vida le servimos, en la otra le poseeremos; que el soplo divino que anima nuestra existencia debe volver á recibirlo, y que obligados estamos á ser de Dios y para Dios durante la vida y despues de la muerte. ¿Y nos haremos dueños en nuestra agonía de esa suprema felicidad, ó encomendaremos nuestras almas al demonio, de quien hayan sido fidelísimas compañeras? No es posible, Jesus agonizante, no es posible que asalten estos temores á los que, purificados y contritos y consternados, os saludamos por última vez, os damos nuestra ternísima despedida y os ofrecemos nuestro corazon purificado en las aras de vuestra santa Cruz. Descansad en paz, Jesus inocentísimo, que llevais treinta y tres años padeciendo por las criaturas criminales; descansad, Jesus generosísimo, que arrancándonos un corazon erizado de abrojos, nos habeis legado en cambio vues-

tro espléndido, dulcísimo, desamparado y sediento Corazon. Vuele vuestra alma santísima á los brazos del Eterno Padre, y sea la nuestra lecho dignamente preparado donde recosteis vuestra martirizada y sacrosanta cabeza. Descansad... Pero ¡ay! suma Bondad, suma Paciencia, suma Mansedumbre y suma Caridad, ¿por qué os separais de nuestra compañía? ¿Cuándo os volveremos á ver? ¿Cuándo os volveremos á escuchar...? Sea cuanto antes, Jesus moribundo por mi amor; pesoso de mis culpas, arrepentido de todas ellas, espero, deseo con ansia la hora de la muerte para unirme con vos, para saciarme de vos, y para esclamar, segun me lo habeis enseñado: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* «¡Padre, en tus manos encomiendo mi alma!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO SÉTIMO.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Era nona, y el mundo se abismaba.
Al parecer el orbe concluía,
Y tempestuoso el aquilon bramaba,
Y el cierzo abrasador le interrumpía.
Terrible convulsion se suscitaba
Que los profundos senos conmovía,
Y furibundos, como el mar bravíos,
Rompen sus diques los soberbios ríos.

Lejos, muy á lo lejos, y espantada
Y fugaz y cobarde y aterida,
Huye la muchedumbre amenazada,
De tanto escollo á investigar salida.
La progenie de Adan ya está salvada:
La raza de Israel, la deicida
Corre ya sin saber por do ni á dónde,
Más á la vista cuanto mas se esconde.

Todo es tropel ; inmensas oleadas
De gente sin destino, van y vienen,

Y de pavor estúpido acosadas,
Pensando correr mas, mas se detienen.
Unos sus manos ven ensangrentadas,
Y en blasfemar de horror no se contienen;
Otros, por el delito desgarrados,
Se arrancan los cabellos erizados.

—
¿En dónde estamos? Los crispantes ojos
Su luz perdieron de mirar cansados;
Los judíos postráronse de hinojos
Á maldecir no mas desesperados.
Postráronse por no ver los despojos
De Jesus en la Cruz descuartizados,
Y donde quiera que la faz rindieron,
Con la sangre del Justo la tiñeron.

—
Sí; solo sangre por doquier palpaban,
Y acosados de sed sangre bebían;
Sus frentes de coraje se abrasaban,
Sus labios de furor enmudecían...
Y con sangre las sienas refrescaban,
Y los labios con sangre humedecían,
Y en la sangre de Dios vieron impuras
Empaparse también sus vestiduras.

—
Eran las tres. Espanto del infierno
Espiraban sin tregua las tres horas.
Ya no hay perdon; las furias del averno
Sacuden como sierpes silbadoras,
Del patíbulo en torno del Eterno,
Sus crines, sin cesar, aterradoras.
Satanás y sus cómplices oyeron

El grito de venganza, y acudieron.

—
Entre tanto en la Cruz, hostia inocente
Entre las sombras con afán respira;
El corazón acongojado siente,
Se esfuerza el pecho, al esforzar suspira;
Mueve dudosa la angustiada frente;
La cansada pupila ya no mira,
Y con sonidos que de espanto llenan
Los huesos crujen y los nervios sueñan.

—
Solo una voz, la voz de la ternura
Ha de oírse en el Gólgota escabroso,
Y el hijo que fallece en la amargura
Ha de volverse al Padre cariñoso:
"Espiro, le dirá, víctima pura
En medio del dolor mas horroroso;
Muero, Señor, porque infalible eres,
Porque es tu voluntad y así lo quieres."

—
Y en la Cruz por las ansias impulsado
Su cadáver de nuevo estremeciendo
Al duro soplo de la muerte helado,
Y la base del monte conmoviendo,
"PADRE, esclama anhelante y fatigado:
EN TUS MANOS MI ESPÍRITU ENCOMIENDO..."
Y satisfecha la tremenda ira,
Baja la frente, el Redentor ESPIRA...

—
"¡Ó perece la máquina del mundo,
Ó perece su Autor!" esclama un sabio:
Y es así. Porque, henchido de odio inmundo,

Consuma un pueblo el inaudito agravio,
Para los corazones sin segundo,
Y también sin segundo para el labio.
Siente la tierra con extraño modo,
Y se encapota el firmamento todo.

Es de día, y el sol ya se ha nublado;
Es de noche, y la luna se ha escondido;
Sus nieblas el abismo ha desplegado;
La luz sus atributos ha perdido;
El rayo por la atmósfera ha cruzado;
Los truenos su fragor han repetido,
Y el relámpago audaz brilla y chispea
Cual llama azul de sulfurosa tea.

Aquí y allí se mueven oscilantes
Como manchas de sangre las estrellas...
Con blanca mano cubren sus semblantes
Los niños; y las tímidas doncellas
Pálidas van, sumisas y temblantes,
Más llenas de dolor cuanto más bellas.
Los justos, que abominan de tal hecho,
Con golpe atronador hieren su pecho.

"¡Era el Hijo de Dios!" Con desconsuelo
Allí presente el Centurion clamaba,
Cuando del templo el recamado velo
Súbito de alto á bajo se rasgaba.
Ruina fatal amenazaba el suelo...
La recóndita peña rechinaba,
Y al luchar de encontrados elementos,
Desplómense edificios y cimientos.

"¡Qué sucede, Israel!"—Tumbas selladas,
Que en los senos ocultas estuvieron,
Sus lápidas arrojan cinceladas,
Y los helados féretros se abrieron.
Entonces, como sombras espantadas,
Esqueletos impávidos salieron,
Y confusos y atónitos quedaron
Cuando el cadáver de Jesús miraron.

¡Ha muerto el Redentor! y esto diciendo
Insolente la chusma se aplaudía:
"¡Nazareno, gritaba maldiciendo,
Sálvate ya de la venganza mía...!"
Cundió el terror, se dilató el estruendo,
Y voces de lejana gritería,
Y silbidos selváticos se escuchan,
Cuando las piedras con las piedras luchan.

Todo siente. Tenaces paroxismos
Del hombre los sentidos embargaron;
Y de quicio saliendo los abismos,
Sus cráteres al mundo vomitaron.
Arráncanse los montes por sí mismos;
Y los copudos árboles doblaron,
Á impulsos del quebranto, la cabeza,
Porque huérfana está naturaleza.

¡Ingrata! ¡Dónde vas? Los anchos mares
Encrespados sus límites rompieron
É inundan tus llanuras, tus pinares;
Tus casas, tus alcázares hundieron.
Llora, y nunca recuerdes tus cantares,

Porque tus hijos de dolor murieron.
Llora, Israel; aunque tu gente viva
¡Ay! ya mañana se verá cautiva.

—
Venid, hombres, venid. ¿Dónde os encuentro
Vagando errantes, sin hallar camino...?
Venid conmigo del Calvario al centro;
Yo voy también allá, soy peregrino.
Apresuraos: cuando estemos dentro
Las páginas leereis de otro destino,
Que el mas puro, mansísimo Cordero,
Os escribió con sangre en un madero.

—
Páginas de oro que su gloria ensalzan,
Que su virtud omnímota acrecientan,
Y donde mas sus méritos realzan,
Cuanto mas sus congojas le atormentan.
Páginas de justicia donde se alzan,
Y manantial de amor donde se aumentan.
Misericordia y poderío eterno...
¡Pese á las potestades del infierno!

—
Ave, sagrada Cruz, yo te saludo;
Desdoro y mengua de la raza impía,
Queda el gentil en tu presencia mudo;
Tiembla el pagano, ruge la herejía.
El cristiano te escoge por escudo;
El desvalido en tu favor confía,
Y eres, por un decreto soberano,
Gloriosa enseña del linaje humano.

—
Lábaro salvador, en la campaña

Triunfarán á tu nombre los guerreros,
Hazaña acometiendo tras hazaña.
Contigo vencerán los marineros
Acosados del mar; y en zona estraña,
Humildes, agobiados misioneros,
Ofrecerán su vida por tu nombre,
Lecciones dando de constancia al hombre.

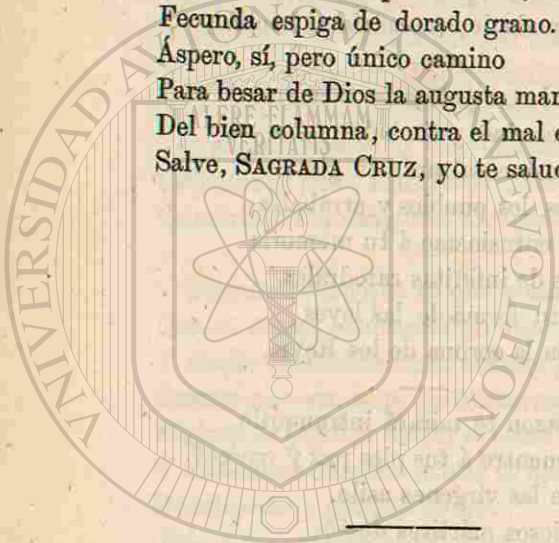
—
Del uno al otro polo esta victoria
Publicarán clarines y timbales;
Y sin descanso ensalzarán tu gloria
Las naciones, los pueblos y arrabales,
Dando mas entusiasmo á tu memoria
Los bronces de infinitas catedrales.
Signo será tu forma de las leyes,
Y adorno en la corona de los Reyes.

—
¿Qué corazón te mirará intranquilo,
Que no encuentre á tus pies paz y recreo?
Tú serás de las vírgenes asilo,
De los ansiosos mártires deseo;
Gala del penitente que tranquilo
Cifra en llevarte su mejor trofeo...
Y de tanta virtud en testimonio
Á tu sola señal huirá el demonio.

—
Mágica Cruz, elévate en buen hora
En murallas y torres altaneras,
Impertérrita, firme defensora
De ejércitos, de gentes y banderas.
Álzate y vence. Se acercó la hora;
Triunfaron las doctrinas verdaderas,

Y hoy eres, si patíbulo algun día,
Árbol de bendicion y de alegría.

Árbol cuyo ramaje peregrino
En otro tiempo pareció inhumano;
Viña sabrosa de esquisito vino,
Fecunda espiga de dorado grano.
Áspero, sí, pero único camino
Para besar de Dios la augusta mano...
Del bien columna, contra el mal escudo.
Salve, SAGRADA CRUZ, yo te saludo.



JACULATORIA.

¡Vos, que no lo necesitais, enamorado Nazareno, entregando vuestro espíritu en las manos del Padre Eterno! ¡Y yo que por mis delitos estoy siempre esclavo de Satanás, olvido la gloria que me producirá depositar mi alma en vuestras manos! No mas pecar; vuestra es mi alma, la pongo en ellas purificada con vuestra sangre en las aguas de la penitencia; recibidla, santificadla, y no la abandonéis.

Ÿ. Me has dado, Señor, la vida y la misericordia.

R. Y tu visita ha custodiado mi espíritu.
(JOB, cap. X, vers. 12.)

ORACION.

Moribundo Cordero sin mancilla, inmolado en el ara de la Cruz, cuya vista se eclipsa por mi culpable ceguedad; cuya cabeza se rinde por mi empedernida obstinacion; cuyo aliento se agota por mi indiferencia y falta de oracion, y cuya vida concluye entre agonías, congojas y sufrimientos, solamente para que yo no padezca ni en esta vida ni en la otra; concededme que obtenga copiosísimo fruto y abundantes resultados del sangriento espectáculo de vuestro sacrificio, de la

meditacion de vuestra edificante agonía, y de la consideracion y repeticion frecuente de vuestras SIETE PALABRAS, para que, escritas con vuestra sangre preciosísima en lo íntimo de mi pecho, no solo no las olvide un solo instante, sino que me utilice de su doctrina, aprendiendo cuanto en ella me enseñais; y concedédmelo por el dolor que martirizó el espíritu sin mancha de María Santísima, sola, cuando advirtió la profunda inclinacion de vuestra sagrada cabeza al espirar; para que, depositando, Señor, mi corazon, mi vida y mi alma en vuestras manos y en sus manos durante mi existencia, goce en el postrer instante de ella la incomparable y deseada ventura de exalar en las mismas mi último aliento, y escuchar de vuestros labios misericordiosos aquella sentencia feliz que me asegure el goce de la recompensa que está prometida á los que os siguen, os sirven y os aman, por toda una eternidad. Así sea.

CONCLUSION.

Jerusalen destruida.

Posui enim faciem meam super civitatem hanc in malum et non in bonum: in manu regis Babylo- nis dabitur, et exuret eam igni.

(JEREM., cap. XXI, v. 10.)

Poco tiempo no mas pasado habia
Desde el drama horroroso del Calvario,
Y en su cúspide un hombre se veia
De aspecto duro, rostro sanguinario,
Que sus brazos cruzaba ó estendia,
Ó tornaba á elevarse temerario,
Siempre buscando, y sin hallar apenas
Mas que vergüenza, y confusion y penas.

“¡Qué causa pudo haber, así clamaba,
Para que una ciudad tan deliciosa,
Que en gente y en riqueza superaba
Del mundo á la ciudad mas poderosa;
Y que ayer arrogante sujetaba
Provincias mil á su coyunda odiosa,

meditacion de vuestra edificante agonía, y de la consideracion y repeticion frecuente de vuestras SIETE PALABRAS, para que, escritas con vuestra sangre preciosísima en lo íntimo de mi pecho, no solo no las olvide un solo instante, sino que me utilice de su doctrina, aprendiendo cuanto en ella me enseñais; y concedédmelo por el dolor que martirizó el espíritu sin mancha de María Santísima, sola, cuando advirtió la profunda inclinacion de vuestra sagrada cabeza al espirar; para que, depositando, Señor, mi corazon, mi vida y mi alma en vuestras manos y en sus manos durante mi existencia, goce en el postrer instante de ella la incomparable y deseada ventura de exalar en las mismas mi último aliento, y escuchar de vuestros labios misericordiosos aquella sentencia feliz que me asegure el goce de la recompensa que está prometida á los que os siguen, os sirven y os aman, por toda una eternidad. Así sea.

CONCLUSION.

Jerusalen destruida.

Posui enim faciem meam super civitatem hanc in malum et non in bonum: in manu regis Babylo- nis dabitur, et exuret eam igni.

(JEREM., cap. XXI, v. 10.)

Poco tiempo no mas pasado habia
Desde el drama horroroso del Calvario,
Y en su cúspide un hombre se veia
De aspecto duro, rostro sanguinario,
Que sus brazos cruzaba ó estendia,
Ó tornaba á elevarse temerario,
Siempre buscando, y sin hallar apenas
Mas que vergüenza, y confusion y penas.

“¡Qué causa pudo haber, así clamaba,
Para que una ciudad tan deliciosa,
Que en gente y en riqueza superaba
Del mundo á la ciudad mas poderosa;
Y que ayer arrogante sujetaba
Provincias mil á su coyunda odiosa,

Sola esté, sin pontífice, ni leyes,
Magistrados, altar, templo ni reyes!

«Suspira horriblemente por el día,
De noche sin consuelo también llora,
Y su mejilla lánguida, sombría,
Horada el llanto y el pesar colora.
El que antes te halagaba y sonreía,
Pobre ciudad, te desampara ahora...
Y los que se dijeron tus amigos
Insultan tu dolor, son enemigos.

«Dispersose tu inmensa muchedumbre;
Cobardes tus nacidos te dejaron,
Y temiendo la negra servidumbre,
Por el mundo también se desbandaron.
Impulsados de horror, de incertidumbre,
Sustento y paz y salvación buscaron;
Pero faltos de norte y esperanza,
Nunca el consuelo á su dolor alcanza.

«Tus caminos, Sion, están desiertos;
No hay ya dentro de ti solemnidades;
Lloras en soledad tus desiertos;
Desgarran tus entrañas tus maldades.
Niños cautivos, sacerdotes muertos,
Yertas tu juventud y vanidades;
Y sin sueños de amor, desaliñadas,
Suspiran tus doncellas deshonoradas.

«¡Tus príncipes! Tus príncipes durmieron;
En culpable molicie se abismaron,

Y cuando el eco salvador oyeron
Del clarín celestial, no despertaron.
Sus redes otros príncipes tendieron,
Y las incautas huestes apresaron,
Que van tras de sus dueños altaneros
Cual manadas humildes de carneros.

«Tú, cualquiera que fueres, caminante,
Curioso viador ó peregrino,
Que á la ciudad de Dios vas arrogante
Por medio ó á la par de su camino;
Detente á meditar cómo un instante
Cambió en desgracia su feliz destino,
Y di si tiene mi dolor profundo
Dolor que le asemeje en todo el mundo.

«¡Tu templo! ¡Aquel tu templo decantado
De pódido, de bronce, plata y oro,
Por manos tan sublimes fabricado,
Tan lleno de esplendor y de decoro,
Dentro de cuyas naves se ha guardado
La ley de Dios como inmortal tesoro...!
¿Cómo es que se han hundido sus dinteles
Y ahumado sus brillantes capiteles?

«¿Dónde están tus soberbios ciudadanos
Vestidos de brocado y pedrería,
Los anillos brillantes de sus manos,
El rico carmesí que los cubría,
Los corceles indómitos, galanos,
La espada que luchaba y que vencía...?
¡Ay! cual frágil vasija de alfarero

Los destrozó el rigor de otro heredero.

«Sí, Sion; melancólicas señales
Quedan de tu poder y tu arrogancia...;
Dentro de ti no hay pechos maternales
Que nutran cariñosos á la infancia.
No hay manos compasivas, paternales,
Que repartan el pan con abundancia...
Todos, de andrajos míseros cubiertos,
En medio de las calles caen muertos.

«Los que en púrpura un día se criaron,
Y manjares dulcísimos comieron,
Á su placer por su placer pecaron,
Y desde el solio al cenagal cayeron.
En el lodo su frente revolcaron,
Con estiércol sus hambres extinguieron,
¡Ay! tristes, eligiendo para hogares
Cuadras, caballerizas, muladares.

«¿Dó están tus escogidos nazarenos,
Que á la nieve escedían en blancura,
Con sus mejillas de carmin, serenos,
Con sus ojos de célica hermosura?
Tal de consternación hoy se ven llenos,
Tal se borró su mágica apostura,
Que, vecinos ocultos de los valles,
No los conoce quien los ve en las calles.

«Noche tras noche, aurora tras aurora,
Pobre Jerusalem sus cuitas dice,
Y en el silencio su pesar devora,

Y su existencia en el pesar maldice.
Jerusalen altiva, humilde ahora,
Entonces libertina, hoy infelice,
Aun mas que tú, Sodoma afortunada,
Si destruida fue, no fue sitiada.

«Mejor, mucho mejor librar pudieron
Los que, en un solo instante degollados,
Á la segur contraria sucumbieron.
Los que, ciegos, vendidos, maniatados,
Tras del innoble vencedor siguieron,
Se ven hoy con vergüenza condenados
Á sufrir, maldiciendo noche y día,
Hambre, tribulación y carestía.

«¡Miserables que tímidos corrian
De las plazas huyendo á los desiertos,
Y temblando, sus ropas recogían
Por no tocar la sangre de los muertos...!
Pero en vano; los ámbitos veían
De sangre y de cadáveres cubiertos,
Y los unos con otros se chocaban,
Y al querer alejar, mas se acercaban.

«Y si algunos, no mas afortunados,
Salvarnos pretendiéramos, huidos,
Anduvimos por breñas dispersados,
Y en oscuras cavernas escondidos.
Pero ¡ay! que sin cesar nos han buscado
Como busca el huron; nos han prendido...
¡Ah! pocos son los que intrépidos corrieron,
Y los mas en las cárceles murieron.

„¡Pereciéramos todos sin bonanza,
Comiéndonos voraces como fieras,
Antes que sucumbir á la venganza
De carnívoras huestes extranjeras!
¡Maldita, patria mia, tu esperanza!
¡Malditos tus ensueños, tus quimeras!
¡Plegue al cielo enmudezca el que te llore,
Y el que piedad para tu pueblo implore!“

Esto dijo, y calló el israelita
Sobre el pecho inclinando la cabeza;
Y por el llano el huracan le agita
Y mueve sus cabellos con presteza.
Esto dijo, y de paso que medita
Sumido en un abismo de tristeza,
Dos lágrimas abrasan su mejilla,
Al doblar en el monte la rodilla.

Pero ¡ay! ¿Qué son dos lágrimas, judío,
Para el que aguarda inagotable llanto?
Mañana cada lágrima en un río
Convertirá tu sin igual quebranto;
Mañana, sí, tu corazón ya frío
Y tus ojos hundidos, con espanto
Serán á impulsos de dolor interno,
De eterno mal el surtidor eterno.

„¡Mañana...! murmuró: *Tal vez... mañana.*
Y el viento repitiéndolo seguía,
Y en las playas estériles, lejana
De *mañana* la queja se perdía.
Súbite con presteza sobrehumana

Saltó una sombra de la tumba fría,
Y, alzándose en los aires con mesura,
Quien sombra fuera se tornó figura.

Quiso el judío levantar del suelo,
Y de nuevo cayó; quedó azorado;
¡Terrible es la vision, pero es del cielo!
„¿Quién eres? preguntó... ¡Tiembra, malvado!“
Le respondió una voz;—y entonces el velo
Del confuso misterio ya rasgado,
Ve el criminal con avidéz inquieta
Que la sombra enlutada es un profeta.

„¿Quién soy, me preguntaste...? ¡Deícida!
Óyelo por tu mal, oye un momento:
En medio de tus gentes tuve vida;
De esa que lloras respiraba el viento
Ciudad hoy desolada y derruida;
En ella hasta morir tuve mi asiento,
Y sin cesar en ella predicaba,
Que, sorda á mi clamor, nunca escuchaba.

„En nombre de tu Dios conjuré, en vano,
Deteniendo el rigor de su justicia;
Ensalcé los favores de su mano;
Condené tu soberbia y tu malicia;
Presa del torcedor mas inhumano
Me querellé del pueblo y su injusticia.
Predicábale yo, y él no me oía;
Le llamaba su Dios, y él no atendía.

„Bien cual hijo que indócil ofendiera

Á su padre, y temiéndole enemigo,
 Descaminado y por doquier huyera
 La amenaza escuchando del castigo,
 Así Jerusalem conmigo hiciera;
 Padre fuí yo, Jerusalem, contigo,
 Que cuando huiste mas, mas te llamaba,
 Y al festin de tu Dios te convidaba.

«Y ya tu Dios de tu maldad cansado,
 Que inexorable juzga, y que amenaza,
 Me hizo partir del uno al otro lado,
 De lugar en lugar, de plaza en plaza,
 Para decirte que su pecho airado
 Medita el estermio de tu raza...
 Lo que lloras, judío, en este día
 Es lo mismo que entonces predecia.

«Pecásteis las mujeres y los viejos,
 Y los niños tambien pecado habian;
 Despreciásteis plegarias y consejos
 Que dique solo al crimen oponian;
 Y trajo Dios una nacion de lejos,
 Cuyo idioma los tuyos no entendian,
 Y con arco y aljaba sus valientes
 Abrieron el sepulcro de tus gentes:

«Y cercenó tus años y tus meses,
 Y te dejó sin pan, sin agua pura;
 Devoró tus rebaños y las reses,
 Hambrienta siempre sin hallar hartura.
 Las higueras tronchó, taló las mieses,
 Tus viñas ingertó con amargura,

Destruyendo en el bote de su lanza
 Las ciudades que fueron tu esperanza.

«Jerusalem, tu término ha llegado,
 Habló el Señor, y decretó tu ruina;
 Que muera, dijo, el niño infortunado,
 Tu juventud perezca peregrina.
 Preso el marido, á la mujer atado
 Vayan como la rosa con la espina.
 Allane tu morada el pasajero
 Y tu mujer profane el extranjero.

«Y estraños moradores que vinieron,
 Los huesos de tus Reyes exhumaron;
 Los huesos de tus príncipes rompieron;
 Los de tus sacerdotes rebuscaron;
 De profetas ancianos que murieron
 Los huesos, sin rubor, desenterraron.
 ¡Ay! Cambiara Jehová tus embelesos
 En cenizas, cadáveres y huesos.

«Antes los de tu réprobo linaje
 La muerte al ostracismo prefirieron,
 Y rasgaron sus vestes de coraje,
 Y en yermos valladares perecieron,
 Que rendir afrentoso vasallaje
 Á los que tus murallas invadieron...
 Ya la ciudad, de antiguo respetada,
 Hoy es ludibrio y confusion y nada.

„Nada, sí; que prendisteis al Ungido
Del Señor, y escupido y arrastrado,
Al Monte del dolor le habeis traído,
Y en la cima le habeis crucificado.
Recuerda cuántas veces le has herido;
Tú fuiste quien el rostro le has pisado,
Pedias tú como leon rugiente,
La sangre que cayó sobre tu frente.

„El crimen va contigo á todas partes;
Ese crimen que ayer te sonreía,
De tu patria los recios baluartes
Los andenes y almenas destruíra,
Rasgando tus pendones y estandartes.
Clamó Jesus *ayer*; nadie le oía.
¡Tiembra...! Que su justicia soberana
El golpe vengador dará... *mañana*.”

¡Mañana...! Y el pronóstico cesando,
Volvió á hundirse, la tierra conmoviendo;
Y el judío otra vez quedó llorando
Presa infeliz de un vértigo tremendo.
„¡Piedad...!” gritó, sus fuerzas agotando...
„¡Perdon...!” clamó, los brazos estendiendo...
Y repitió en terribles agonías:
„*Siempre, siempre*” la voz de Jeremías.

Una niebla espesísima se alzaba;
Fétido hedor do quiera se estendía,

Y el criminal, por resistir, luchaba,
Y una mano invisible le impelia.
Un momento despues ya se alejaba
Diciendo: „¡Cuál será la suerte mia...!”
Y los ojos del vate le siguieron,
Hasta que al fin sus formas se perdieron.

Los ángeles que asisten al sacrificio del
Calvario han prorumpido en amarguísimo
llanto; la edificante sumision de la víctima
indica que la justicia de Dios se adelanta; la
cruz tiembla, el cuerpo de Jesus se anega en
un sudor copiosísimo, su frente se cubre de
una lividez mortal, sus ojos se apagan, pero
antes déjase caer de ellos la última lágrima.
¡Ah! la última lágrima de Jesus es como la
primera perla del rocío de la gracia que
llueve sobre nosotros; exhala un profundo
suspiro de caridad, é... *Inclinato capite*... Je-
sus, Jesus, Jesus, ¡no hay palpitation! ¡no
hay sangre! ¡no hay respiracion! *Emissit spi-
ritum*. Es un cadáver... ¡espiró! ¿Qué impor-
ta, pues, si Jesucristo ha espirado, qué im-
porta, alma mia, que el cielo se oscurezca,
que el sol se eclipse, que la luna cambie de
color y se pongan ensangrentadas las estre-

llas? ¿Qué hace al melancólico sentimiento que desgarrá mi corazón, que silben los mares, que zumben los vientos, que se conmuevan las montañas, que se tronchen los árboles, que choquen las piedras unas con otras, que salten las lápidas de los sepulcros y que resuciten los muertos? ¿Á qué conduce en la tristísima orfandad á que me encuentro reducido, que el velo del templo se rasgue de arriba á abajo, que los judíos, condenados á eterna y errante peregrinación, huyan del Calvario buscando su guarida entre las fieras de los desiertos, ni que los soldados gentiles, en presencia del universal trastorno de la naturaleza, golpeen sus pechos, inclinen su rodilla, depongan sus armas y confiesen al Nazareno como verdadero Hijo de Dios? *Emissit spiritum.* Si Jesús ha espirado, ¿qué importa...?

Importa, lector cristiano; todos esos prodigios tienen una íntima relación con la muerte del Salvador; son la consecuencia precisa y el testimonio irrefragable de ella; no son fenómenos de la naturaleza, sino milagros obrados por la omnipotencia del Pa-

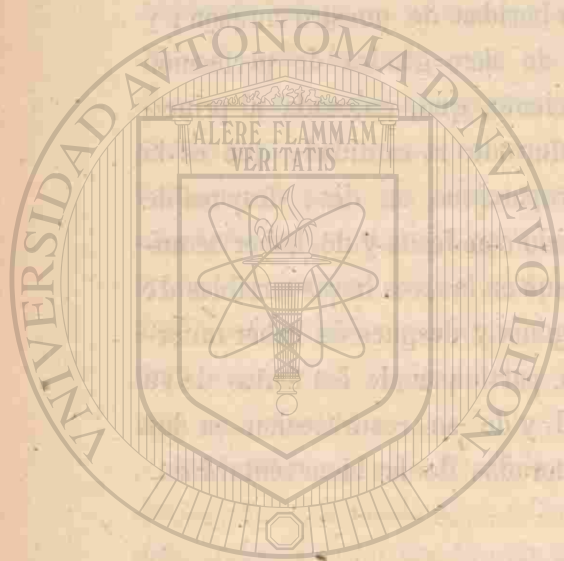
dre, para que en Jesús de Nazareth, muerto en un cadalso ignominioso, reconozca la creación toda al verdadero Hijo de Dios, al Arbitro del universo y al Redentor del mundo. Este trastorno de la naturaleza insensible que parece lucha por retroceder á su primitiva nada, es una explosión unánime del dolor que experimentan las criaturas al ver espirar á su Criador; de esa manera responden los cielos y la tierra á las cobardes imprecaciones, á las escandalosas blasfemias que los judíos dirigieron á Jesús, estando en la cruz.

Esa naturaleza temblando, esa naturaleza sintiendo, esa naturaleza llorando, dice mucho, muchísimo para nosotros: dice que el pecador, cuando ofende á Dios, le crucifica, puesto que le conoce, de una manera mas horrorosa que los verdugos de la Sinagoga: dice que el pecador que reincide aplica á los labios de la Divinidad humanada un licor mil veces mas emponzoñado que el que exánime Jesucristo acaba de gustar en el Calvario: dice que cuando el pecador se obstina en su impenitencia, Dios le abando-

nará, y aun cuando le busque, no le encontrará, le sorprenderá la muerte en su pecado, y la sangre vertida para su rescate solo aprovechará para su condenacion. Ese movimiento informe y desigual, pero simultáneo, de todos los seres, ese aniquilamiento de lo antiguo, todo eso que sucede, que se siente y que no se puede explicar, es una llamada, no al pueblo judío, sino al pueblo cristiano, que, reuniéndose al pie de la Cruz, un año y otro año, un día y otro día, manifiesta ansias vehementísimas de meditar para su provecho espiritual las SIETE PALABRAS de Jesucristo.

Sea, pues, ya que su divina misericordia me lo ha permitido así y te lo ha permitido, lector amado; sea la vida de Jesus el modelo de nuestra vida; su Pasion y sus tormentos la escuela de nuestra mortificacion; su muerte, preciosa como ninguna, la sublime cátedra donde aprendamos á morir; y sus SIETE PALABRAS sean una cadena de siete eslabones para aproximarnos á Jesucristo; siete surtidores abundantísimos donde nosotros bebamos en el cansancio de la vida las

aguas de la misericordia; siete planetas celestiales que iluminen y esclarezcan nuestros sentidos y potencias; siete gotas de bálsamo que laven, curen y cicatricen las fétidas y repugnantes heridas de nuestro corazon; y una escala de siete grados de perfeccion siempre creciente, que, colocada al principio del camino de la santidad, que es la Cruz, nos proporcione un día, despues de haber padecido con Jesus y de haber acompañado á Jesus en las tres horas terribles de su mortal agonía y despues de haber muerto con Jesus, participar de los frutos de su inmortalidad y de su resurreccion en las deliciosas moradas de la bienaventuranza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

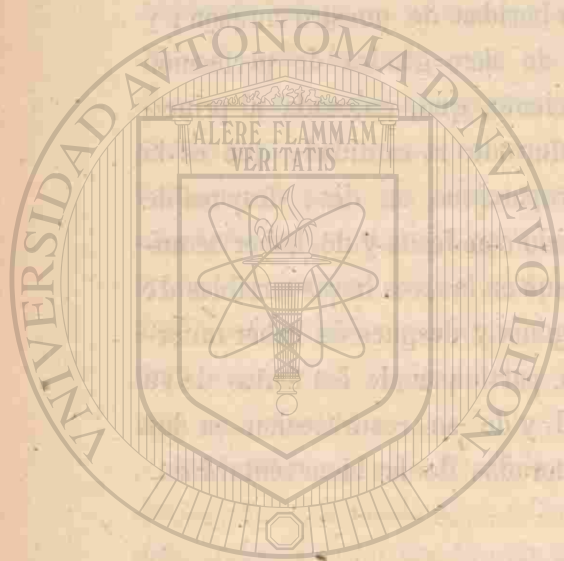
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLEGARIA Á LA VIRGEN.

*Levavi oculos meos in montem unde
veniet auxilium mihi.*

(DAVID, salm. 121, v. 1.)

Virgen Santísima, inmaculada siempre y ahora sola: he alzado mis ojos á la montaña santa de donde ha de descender todo consuelo á mi corazón; montaña antes estéril y maldita, hoy pingüe, empapada y fecunda con la sangre que nos redime; montaña santificada y bendecida con el susurro de vuestros ayes y el contacto de vuestras plantas; montaña que siendo puerto bonancible hácia el cual nos dirigimos los que tememos naufragar en este valle de dolor, nos deja ver desde muy lejos el faro resplandeciente de la Cruz, de que pende ya cadáver vuestro dulcísimo Hijo. Sus enemigos, cobardes como lo es siempre la iniquidad, huyen, y parece que no pueden con la inquietud de sus remordimientos y con el peso de su maldición: los discípulos de Jesús temieron y os abandonaron: yo, Señora, sin embargo, que soy mas imperfecto que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLEGARIA Á LA VIRGEN.

*Levavi oculos meos in montem unde
veniet auxilium mihi.*

(DAVID, salm. 121, v. 1.)

Virgen Santísima, inmaculada siempre y ahora sola: he alzado mis ojos á la montaña santa de donde ha de descender todo consuelo á mi corazón; montaña antes estéril y maldita, hoy pingüe, empapada y fecunda con la sangre que nos redime; montaña santificada y bendecida con el susurro de vuestros ayes y el contacto de vuestras plantas; montaña que siendo puerto bonancible hácia el cual nos dirigimos los que tememos naufragar en este valle de dolor, nos deja ver desde muy lejos el faro resplandeciente de la Cruz, de que pende ya cadáver vuestro dulcísimo Hijo. Sus enemigos, cobardes como lo es siempre la iniquidad, huyen, y parece que no pueden con la inquietud de sus remordimientos y con el peso de su maldición: los discípulos de Jesús temieron y os abandonaron: yo, Señora, sin embargo, que soy mas imperfecto que

los discípulos y mas pecador que los enemigos de mi Redentor, he subido con trabajo incomparable hasta la ensangrentada plataforma de este monte, y al escuchar vuestros sollozos, y al contemplar esos hermosos raudales de llanto regenerador que se desprenden de vuestros ojos, y al oír repetidas veces los heroicos actos de conformidad con la voluntad de Dios que elevais al firmamento, creo haberos oído repetir tambien, para consuelo del mundo y provecho del hombre, las *Siete Palabras* de vuestro Santísimo Hijo, y he dicho á mi alma que no dude, que no desmaye, que no tema, porque ya tiene madre: Madre que, dando á su Unigénito, segun la naturaleza, la vida sin padecer, por un privilegio especial, me la ha dado á mí, segun la gracia, en medio de atrocísimos dolores, y rodeada de espadas y de cuchillos que desgarraban su corazón. Pésame, Madre de mi Salvador y Madre mia, pésame lo mucho que os angustiais por mi amor; pero os felicito por la encumbrada gloria que han de proporcionaros esos inesplicables dolores: pésame el que con mis pecados haga sufrir

hoy tanto á una madre, buena sobre todo lo bueno y santa sobre todo lo santo, escepto Dios; pero me felicito porque esos dolores, esos sufrimientos y esa soledad en que os veis anegada, escriben, ratifican y sellan la alianza consoladora que haceis vos, la mas buena de todas las madres, conmigo, el mas infeliz de todos vuestros hijos.

Invocándoos, di principio á esta obrita, á esta esplicacion, meditacion, ó llámese como quiera, de las *Siete Palabras*, de las siete cláusulas misteriosas del Testamento de Jesucristo, y quiero concluir la suplicándoos, llamándoos, pronunciando vuestro nombre, que es dulzura en los labios, armonía en los oídos, regocijo para el corazón: vuestro nombre que, á mi entender, debe colocar todo cristiano al principio y al fin de toda obra buena y piadosa; vuestro nombre, que es despues del de Jesus el que satisface y remedia todas las apremiantes necesidades del género humano, el que consuela sus aflicciones, y en el que de dia parece que se ve un camino, en la noche una estrella, en la hora de la muerte una vida, y siempre un áncora de

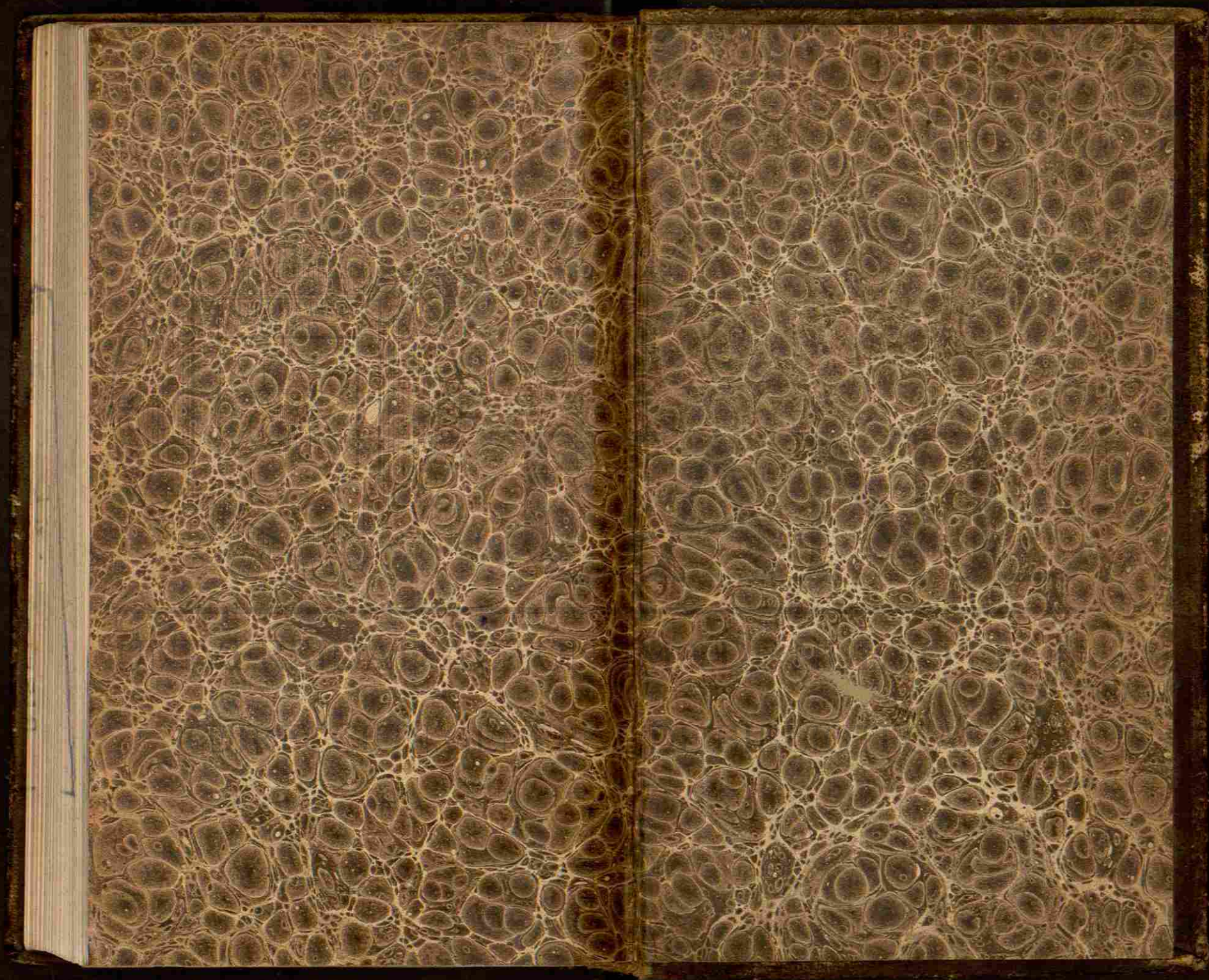
esperanza que entre procelosas olas nos sostiene y anima á buscar con perseverancia los jardines de la divina misericordia. Sabeis, María, que aunque no cuanto yo debo y vos mereceís, os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y no solo por lo mucho que puedo prometerme de vos aunque de nada soy digno, sino por lo mucho que valeis en la presencia de Dios, de los Ángeles, de los Santos y de todos los hombres: pues bien; estended vuestro manto, amparadme debajo de él, cubridme con vuestra sombra, y despues de guiarme en este laberinto de pasiones, de desengaños y de incertidumbres, siendo, como durante la vida, mi madre á la hora de la muerte, por la Pasion de Jesus y vuestros tristísimos sufrimientos, acompañad mi pobrecita alma, y permitiéndola besar vuestros benditísimos y virginales pies, colocadla para siempre en las moradas felices de la gloria, donde con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo vivís y reináis por siglos infinitos. Así sea.

FIN.

ERRATAS.

Pág. 55, línea 12, dice: *condicion*, léase: *contricion*.

Pág. 223, línea 28, dice: *¡Ah! Pocos son*, léase: *Pocos son*.





TEC